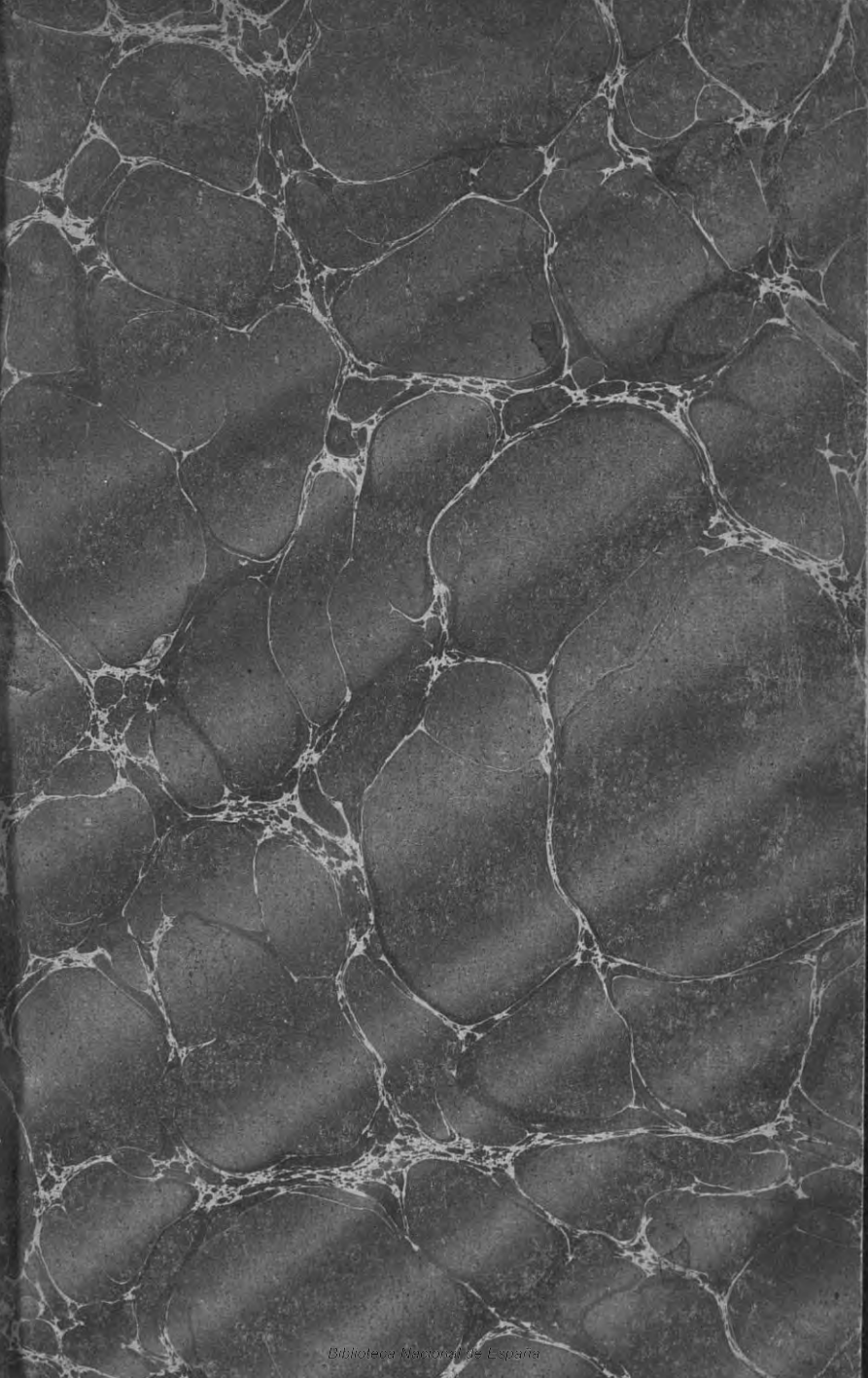


INSUA  
—  
DESEADA

1  
52.741

1  
52.741



ENCUADERNACION  
LUIS GARCÍA  
S. MATEO, 15





*Da*  
WALDO A. INSUA *P. m. x*

# DESEADA

NOVELA



MADRID  
M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR  
REINA, NÚM. 33  
1908

*64*











DESEADA



22393

WALDO A. INSUA

# DESEADA

NOVELA



MADRID  
M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR  
REINA, NÚM. 33  
1908

ES PROPIEDAD  
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

---

TIPOGRATÍA DE ARCHIVOS

Grácil y esbelta, con sus ojos negros, profundos, saturados de húmeda dulzura, grandes y expresivos, que sugerían al alma de cuantos los miraban un lenguaje sin voces, que sacudían los nervios hasta producir alucinaciones gratas á los que en su fondo ansiaban anegarse; con sus labios carnosos y bermejos, sonriendo dulcemente, con sonrisa suave, agari-mosa y enervante, que hacía pensar en goces supremos, jamás sentidos ni nunca imaginados; con su largo y lustroso cabello de ébano, peinado en ondas irregulares, que descendían con gracia exquisita sobre su cuello; con su talle estrecho, flexible, ondulado, que aprisionaba un corsé de forma novísima, delineando enérgicamente los contornos de un busto ad-

mirable, de factura espléndida, que revelaba la existencia de un artífice divino manejando un cincel mágico, parecía Deseada, que en aquel momento se apoyaba con sencillo abandono en la barandilla del pórtico de la casa, una figura mítica, el ideal hecho carne de Pigmalión.

Vestía una bata de muselina blanca, á través de la cual relucían sus brazos gruesos y admirablemente torneados, que terminaban en unas manos finas, largas y de uñas sonrosadas, y se dibujaban las caderas amplias y robustas, en armonía con su seno ancho y sus pechos medianos, más bien pequeños, los cuales palpitan enojados de la prisión á que el duro corsé los tenía sometidos.

El color, de un moreno claro, daba á su rostro aguileño tintes opacos que hacían más fuerte el brillo de sus ojos, intensos y luminosos, y á sus labios una nota purpúrea, verdaderamente irradiante. Pedían besos, muchos besos, aquellos labios; ¡qué dulce y qué gratamente debían besar! ¡Cómo harían estremecer todas las fibras del cuerpo afortunado que so-



bre sí sintiese aquellos labios vivos, ardorosos, capaces de animar el mármol!

De todo aquel conjunto de gracias, de exquisiteces de forma, de manifestaciones de una naturaleza sana, enérgica, voluptuosa y fuerte, desprendíase un suave perfume de geranio fresco que hería el ambiente produciendo vibraciones que cosquilleaban gustosamente en la parte interna de la nariz y que se extendían á lo largo de la red nerviosa, engendrando pequeñas sacudidas musculares, sensaciones de un imperioso y acometedor deseo de arrodillarse ante aquella mujer para pedirle, como un grande y supremo favor, una palabra, una sonrisa, una caricia.

Miraba ella vagamente al horizonte lejano, como si en su inmensidad buscase algo que no debía llegar, con esa abstracción de ensueño peculiar de la extrema juventud en los instantes de honda reflexión ó de la vejez caduca que ya sólo espera de las cosas y de los hechos la verdad ácida y siniestra. Y el horizonte dilatado, extenso, infinito, iluminado por un sol que quiere ocultarse para dar su luz á otras regio-

nes, con ligeras nubecillas azules en su cielo, que semejaban pequeños manchones en una gran bóveda de cobalto, respondía á su pensamiento con su serenidad melancólica, con su grave silencio plácido y con su belleza fría, misteriosa y augusta.

Era aquel un instante de reposo en la Naturaleza: en el jardín levantábanse los copudos castaños y las acacias en flor, sin que ni una de sus hojas se moviese, ni un pájaro saltase en sus ramas. Por todas partes reinaban la tranquilidad y el sosiego, que trascendían, con el aroma de los nardos y de los claveles de los macizos, al espíritu de aquella mujer ensimismada, absorta en hondos pensares, cuyo rostro hermosísimo parecía indescifrable como un jeroglífico egipcio.

No podía afirmarse que la tristeza atormentase su corazón ni que un recuerdo amargo conturbara su cerebro; pero tampoco sería exacto conceder que la alegría y el contento se reflejaban en su cara.

Tenía esa expresión indecisa y problemática de las esfinges que ño se manifiestan sino al vi-

dente, al que sabe penetrar en lo oculto, como las sibilas, ó de los enamorados que viven, en su ilusión, fuera del mundo real.

Pero tal estado de ánimo, lejos de amenguar la belleza atrayente, dominadora y sensual de Deseada, acrecía, dándole proporciones de aparición fantástica que no pertenece á la tierra, sino que engendra un delirio breve de la imaginación.

Recordaba sus años de la niñez, accidentados y emocionantes, cuando su padre era tenido en sospecha de enemigo del régimen y conspiraba para sustituirlo. Entonces poca ó ninguna paz se disfrutaba en la casa: casi siempre se temía ver aparecer de improviso la figura odiosa é irónica del jefe de policía, buscando las pruebas de un delito que evidentemente se cometía á diario, con una pertinacia merecedora del éxito. Muchas veces su madre, aquella bondadosa y tierna madre que no le permitía salir de su habitación hasta pasadas las nueve de la mañana en invierno, para que no se resfriase, se presentaba ante Deseada, estremecida, pálida, fuertemente conmovida, diciendo

— Deseada, hija mía, tu padre ha tenido que marcharse: anoche, cerca de la madrugada, le anunciaron que hoy sería objeto de un registro y tal vez reducido á prisión, y con los papeles que más le comprometían se fué á casa de Estévez, que, aunque amigo del Gobierno, debe grandes favores á tu padre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cuándo habrá paz en esta casa? ¿Cuándo volverán la alegría y la felicidad que en ella existían cuando tú eras pequeña?

Y lloraba, lloraba mucho y gemía desoladamente aquella mujer, que era hermosísima, que adoraba á su marido, á su padre, aquel padre que ella veía unas veces alegre, feliz, sonriendo á todo y á todos, con sus grandes ojos pardos, luminosos y sugestivos, y otras — las más — sombrío, tétrico, abatido, hasta acobardado y medroso.

Ella, Deseada, erguíase violentamente en su camita de bronce dorado, con colchas de piqué azul y edredón de seda del propio color, y llorosa también, encendida de pesar y de enojo, abrazaba á su madre y la besaba con ansia, gritando:

—¡Ay, mamá, mamá de mi alma! ¡Qué desgraciadas somos! Papá perseguido, papá amenazado. ¡Oh, Dios! ¿Qué va á pasar?

Y ambas, madre é hija, confundidas en un abrazo cariñoso y apretado, desahogaban su dolor, el magno dolor que con tanta frecuencia les producía aquel hombre, para quien los ideales políticos eran una obsesión, como un vicio dominador, á cuyo culto absurdo lo sacrificaba todo, cuanto le era grato y dulce. Y así pasaban largas horas, muchas veces días enteros, temerosas de que la desgracia cristalizase en la detención y tras ésta viniese la cárcel, cuando no la muerte. Porque, en efecto, su padre conspiraba, conspiraba siempre, sin descanso ni medida, entregado por completo á esta labor obscura que el llamaba santa, tres veces sagrada, y por la cual, el valioso patrimonio de los cónyuges había recibido tales acometidas que apenas dejaba lo estrictamente necesario para llevar con honor el nombre respetable de la casa. Pero venía, al fin, la buena noticia: un papel sin firma y de letra desconocida, aparecía en la casa, traído por mano misteriosa, y

ese papel, casi siempre, decía: «Perded todo temor y vuelva la alegría á vuestras almas: el peligro ha desaparecido: el enfermo, en plena convalecencia, sale para el campo á respirar aires más puros que los que puede brindar la ciudad.» Y entonces, al leer estas enigmáticas líneas, Deseada y su madre tornaban á abrazarse y á besarse, y nuevamente derramaban lágrimas dulces, dando gracias al cielo de que por aquella vez, como tantas otras, se hubiese salvado el que las dos amaban por sobre todas las cosas humanas y divinas.

¡Ah! Deseada recordaba también á su padre, cuando sólo tenía treinta años y su barba negra y reluciente, con reflejos de moaré, si la luz la hería de frente, encuadraba su cara oval, blanca, nimbada y de acentuadas líneas vigorosas y enérgicas. ¡Qué hermoso y qué magnífico le parecía entonces su padre! ¡Cuánta fuerza y poder le atribuía! Mirábale como á uno de esos gigantes bondadosos que aparecen en los *Cuentos* de Grim, capaz de mover el mundo con sus manos, si [tal hazaña quisiera realizar. Cuando le oía hablar de los

déspotas y de los tiranos, de los que esclavizan á los pueblos y embrutecen á las masas para dominarlas con facilidad y sin esfuerzo, y le veía exaltarse, embravecerse como un mar, agitado y tempestuoso, y se mesaba aquellas barbas de ébano lustroso, y se golpeaba con ira la frente, ancha y majestuosa, brotando de sus ojos fulminadores rayos de apocalíptica ira, sentía ella, Deseada, en su almita pequeña y en su corazoncito de niña de siete años, sacudidas violentas y espasmos de angustia dolorosa y mortal, aborreciendo lo que él aborrecía y condenando lo que él condenaba. El, tan bueno, tan afectuoso con su esposa y con su hija, entre las cuales parecía encontrar la dicha plácida de la tierra, no se irritaba, seguramente, sin razón, y de cuanto hacía juicio severo, sin duda merecía esa severidad y esa legítima condenación.

Reaparecían otra vez los días tranquilos: su padre no se mezclaba en negocios políticos; atendía á sus fincas, reconstruía su hacienda, libraba heroicas batallas contra administradores y colonos rapaces y falsos que, llorando

siempre escasez de rendimientos, malas cosechas, acrecimiento de gastos por exceso bestial de tributos y contribuciones, encontraban pretextos para no pagar, ó pagar malamente, alquileres y rentas; y, sobre todo, cuidaba de su esposa y de su hija, para las cuales parecíanle poco las más exaltadas adoraciones, colmándolas de regalos, de aderezos, de adornos caprichosos, de raros muebles, de telas y encajes de los precios más elevados. ¡Qué profusión de juguetes llevaba para Deseada! Todos los días recibía ésta una sorpresa. Ya era una preciosa muñeca rubia, de espléndido atavío, que decía *papá* y *mamá*, ya una linterna mágica con vistas interesantísimas de las cataratas del Niágara, de los picos nevados de los Alpes ó de los principales *boulevards* de París; ó bien un lavabo con todos sus jarros, palanganas y jaboneras, ó un cochecito pequeño, tirado por dos magníficos potrillos, en el cual una muñeca, vestida de gran señora, paseaba alegremente. ¡Qué instantes tan felices aquellos! ¡Qué fugitivos y veloces pasaban!



De pronto surgía el recuerdo del colegio: cuando Deseada, contando apenas ocho años, tenía todas las mañanas, lloviese ó nevase, que ir al Colegio francés, en donde una Madama bigotuda, de recios carrillos y color rojizo, se enojaba cada vez que pronunciaba con acento español aquel pensamiento de Legouvé: *Un frère est un ami*, etc. ¡Qué pesados se le hacían los tratados de doctrina cristiana, de moral y de religión! Sólo le gustaban la historia y la retórica. ¡Ah! la retórica le encantaba. Allí encontraba sonetos apasionados, seguidillas vibrantes, octavas majestuosas y décimas de un encanto extraordinario. Experimentaba por la poesía un culto vivo Deseada, y aquellas reglas de metrificacón, de armonía, de enlace, á pesar de su aridez monótona, recibíalas su cerebro sin fatiga, con agrado y simpatía. Es verdad que la historia era muy concisa y minúscula, pequeñas síntesis de hechos de mediana importancia; pero ¡qué grande y qué viva resultaba Isabel la Católica tomando á Granada, arrojando de ella á los enemigos de la fe, á Boabdil y sus allegados! Aquí, sin em-

bargo, deteníase Deseada, y pensaba: ¿Y por qué arrojarlos? ¿No era aquella su tierra? ¿No habían nacido en su seno ellos y todos sus antepasados? ¿No llevaban siglos habitando aquellos palacios y sembrando aquellos fértiles campos? Sin duda encontraba alguna injusticia en el acto Deseada, porque, para no perder su devoción por la excelsa Reina, tenía que recordarla despojándose de sus joyas para habilitar las carabelas con que Colón iba á cruzar los mares ignotos y descubrir un mundo nuevo. ¿Por qué asaltaban todos estos pensamientos, tan lejanos, tan confusos, la mente de Deseada? ¿Por qué veía á sus amigas Mercedes y Juana, inseparables compañeras suyas, con sus caras risueñas, con sus ojos animados, con sus largos mandiles grisáceos, haciendo desesperar á las demás compañeras, trastornando sus bordados, escondiendo sus libros y poniendo á la Madama pequeñas colas de papel en la parte posterior, gracia sosa que siempre producía estrepitosas carcajadas en las alumnas y una tempestuosa cólera en la francesa al darse cuenta de la burla? ¡Qué buenas y qué afectuo-

sas eran con ella Juana y Mercedes! Hija la primera de un General en activo, con mando jerárquico, muy fiel al Gobierno, cuya espada estaba siempre á su servicio, y la segunda, de un banquero que se había hecho riquísimo haciendo adelantos á la Hacienda, casi siempre maltrecha y apurada, no sólo no la desdeñaban á ella, que tenía por padre á un revolucionario impenitente y constantemente perseguido, sino que la preferían á todas las demás que asistían al Colegio, obsequiándola con frutas, bombones, dulces y fiambres de los que en no pequeña cantidad, llevaban para sus meriendas. Generalmente, todas sus condiscípulas la querían, todas fijaban en ella sus miradas con especial arrobamiento, todas preferían su compañía y su conversación; pero Mercedes y Juana se la disputaban siempre, excitando no pocos celos y envidias en las que no podían acercársele. La propia Madama, seriota, grave, casi siempre de aspecto tremebundo y amenazador, suavizaba con Deseada su carácter y le hablaba con untuosidad, con palabras melosas, acariciándola con miradas que trascendían á

besos. El influjo que ejercía sobre cuantos la rodeaban no podía explicárselo Deseada; es más, no se daba cuenta exacta de él, no lo medía ni apreciaba en toda su extensión, quizás porque siendo, como era, una cualidad innata, se desarrollaba libremente, sin necesidad de cultivo, como esas flores silvestres que crecen en los campos, ajenas al perfume que sus corolas esparcen.

Un día, cuando ya Deseada era una mujercita de doce años, crecida y esbelta, con sus ojos negrísimos y soñadores, que caían sobre los seres y las cosas como haces de luz sobre la espesa tiniebla, iluminándolo todo y haciendo vibrar los más inarmónicos y duros objetos, celebrábase una gran fiesta en el Colegio en honor de Santa Teresa. Porque, eso sí, en aquel Colegio, favorecido por la aristocracia y por la alta masa burocrática, rendíase especial acatamiento á la Iglesia y á sus santos predilectos, y todos los años, por lo menos, tenía lugar una de estas solemnidades. Estaban en el salón grande, en el que de ordinario servía de clase de dibujo y pintura, aquel día prepa-

rado para el espiritual homenaje: en el testero principal, debajo de un dosel de terciopelo rojo obscuro, con franjas doradas, habíase colocado la mesa, cuya presidencia ocupaba el Director general de Instrucción, un señor pequeño, de barba rala, cabello escaso y ojos bizcos que, al mirar, hacían un guiño simultáneo, causando en el que los contemplaba un mareo irritante; á su lado tenía á la profesora, la respetable matrona doña Enriqueta de la Luz, autora de varios libros de pedagogía y educación; cordial enemiga de la escuela feminista, que quiere la emancipación de la mujer; solterona convencida de que en el celibatismo están la virtud, la grandeza de alma y la tranquilidad del corazón, y muy apasionada del régimen, que con frecuencia defendía en su clase de psicología y metafísica comparadas. Los dos estaban graves, inmutables, silenciosos, mirando á las alumnas, que llenaban todo el salón, y á los padres de éstas, que asistían atentamente invitados.

El programa era extenso: discurso de la profesora; poesías en honor de la ilustre y mis-

tica escritora, y canto con música al piano, composición de un celebrado maestro que daba clases en el Colegio. Ya doña Enriqueta había hecho el panegírico de Santa Teresa, encomiando sus virtudes maravillosas; pasando como por sobre ascuas al hablar de su juventud, sencilla y pálida; recordando sus reglas severas para la comunidad que dirigió en Avila; defendiéndola de las sospechas que en su tiempo existieron de haber intervenido, no se sabe en qué forma, en los amoríos de la Princesa de Eboli y de Antonio Pérez, que tanto molestaron al buen Rey D. Felipe; alabando sus obras inmortales, especialmente sus *Conceptos del amor de Dios*, cuando el tibio é imperceptible Director general, que quedaba hundido en su asiento, no viéndose de la persona más que la cabeza inexpresiva y vulgar, con voz aflautada exclamó:

—Y ahora, la alumna más distinguida de este plantel — con serlo todas en grado superior, pues es justo declararlo así —, la señorita Deseada Ramírez de Pizarro, que como la Santa á quien festejamos, recibe la inspiración

divina en intuiciones que no alcanzan todos los mortales, nos leerá una bella composición suya que la señora profesora guarda desde hace algunos meses para esta solemnidad.

Todas las miradas se fijaron entonces en ella, que estaba en el centro del salón, al lado de su madre. Un rojo con tintes plomizos, un color de congestión, cubrió el bello rostro de Deseada, que, ajena por completo á la trama, oía distraída y melancólicamente los números de una fiesta tan monótona y aburrida. Sintió vértigos y temblores en todo su cuerpo, pareciéndole que el vacío se hacía á sus pies. Quiso excusarse cuando hubo dominado un poco la emoción; pero el Director, la profesora, los maestros, las alumnas, su madre misma, la empujaron hacia la plataforma.

Apenas, en la apartada y diluída reminiscencia de aquel hecho, podía determinar Deseada cómo leyó, ni lo que leyó. Lo que sí precisaba claramente su memoria era la ovación recibida: fué un aplauso general y unánime, con besos ruidosos de sus compañeras y lágrimas, muchas lágrimas, de su madre. Ramírez se la-

mentaba después de no haber asistido á la fiesta. A saber que su hija, su hermosa Deseada, iba á ser la reina de ella, hubiera concurrido, aunque se contradijese con sus ideas de toda la vida, con sus principios avanzados, que no toleraban santos ni altares, ni emblemas cultuales, sino la religión pura, sin formas externas, que predicaba á sus discípulos y daba al mundo Jesucristo.

¡Cómo pasaran todos aquellos sucesos, dejando apenas una huella imperceptible en el corazón de Deseada!

Habiase hecho mujer; el colegio, las amigas, los profesores; Juana y Mercedes, las predilectas para sus juegos é intimidades, todo parecía un sueño lejano, una visión fantástica que sólo deja en la mente una borrosa imagen.

La realidad tornaba con su heladas crudezas á imponerse. Su padre volvía á ser desterrado. Se le encontrarán cartas comprometedoras de un revolucionario eminente, que á toda costa quería implantar sus postulados igualitarios y redentores y se le consideraba complicado en un levantamiento abortado que



como epilogo sangriento, tenía el suicidio de un general, su íntimo amigo y correligionario. Y vuelta á los gemidos y lágrimas suyos y de su madre. Vuelta á encontrarse solas, miradas con desdén, si no con odio, por los bien hallados con el menguado estado de la patria, al amparo del cual vivían cómodamente, engrandeciendo sus familias, afirmando sus posiciones, adquiriendo ese brillo falso de los que mandan y saben pasar por las mayores bajezas y vergüenzas. De nuevo las amargas tristezas de la soledad y de la escasez: otra vez las fincas al garete, haciéndose de pencas los arrendatarios para adelantar algunos miles de pesetas que necesitaba forzosamente el emigrado de París; sufriendo las humillaciones y los desdenes de los magnates que podían acortar el ostracismo del ser amado con sólo poner en ello un poco de voluntad.

Una tarde díjole su madre, que desde la forzada ausencia de su padre vestía de luto riguroso, tapando con un manto de crespón su cara hermosísima y atrayente:

— Deseada, hija mía: tenemos que ir esta tarde á ver al Ministro; de él y sólo de él depende que tu padre sea indultado. Hay que aceptar el sacrificio y hacer un poco de antesala en su departamento.

Y fueron; cruzaron las calles, atestadas de gentes indiferentes y vagabundas, que iban, como seres inconscientes, charloteando, riendo, diciendo chicoleos soeces, inventando frases de doble sentido, estrujándose y pisoteándose, y llegaron al Ministerio: era un edificio destartalado, de paredes sucias y patios mal olientes; subíase por una escalera ancha, ruda, de pasamanos gruesos de granito, cuyos peldaños de piedra parecían mordidos por la pisada nerviosa de millares de infelices pretendientes, que conducía á una pequeña antesala de madera vieja y carcomida, con divanes rojos, de una vejez respetable, alrededor. En aquel lugar, alumbradas Deseada y su madre por la luz encendida del sol poniente que filtraba en rayos purpúreos por los grandes ventanales que caían sobre el patio, en compañía de quince ó veinte personas, medianamente trajeadas,

con rostros sombríos unas y de absoluto aburrimiento y mal disimulada ira otras, esperaron largo tiempo. Su Excelencia—según decía el portero— estaba muy ocupado con el Embajador de Rusia. Quién sabe si podría recibirlas. Tal vez no, y, desde luego, de ningún modo á todos los que llevaban allí seis y ocho horas aguardando. Deseada contemplaba con vago temor á todas aquellas gentes que, como ella, tal vez iban á pedir gracia para esposos ó padres emigrados, gracia que seguramente no alcanzarían. Sentía sacudidas violentas en el corazón y temía trasponer la mampara azul, tras la cual debía hallarse el Ministro. ¡El Ministro! ¿Qué clase de monstruo sería este? ¿Sería como todos los demás mortales, ó tendría un solo ojo, como los cíclopes? Deseada no estaba muy segura de la naturaleza de esta clase de animales, y aunque había obtenido premio de Historia Natural en el Colegio, dudaba entre qué especie de los mamíferos colocarlo. Por los retratos que su padre hacía con frecuencia de todos los gobernantes, tenía por adelantado una pésima opinión del que, como una Providencia,

se ocultaba tras aquel tabique y en cuyas manos estaba su felicidad ó la prolongación de su desgracia. Sonó un timbre: entró el portero, y al instante volvió, haciendo grandes cortesías ante ella y su madre, y diciendo con voz servil, impregnada en amada esclavitud:

—Las señoras pueden pasar. Su Excelencia se digna recibirlas.

Los que llevaban allí horas de angustiosa espera dirigieron miradas oblicuas, de profunda envidia y odio malamente contenido á las favorecidas; pero el portero, abriéndoles la mampara misteriosa, púsolas á cubierto de las mudas y siniestras rabias.

Entraron en un salón tapizado de seda amarilla con alfombra del propio color, espesa y mullida, que ahogaba por completo los pasos: como la antesala, estaba también rodeada de divanes dorados, viéndose en las paredes retratos de medio cuerpo de personajes, sin duda famosos, que ostentaban magníficos uniformes y bandas, azules y rojas. Pasaron de éste á otro más estrecho, igualmente cubierto de seda y dorados, en uno de cuyos ángu-

los y tras un enorme bufete de caoba brillante, estaba el Ministro. Deseada no podía olvidar aquella visión grotesca y ridícula. Superaba en fealdad y ridiculez á cuantos retratos de palabra le había hecho su padre de estos semidioses nacionales. Era un tipejo que le recordaba al Director general que había presidido, años atrás, la fiesta dada en el Colegio en honor de Santa Teresa: como él presentaba una carilla misérrima, cuajada de granos, abultados como piñones, y una barbilla escasa y mezquina que, después de ser rubia, tomaba los tonos repugnantes del blanco sucio. Sí, era más deplorable aquella fisonomía sagrada que la del Director general famoso; pues aunque sus ojos no miraban atravesados, quedaban obscurecidos sus ribetes lacrimosos y sanguinolentos por unas gafas de oro que se clavaban en una nariz ancha como la de un buey y congestionada como la de un alcohólico cercano á la combustión. La impresión recibida por Deseada fué dolorosa. De aquel sujeto tan espantosamente antipático y repulsivo nada bueno podía esperarse. Mientras ella se sentaba

en una butaca que estaba al pie de una chimenea sin fuego, cerrada herméticamente, su madre hablaba con el Ministro. De vez en cuando dirigía éste miradas de dudosa interpretación á Deseada—que entonces acababa de cumplir diez y seis años y tenía el aspecto de una diosa griega— que la hacían mucho daño, atormentándola cruelmente.

¿Qué pudo decir aquel pequeño Hefaiostos que, de repente, airada y vibrante de indignación, se levantó su madre? Nunca llegó á averiguarlo, porque siempre se había negado á esclarecer este punto. Lo cierto y doloroso era que salían de aquel edificio, que causaba horror en el alma y ponía miedo en el corazón, sin el perdón de su padre, condenadas á la triste y dolorosa ausencia que tanto las mortificaba y hacía llorar.

Todo esto lo recordaba, estremeciéndose Deseada, que exscrutaba aquel horizonte insensible, de una tranquilidad mayestática, claro y brillador, por el que ahora cruzaban ligeras y raudas algunas piadoras golondrinas.

Pasóse la mano por la frente como quien aspira á borrar lo que molesta y sustraerse á los recuerdos melancólicos y dió algunos pasos por el pórtico.

Lánguidamente, con perezoso abandono, dejóse caer en una mecedora que se encontraba en un extremo, al lado de la cual había un pequeño velador con periódicos y libros y un vaso con violetas en el centro y empezó á columpiarse con alguna agitación.

De pronto surgía el presente, por cierto nada agradable ni tranquilizador. Hallábase su padre restituído al hogar, merced á una amnistía que un Gobierno con intentos democráticos, que por rara casualidad ocupara un trimestre el poder, había otorgado á todos los delitos de carácter político; pero ¡en qué lamentables condiciones!

Con todos los bienes hipotecados por sumas crecidas; con los intereses acumulados; con pequeños débitos al almacén de ultramarinos, al carnicero, al panadero y á cuantos, con bondad extraordinaria, atendieran á su manutención y á la de su madre. El dilatado destierro

lo había consumido todo, y si trajes y ropas no tomaran el camino de la casa de préstamos debíase á que su madre sentía una repugnancia invencible hacia estos antros en que la miseria encuentra el borde del abismo. ¿Cómo salvaría su padre la situación?

Era difícil adivinarlo.

Llegaba muy abatido del extranjero: una vejez prematura había caído sobre él con peso aniquilador y abatiente; enormes arrugas cruzaban su frente, y sus ojos, tan vivos y enérgicos en otro tiempo, estaban como apagados y sin vida, parecían astros muertos. Ya no hablaba de sus ideales. Todo lo pasado parecía una sonata fúnebre, un sueño macabro y dantesco, del cual sólo quedaba él exangüe, descorazonado, escéptico y sin esperanza cierta en el porvenir. La ola de cieno, impulsada por la reacción, lo había cubierto y enlodado todo y ya no se vislumbraba ninguna conciencia pura ni alma alguna capaz de sentir ansias nobles y generosas. La necesidad de vivir disculpaba las más inesperadas apostasías, y los vencedores, orgullosos de haber consolidado una



situación que entrañaba un evidente retroceso político, mostrábase insolentes y agresivos. Con demasiada frecuencia recordaban á los rebeldes que, no más que á su benevolencia, debían el poder dormir en sus hogares.

El desencanto de su padre era completo; y varias veces, desde su retorno, le había oído decir con amargura:

—¡Cuánto envidia al jefe, que se marchó de la vida confiando en el resurgimiento de la patria!

Pero, en medio de estos pensamientos ácidos, casi todos corrosivos para el espíritu, que desde hacía una hora pasaban vertiginosamente por el cerebro de Deseada como pasan por delante de los ojos las vistas de un cinematógrafo, otro recuerdo dulce vino á animarla.

Tenía en el bolsillo de su bata una carta conmovedora, tierna, delirante, que manaba pasión por las cuatro caras, de Roberto, del hombre que adoraba, del único que hacía estremecer todas sus carnes, entre los mil que le habían dirigido frases de amor asediándola con necias pretensiones de ser por ella queridos. Su

lectura le enardecía y animaba: sus líneas eran como flechas invisibles que venían á clavarse dulcemente en su corazón; sus palabras parecían lenguas de fuego que abrasaban su alma virgen y apasionada. ¡Qué mundos de luz y de amor le dejaba entrever! ¡Qué largos días de felicidad y de éxtasis le prometía! ¡Qué generosos sentimientos expresaba! Ella, Deseada, constituía todo su ideal. Por ella trabajaría sin descanso, de día y de noche, hasta conquistar un nombre y una fortuna. Fundaría periódicos, escribiría libros, pronunciaría discursos, atronarían las Academias y los Ateneos, vencería en los concursos científicos y literarios, vestiría la toga que tanto le pesaba é informaría ante los Jueces, cuyas funciones tan contrapuestas al desarrollo de la vida le parecían, y, nuevo Hércules, afrontaría los más ásperos y duros trabajos, si á tenerla le conducían.

Ella también sentíase por él subyugada. Después de su padre era Roberto el hombre en quien se fijaban sus pensamientos y hacia el cual experimentaba una inclinación profunda y absoluta. Con él, parecía la existencia una

región celestial; á su lado se atrevería, como Dante acompañado de Virgilio, á cruzar el Averno.

Era tan hermoso, tan varonil, tan ideal y seductor, que mirándole una sola vez había que amarlo. ¡Qué manos tan blancas y tan maravillosamente hechas tenía! ¡Con qué estremecedora suavidad debían acariciar! Las pocas veces que ella pudo apretarlas produjéronle el efecto de una descarga eléctrica, comunicando á todo su ser un movimiento voluptuoso, enervante, como un principio de vida suprema, extática, enteramente nueva y muy diversa de la que se vive en la tierra.

Pero ¿le aceptaría su padre?

Lo había conocido en la Coruña durante el verano, paseando en el Relleno y en la playa. Sólo le hablara en dos ocasiones, y esto brevemente, en el *Sport*, aprovechando las reuniones y pequeñas *soirées* que allí se daban. Sabía que era—á pesar de su juventud—un literato notable, y suyos pudo leer varios interesantes trabajos. También le había confesado que desde el año anterior era abogado, aunque

le agradaba poco esta profesión, temblando ante la necesidad de tener que ejercerla. Su juventud, sin embargo, era un peligro.

Su padre, que hacía sólo quince días que estaba de vuelta de París, cuando se enterase de estos amores, ¿no se opondría á ellos?

Al llegar á este punto de sus reflexiones, y cuando ya la noche, á todo correr, venía sobre la ciudad, envolviendo en sombras los pinos y las acacias del jardín, oyó Deseada la voz de su madre que, desde el salón del piso bajo, le decía:

—¡Deseada! ¡Deseada!

Dejó ésta el asiento en que había buscado descanso para sus pensamientos tumultuosos, y llevándose al seno un papel, que era la carta de su novio, escondiólo en él, temerosa quizá de perderlo.

En seguida, con paso ligero y ondulaciones suaves de su cuerpo esbelto, entró al aposento de donde su madre la llamaba.

## II

Cincuenta y cinco años acababa de cumplir don Juan Ramírez de Pizarro, padre de Deseada, cuando, de vuelta del segundo destierro, regresó á su casa.

Venía enfermo y abatido, sin ilusiones ni esperanzas, con los ideales rotos y ansioso, únicamente, de encontrar al lado de su esposa y de su hija, que tanto sufrieron con sus aventuras político-igualitarias, esa paz dulce del hogar que sólo se aprecia en el apartamiento de él y cuando la realidad con sus verdades brutales demuestra la inanidad y falsía de las cosas.

Desde los veinte años había luchado bravamente por la que él llamaba causa de la justicia; por la reivindicación para todos los hom-

bres, sin distinción de clases, de los derechos que por ley natural les corresponden; por la conclusión y acabamiento de todos esos poderes, más ó menos personales, que sirven de base de sustentación á un sistema de clases, odioso por las irritabilidades que provoca y por las prerrogativas que en favor de los menos sanciona.

Y con su palabra, con su dinero, con su pluma, con su concurso personal, tomando parte en pronunciamientos y sediciones, de infeliz resultado siempre, pudo demostrar que no era uno de esos falsos apóstoles que agitan los elementos uniendo el cielo con la tierra, hasta que, convenientemente apostados en la comedia social, no hacen otra cosa que sacar de ella la mayor suma de provechos y conveniencias.

Ramírez no era como el capitán famoso de la leyenda: si embarcaba la gente, gobernaba él la nave, y los mayores peligros afrontábalos con energía entera y valor supremo y heroico. No había querido nunca ser revolucionario pasivo y propagandista desde la cátedra, desde la tri-

buna ó detrás de un pingüe destino de jefe de negociado ó de ingeniero al servicio del Estado. Eso parecíale repugnante é indecoroso, dado que no es noble, ni siquiera medianamente decente, abominar de un estado de cosas, encender contra él las pasiones, trabajar, aunque sea con la seguridad de que se trabaja estérilmente, para derribarlo, y sin embargo, servirlo, contribuir oficialmente á su mejoramiento y grandeza y percibir mensualmente el pago de esa labor traidora. El amante sincero de un ideal reivindicatorio debe hacer abstracción completa y absoluta de su persona, de su propiedad y de sus afectos. Esta triple manifestación de la personalidad humana, tan difícil de objetivar y echar fuera del yo, exigente y ególatra, es preciso tener el valor de sacrificarla en aras de los demás, de los desconocidos, de los expoliados, de los humildes, de los que sufren, no el martirio de sus ignorancias y brutalidades, sino la consecuencia calculada de un refinamiento del poder omnipotente que no quiere enseñar la verdad, que no educa ni instruye, para que los misterios de la teoría

divina, que asegura el dominio á los primates, continúe incólume y sagrado.

Así pensaba Ramírez, y haciendo honor á estos sentimientos elevados y altruístas, olvidaba todo lo suyo, todo cuanto le era consubstancial y amado: su esposa y su hija, por las que sentía apasionamiento idolátrico; sus intereses y sus comodidades, para consagrarse á esa labor obscura é inapreciada de la conspiración obstinada y perseverante que hoy conquista un adepto, mañana dos y al día siguiente confía dar un golpe que determine el cambio del régimen, la muerte definitiva de lo que constriñe la libertad y conserva en el ergástulo á esa colosal muchedumbre de seres que viven llenos de miseria y de dolor, como si para ellos no hubiese hecho la naturaleza sus riquezas todas, sus galas espléndidas y sus bienes paradisiacos.

Era el padre de Deseada, de un romanticismo exagerado en estas cosas. El obrero, el campesino, el menestral infeliz, las mujeres y los niños, inspirábanle una compasión extraordinaria y profunda. No podía contemplarlos



arrastrando sus ansias, sus cansancios, sus vilezas y sus bajas pasiones. Producíanle sus caídas, sus lloros, sus pecados, sus rabias y sus crímenes, ira ezequiesca, y lejos de condenar por sus acciones y omisiones delictivas á estos miserables, defendíalos y disculpábalos, achacando á los gobernantes, á los directores de la farsa del Estado, á la oligarquía imperante y enseñoreada, la realización de aquéllas.

— ¡Ah!—decía—roban y matan, porque de todo carecen, cuando á todo tienen derecho. Los campos, ellos los trabajan, y, sin embargo, malamente comen, tan escasamente se alimentan, que no pueden desterrar de sus estómagos el cruel microbio del hambre. Las ciudades, ellos las edifican, hermosean y hacen gratas, y á pesar de todo, viven casi á la intemperie, aguantando los rigores del invierno poco menos que como los animales de los bosques. Las industrias, con su diario esfuerzo, se agrandan y florecen; pero de ellas nada toman ni nada les queda como recompensa; gracias que les produzcan lo preciso para sostener la máquina humana que ha de hacer multimillonario al patrono.

¡Monstruos! queréis la domesticidad — increpaba á los bien hallados Ramírez — y aún no habéis pensado que sin alimento es el hombre una pantera feroz y sanguinaria. Queréis la adhesión y la gratitud y vosotros fomentáis con vuestros olvidos y pretericiones el desvío y el odio. Pretendéis la conformidad con el vivir mediócre y clanesco de esos desventurados, y vosotros, con los despilfarros, lujos y derroches que continuamente ponéis delante de sus ojos atónitos, acuciáis sus apetitos, azuzáis sus deseos de mejor vida, les habláis de mundos edénicos que ellos pueden disfrutar también. ¡Ay de vosotros el día que adquieran el convencimiento de esta sencilla verdad, que para ellos viene siendo y será, desgraciadamente por siglos, un jeroglífico incomprendible! «De la unión depende tenerlo todo.»

Y como el profeta inmortal, auguraba á los tristes, á los inominados, á los *ebionims*, que llenan talleres, caballerizas, cloacas, sollados, campos, cárceles y presidios una represalia cruel que les permitiría «comer carne de fuertes y beber sangre de príncipes», «comer

gordura hasta hartarse y beber sangre hasta embriagarse».

No pocas veces regresaba Ramírez á su casa en mangas de camisa, á pesar de haber salido con todo el atavío de un señor.

—¿Y tu gabán?—preguntábale su esposa.

—¡Ah! No te enojas, Amalia; se lo he dado á un pobre que iba helado de frío por la calle.

—Sí; pero ¿y la chaqueta?

—La chaqueta, buena es ésa; pues se la di á un albañil que, casi en cueros, salía del Hospital. No hay más remedio, debemos compadecernos de los desamparados.

Su esposa, que era tan humana y caritativa como él, pero que no olvidaba cuán exigentes son las necesidades de la vida doméstica, sermoneaba un poco, recordándole la máxima cristiana que quiere que la caridad bien ordenada empiece por uno mismo, y concluía por aprobar su conducta.

Generalmente, en Diciembre, apartaba de las rentas de sus bienes una quinta parte é invertíala en mantas, colchones, sábanas, pantalones, calzoncillos, zamarras y zapatos que lle-

naban á veces dos ó tres carros, y con todo este menaje íbase á la cárcel. Pedía permiso al alcaide, que era un señor excelente, y á su manera bondadoso y tolerante, y repartía entre los presos todas estas prendas. Los infelices que padecían las iras de la ley daban gritos de júbilo al verle, batían palmas en señal de contento y no pocas siniestras y horribles caras inundábanse de un llanto que vanamente trataban de ocultar los que las habían degradado y ensombrecido ante la conciencia social.

Cubrían las carnes que la incuria y sordidez del Estado dejaba desnudas; reconfortaban sus cuerpos ateridos con el calor que aquellas vestiduras engendraban, y bendecían, sin restricciones, al bondadoso señor que se las proporcionaba. Y otra vez aquellos *detritus* de la sociedad organizada y conservadora, que pone el respeto á todos sus convencionalismos por sobre la existencia individual, tornaban, aunque por cortos días, á ser hombres. Sentían en su caída sin gloria, en su ignominia de estercolero, en su doble esclavitud irredenta, que una ráfaga de sol iluminaba sus cuerpos y

trascendía con rayos intensos é inmortales á sus almas solitarias. Si alguien, entonces, les arrancase de aquel abismo infernal y les mostrase la ruta ancha por donde marchan todos los fuertes, los que no se rinden y, como Belefonte, saben vencer á la Quimera, habría arrancado precitos de la roca maldita para hacer ángeles de un cielo de dichas eternas.

Esta clase de pascuas eran las que gustaba Ramírez de celebrar, pareciéndole que el más puro homenaje que podía otorgar al recuerdo de aquel maravilloso orador del lago de Tiberíades, era cubrir las vergüenzas y desnudeces de los perseguidos por la justicia, á quienes les estaba prometido el reino de los cielos.

Claro es que con procederes semejantes, nada conformes ni avenidos con el general y ordinario modo de sentir de las gentes, ni Ramírez aumentaba su hacienda ni adquiría fama de prudente y discreto. Antes bien, mermaba aquélla, y ésta tomaba formas y aspectos que le ponían fuera de la órbita universal, haciéndole pasar por extravagante y heteróclito, soñador é hiperestésico, que al fin y á

la postre habría que recluir en un asilo de dementes.

Sus mismos correligionarios y compañeros de conspiración no tomaban á bien estos excesos de bondad enfermiza y aconsejábanle que tuviese cuidado con su fortuna, que más debía consagrar á la realización del magno ideal político que á practicar filantropías que no era seguro mereciesen los que se ponían, con pleno libre albedrío, fuera de los beneficios de la ley. Reíase él de estas observaciones farisaicas, y sin abandonar sus trabajos revolucionarios, que eran la meta adonde á todo trance quería llegar, replicaba:

— Y bien: ¿creéis que los que van á la cárcel ó á presidio van por *sport*?

¿Creéis que roban, hurtan, falsifican y estafan con las carteras repletas de billetes, con las despensas abarrotadas de comestibles, con las viviendas calientes y confortables, con la alegría rebosando en el corazón y con los pies dispuestos para la danza?

¿Pensáis que matan por satisfacer instintos bestiales ó realizar sacrificios aceptos á los

ojos de una divinidad monstruosa como el Djaggernat índico? ¡Ah! os equivocáis; si roban y matan, si delinquen y violan la ley del hombre, es porque esa ley no les deja vivir, es porque esa ley les ahoga, les asfixia, les condena á perecer. Y ningún ser animal, ni el dotado de razón, ni el que carece de ella, se resigna á ser anulado, á dejar el festín de la vida para que otro ocupe su asiento en la mesa repleta de manjares succulentos y apetitosos.

¿Queréis que la ley se cumpla? Hacedla buena, hacedla posible.

¿Cómo se hará posible? Educando al que ha de cumplirla, para que la comprenda. Cuando la comprenda será fuerte y no tendrá necesidad de pecar.

Os ha sido cómodo crear el organismo judicial, que tiene la triste misión de corregir y castigar, para evitaros la molestia de fundar la escuela de la previsión que enseñaría á conocer las consecuencias del hecho antes de ejecutarlo. ¿Qué importa restar de la suma universal una ó mil existencias, si el conjunto queda tranquilo y sin temores ni dudas puede

disfrutar de los bienes que para su uso y abuso ha acumulado?

Esta no es una justicia honrada ni moral; esta es una justicia epicúrea, que todo lo subordina al yo, que tiene por base el sensualismo más refinado y autocrático.

Ahondando más en esta ética singular, argüía Ramírez:

— ¿Qué cosa es la ley? ¿quién la instituyó? ¿no es obra de hombres? ¿creeréis en la patraña mosaica que supone á Jehová envuelto en una nube, dictando leyes para Israel? ¿á quién puede obligar esa ley? ¿Y qué es el delito? ¿qué responsabilidad tiene el que lo comete?

Crisna, dios de la teogonía bramánica, reprende á un héroe que en vísperas de una gran batalla se lamenta de tener que ir contra parientes, amigos, deudos, padres y hermanos, diciéndole:

— «No hay homicidio, no hay muerte; vida y muerte son modificaciones pasajeras del ente humano, que no crean ni destruyen.

»Aquellos cuya muerte lloras no merecen tu llanto: que se viva ó se muera nada im-



porta: el hombre cuerdo no tiene lágrimas para la vida ni para la muerte. No ha habido nunca un tiempo en que no existiese yo, en que no existieras tú, en que no existiesen esos guerreros; *jamás asomará la hora de nuestra muerte*. El alma colocada en nuestros cuerpos atraviesa la edad juvenil, la edad madura, la decrepitud, y pasando á un nuevo cuerpo, empieza en él una nueva carrera. Un Dios indestructible y eterno desenvuelve en sus manos el universo en el cual estamos nosotros. ¿Y quién podrá anonadar el alma por El creada? ¿quién destruirá la obra del Indestructible?

»El cuerpo, frágil estorbo, se altera, se corrompe, perece; pero el alma eterna, inconcebible, no perece jamás. Al combate, pues, ¡oh Aryunal! lanza á la pelea tus corceles: el alma no mata ni se mata: no se deshace, no muere: no conoce lo presente, lo pasado ni lo por venir. Es antigua, eterna, siempre virgen, siempre joven, inmutable, inalterable. Lanzarse al combate, *dar muerte á los enemigos, no viene á ser más que dejar un vestido ó quitarlo de encima á otro que lo llevaba.*»

Si el filósofo habló de esta manera y las cosas están siempre vivas para ser, ¿por qué condenar al pecador que obra á impulsos de un agente misterioso superior á su voluntad y por tanto á su fuerza?

Mejor fuera crear escuelas que educasen á los hombres en la aversión al crimen, facilitándoles todos los medios necesarios para desenvolver sin tribulaciones la vida, que tribunales encargados de tasar y medir la pena que haya de imponerse á los infractores del precepto legal.

Hubiera caído en la más extrema pobreza don Juan Ramírez, que ya había dado cuenta de su importante patrimonio en estas y en otras aventuras cuarteleras, excitando á Jefes y Oficiales á la rebelión armada, si su mujer, la bondadosa y prudente doña Amalia Ortiz de Cisneros, no hiciese prodigios de economía en la casa, atendiendo personalmente á todos sus servicios, no permitiendo á sirvientes y proveedores que abusasen de la prodigalidad de su marido y privándose de aquellos placeres honestos que el bienestar proporciona á determinadas familias.

Era su hacienda la que quedaba libre, y de ella formaba parte el hotel en que vivían, cuando Ramírez fué por segunda vez á la emigración.

Entre planes abortados, conspiraciones de casino, folletos de propaganda, sostenimiento de periódicos que conservasen viva la doctrina, suscripciones para correigionarios pobres que por defender la causa habían tenido que expatriarse, sablazos de los amigos y limosnas, más censuradas que aplaudidas, fuerónsele de las manos al buen Ramírez más de 500.000 pesetas, que constituían su haber, en los veinte años que pasó terqueando por hacer efectivo su ideal.

Es verdad que cuando esto sucediese, cuando el nuevo régimen suplantase al existente, otorgábanle todos un puesto elevadísimo que había de compensar todos sus anteriores sacrificios. Pero, en su último período de ostracismo, hubo ya que hipotecar los bienes de su mujer, que recurrir á toda clase de préstamos usurarios, que pasar por el bochorno de no satisfacer al contado las obligaciones más perentorias é inevitables.

Horas de amarga aflicción pasó Ramírez en el extranjero.

Los arrestos rebeldes de los suyos iban cada vez en más visible descenso, y á una defección sucedía un resellamiento. Diariamente aguardaba una noticia que le permitiese atravesar la frontera para venir entre los suyos á instaurar el período del derecho y de la justicia para todos y expulsar á los que durante tantos años habían tenido á España envilecida y esclavizada, apartándola sistemáticamente del movimiento general del mundo; pero, en vez de tan grata nueva, avisábanle que Fulano, abogado eminente y pensador profundo, había aceptado la defensa de cierta dama de alta alcurnia, en un pleito sobre legado de menores, por cuya razón ya no se le veía en el Club ni aparecía por ninguna parte. Otras veces decíanle: «Zutano es ya Diputado liberal y se cree que, previa la dádiva de una cartera, hará declaraciones en el Parlamento favorables á las instituciones; Mengano ha marchado á Bélgica con una comisión del Gobierno y no se ocupa de nada con nosotros ni con la revolución rela-

cionado.» Y así, de este modo y forma, veía cómo se iban desgranando todas las cuentas del rosario y se quedaban solos él y su jefe.

¡Oh! Este sí que era de carácter entero y espartano. Nada le hacía cambiar de opinión ni mudar de procedimientos. No entendía de propagandas al amparo de la ley, pronunciando discursos vanos en el Congreso y haciendo el caldo gordo al Ministerio con oposiciones convenidas y pactadas. Guerra, guerra y guerra á los conculcadores de la libertad nacional, á los servidores asalariados del despotismo encubierto con el hábito constitucional, á los desaprensivos y ayunos de todo decoro y vergüenza, que por engrandecerse y engrandecer á sus familias cometían todo linaje de bajezas, corrompían la conciencia nacional y llevaban el escepticismo á todas las almas. Estas eran sus palabras, y allá, en su retiro, que nada tenía de opulento, verdaderamente modesto, como un sacerdote babilónico, saturado con el óleo sagrado de la fe, practicaba impasible y rígido, convencido y austero, firme en su esperanza, el culto de su ideal.

Casi ya no le secundaba nadie. Sólo Ramírez se mantenía devoto de él. Los demás acampaban en las tiendas enemigas ó esperaban con ansia famélica ser á ellas convidados.

¡Cuánto lodo y miseria!

Y él, arruinado, en peligro evidente de perderse, como se perdiera lo suyo, lo que su pobre mujer había conservado intangible en calidad de acerbo parafernalia; separado de ella y de su hija, de su inolvidable Deseada, que ya era una mujer, con sus diez y ocho años completos, falta de su dirección y de su afecto, expuesta á los peligros de la soledad en que con su madre vivía; á las asechanzas juveniles, casi siempre difíciles de evitar; entregadas ambas á la desesperación de un apartamiento irremediable del ser querido, ¿qué sucedería? ¡Ah!, bien lo comprendía ahora; de todo tenía él la culpa. Había tomado con demasiado calor las cosas; diera excesiva importancia al ideal, sin pensar que como encarnado en la mente humana, era fácil á corromperse y morir como se corrompe y muere cuanto es humano: la cristalización de sus principios háiale obse-

sionado al extremo de caer en un verdadero fanatismo.

Ahora ocurríasele pensar. Si yo considero como único, verdadero y legítimo mi pensamiento político y social y le defiendo hasta exponer mi vida y olvidar mis afectos y mis intereses, ¿no es natural y humano que mis contrarios amen de igual suerte el suyo y honradamente lo estimen y defiendan en la propia medida?

Y este modo de discurrir conducíale á un término doloroso, á una conclusión descarada que dejaba como un témpano su corazón ardiente: que ningún principio será bueno si no deja la razón libre y el espíritu sereno.

Sus entusiasmos decaían visiblemente, no porque se inclinase á sus adversarios, sino porque el aislamiento en que iba quedando producíale la duda, que hace vacilar. Por otro lado, después de cinco años de calvario, alejado del amor de los suyos, necesitado del calor de su sol, enfermo de cuerpo y de alma, pensando que su firmeza no había de cambiar el curso de los sucesos, como la fuerza de un gigante

colosal no puede, por sí sola, cambiar el curso del Guadalquivir ó del Ebro, sentíase inclinado á abandonar sus procedimientos revolucionarios y restituirse á su casa para no ocuparse más que de compensar á su esposa é hija los días grises de su pena, con una adoración mística y arreglar los desaguisados de la maltrecha fortuna de su esposa, que amenazaba evaporarse.

Pensó entonces en lo que siempre rechazara con apasionada energía: pensó en el indulto.

Vino en su ayuda la casualidad en figura de Parca.

El jefe, una tarde de otoño, cuando nada podía indicarlo, cuando hacía cálculos y proyectaba una nueva combinación revolucionaria, cuando se mostraba más seguro del triunfo, cayó muerto de repente en su despacho.

—Esto se acabó — dijo Ramírez, cuando el cadáver de aquel héroe de la constancia quedó sepultado, quizá para siempre, en tierra extranjera—; ya soy el último revolucionario.

Sonrió con amargura, y agregó:



—Pues como no venga en mi ayuda Santiago Apóstol, que nada tiene de afín con mis ideas, no podré librar la más pequeña batalla y acabaré por ser enterrado al lado de ese hombre.

Meses después, previa formal promesa de no seguir conspirando ni atentar en ningún sentido contra el régimen, se le dejó volver á su casa.

¡Qué dulces y plácidos fueron para él los primeros días que en ella pasó! ¡Qué satisfacción tan pura y delicada experimentó al abrazar á su Amalia, á aquella tierna mujer que se había pasado la vida esclava de su dicha, que él, temerario y loco, se empeñaba en desconocer! ¡Cómo se ensanchó su corazón de padre al contemplar á Deseada esbelta, radiante, erguida como una escalonia, esparciendo á su alrededor el suave perfume de las madreselvas, con todas las condiciones que el mundo demanda para conseguir la felicidad!

—¡Ah! ¡Cuánto tiempo he perdido fuera de vosotras, cuando en vosotras estaba cuanto debía ser mi ideal—les dijo á las dos la segunda

tarde de su restitución al hogar, después de besarlas y abrazarlas con transporte paternal—. Viejo llevo, vencido y depauperado, más muerto que vivo; pero los alientos que me quedan para consagrároslos serán. Nada me apartará de vosotras. Y mi existencia os la ofrendo toda entera.

Don Juan Ramírez había sido en su juventud lo que se llama un hombre hermoso. Alto, bien proporcionado de cuerpo, cara redonda, con nariz aguileña, blanca la color y los ojos pardos, melancólicos y soñadores, realizaba el sueño de los escultores griegos para reproducir á los principales dioses olímpicos. Consagrado á sus estudios político-sociales, se había metido en la cabeza todas las teorías de los enciclopedistas y las de los modernos autores como Kropotkine, Bebel, Grave, Reclus, Tolstoi y otros, no quedándole tiempo para pensar en amoríos y sacar partido de su persona. Sus aficiones revolucionarias, por otra parte, ocupábanle de modo extraordinario, y por consagrarse enteramente á ellas, ni aun se habría casado, si su madre, que con solicitud ca-

riñosa velaba por su felicidad, no le hubiese alentado en sus amores con Amalia, prima suya, aunque en grado remoto — amores de la niñez —, y meses antes de abandonar el mundo no le obligase á tomarla en matrimonio.

Recordaba este suceso de su vida con algún escozor. El, tan opuesto á los ritualismos de la religión, que no admitía dioses con culto, ni fórmulas sacramentales para la unión de dos almas gemelas colocadas en cuerpos diferentes; que consideraba el matrimonio como una vejez legada á las sociedades modernas, que era preciso desterrar; que creía que donde hay amor recíproco hay cuanto es necesario para la conjunción y enlace de dos seres, habíase casado, sin embargo, pasando por cuantas reglas, preceptos, distingos y mandatos ordena la Iglesia, sumiso y acobardado, sin tener valor para protestar. Pero ¿podría hacerlo sin matar á su madre, sin herir profundamente en sus sentimientos y creencias á la que iba á ser su esposa, por la cual sentía realmente una pasión noble y casta? De ningún modo. Por eso había transigido en este punto, sin ceder

nada en sus convicciones, persuadido de que el respeto y la veneración que se deben á una madre buena y el amor y la consideración que merece una esposa virtuosa y fiel justificaban la pequeña transgresión de sus principios.

En su Amalia, como la llamaba siempre, encontraba Ramírez la compañera modelo, la mujer soñada, la que todo hombre debiera hallar en el mundo para que las uniones se perpetuasen, las disensiones conyugales fuesen un mito y los esposos tuviesen que pedir á Jove, como Baucis y Filemón, la muerte á un mismo tiempo, para no experimentar el dolor de sobrevivir el uno al otro.

Tierna, complaciente, delicada, generosa, perspícaz, hábil y discreta, jamás le había provocado una cuestión, nunca diera motivo para una querrela. Las situaciones más difíciles y complicadas sabía resolverlas ella con tino delicado, y en más de una ocasión, á su sangre fría y serenidad, debía Ramírez su salvación. En los primeros tiempos de su matrimonio, con su juventud y con sus gracias, de las que hacía uso moderado y oportuno, tra-

tára de disputar á la política y á la revolución á su marido; mas, observando que esto le contrariaba á él extraordinariamente, que le apenaba y entristecía, no sólo no insistió en tan noble lucha, sino que se asoció á la causa de él, colaborando con su talento y sus desconfianzas femeninas á su mejor y más rápido éxito. Y aunque le dolía ver cómo se gastaban los bienes de aquél en intentonas tan infructuosas como sangrientas, y aunque temía por su porvenir y por el de Deseada, que ya, pequeña y linda, la consolaba en sus aflicciones y zozobras, jamás lo agravió con duros reproches ni amargas reconvenciones: limitábase á hacerle observaciones juiciosas, encaminadas al bien de los tres.

Pasadas las expansiones naturales de los que se encuentran después de una ausencia prolongada y dolorosa, hubo necesidad de hacer cuentas.

Había que mirar frente á frente al monstruo de la realidad: era preciso liquidar todos los errores antiguos y conocer de un modo evidente y claro el total de su pasivo.

Ramírez estaba dispuesto á todo: como un general vencido, que ha perdido con la gloria la energía para arrancar de la vaina la espada fulminadora en mejores y más felices días, entregábase á discreción al porvenir, sin pensar en lo pasado, que tan funesto le fuera, aunque en él brillasen algunos momentos de esplendente sol.

— Tú dirás, Amalia; tú dirás cómo nos encontramos — interrogó á su esposa — porque yo, verdaderamente, dominado por mis afanes, nunca me he dado cuenta de lo que teníamos, ni pensé jamás en las necesidades que podían abatirlos. He sido un gran imprevisor, un criminal digno de tremendo castigo — agregó con marcado signo de pesar en el rostro.

Atrájole Amalia á sus brazos con efusivo arranque de ternura, y después de besar su frente, contestó:

— ¡Por Dios, Juan!, no digas esas cosas. ¿Tú criminal, y eres el mejor y más leal de los esposos? ¿el padre más amoroso y tierno? No, no quiero que tus labios se abran nunca para re-

prochar lo pasado. Había en cuanto hiciste una tan grande y pura justicia, una bondad tan fina y delicada, un pensamiento tan generoso y humano, que, si las intenciones son apreciadas más allá de este mundo de tristezas y desengaños, tú tienes que ser con creces recompensado. Las cosas son como salen, no como se quiere que salgan. Tus esfuerzos, sacrificios y pesares malograronse por no sabemos qué causas ocultas. Pues bien: conformémonos y atengámonos á la sanción de nuestra conciencia, que nos dice que hemos procedido bien.

— ¡Gracias! ¡Gracias, Amalia de mi alma! Tus palabras me animan y alientan; confortan mi espíritu, tan caído y destrozado, y me empujan de nuevo á la vida. A cuanto te debía por lo que has hecho en mis tiempos de enfermedad política, tendré que agregar ahora lo que me das con tus consolaciones tiernas, tan refrescantes y suaves para mi alma calenturienta y exangüe. Pero, hablemos de lo que más hondamente me preocupa y anonada. ¿Cómo estamos de intereses? ¿Qué debemos?

¿Qué nos queda? ¿Podré, á fuerza de trabajo, restablecer nuestra fortuna?

— ¡Ay, Juan! cuánto siento que las palabras que tengo que dejar correr por mis labios sean palabras de hiel para tu corazón. Mas, ¿podría ocultarlas cuando el peligro nos amenaza sin consideración?

— No, no, habla... no ocultes nada... dímelo todo: tendré valor para escuchar la noticia de mi ruina. ¿No soy yo el autor de ella? ¿No soy yo quien, con sus insensatas ideas, ha engendrado esta situación?

— Juan: si sigues inculpándote y evocando lo que hemos convenido en olvidar, me callo y no te digo nada.

— Perdón, Amalia; como ves, estoy un poco ofuscado y no sé ni lo que hablo.

— Pues bien: has de tener en cuenta, que cuando tú fuiste expulsado, ya habíamos tenido que hipotecar la dehesa de Matalobos en setenta mil pesetas. ¿Te acuerdas?

— Sí, sí.

— Venció el término de la obligación y el acreedor pidió su dinero: era indispensable pa-



gar ó exponerse á un procedimiento judicial que nos haría perder por completo la finca. Entonces fuí á ver á nuestro amigo Remesar, que siempre me había demostrado vivo interés por tus desgracias, y le expliqué nuestra situación.—No se apure usted ni se moleste —me dijo—: dentro de ocho días yo recogeré esa escritura, y á mí, si no le molesta, será á quien usted tenga por acreedor. No piense más en este asunto. Me pagarán cuando puedan, cuando Ramírez vuelva de su destierro, que confío será pronto. Y ahora, permítame usted que le haga una súplica — agregó — : como Ramírez necesitará dinero en París, y usted no lo tiene, yo lo pongo á su disposición, abriéndole desde hoy una cuenta corriente. — Pero, Remesar — le dije yo — , si apenas nos queda nada con qué responder, ¿cómo vamos á aceptar nuevos préstamos? — La dehesa de Matalobos — contestó — vale cien mil pesetas, y por lo menos cincuenta mil el hotel en que ustedes viven. Pero esto es lo de menos; yo tengo mucho gusto en demostrar á Ramírez cuánto le aprecio, y me

place contribuir á hacer menos penosa su situación.

— Noble proceder — exclamó vivamente emocionado Ramírez.

— Sí; proceder digno, que nunca agradeceremos bastante. Remesar se hizo traspasar la hipoteca, y lejos de molestarme con la reclamación de sus intereses, me facilitó las cuarenta mil pesetas que yo te mandé en estos últimos cinco años á París y veinte mil que empleé en nuestros gastos y en el pago de contribuciones y censos de la hacienda y del hotel.

— De modo — dijo Ramírez— que lo que debemos á Remesar asciende á ciento treinta mil pesetas, con todos los intereses acumulados, que no importarán menos de treinta mil. Total: ciento sesenta mil pesetas, lo que á lo sumo valdrán nuestros bienes... nuestros... ¡qué ocurrencia!.. los tuyos—agregó con acento de tristeza Ramírez—; sí, los tuyos, porque yo soy un miserable que nada tiene ni para nada sirve.

— ¡Por Dios, Juan! ¿Volvemos á los reproches?

— Perdona, Amalia; pero al considerar que por dejarme llevar de ideas que ya nadie aprecia os he lanzado á ti y á Deseada á la miseria, siento grandes deseos de castigarme severamente.

— Pues te castigarás por entero dejando pensamientos amargos, viviendo para nosotras y tratando de reconstruir lo averiado. Después de todo, ¿crees, acaso, imposible, dominar la situación?

— Francamente, creò que sí. No teniendo nada libre, ¿de qué capital podría yo disponer para afrontar algún negocio industrial que nos salvase? No nos queda más recurso que ajustar cuentas con Remesar, entregarnos á su generosidad, y si nos deja algún remanente, emigrar á América, en donde podré trabajar, desconocido y humilde, para ti y para nuestra hija.

— ¿Y eso te aflige? Pues á mí me encanta la idea de dejar este país desventurado, en donde no puede vivir ningún hombre de sentimientos elevados y humanos y toda la vida está monopolizada por diez docenas de familias. Con

gusto iremos á conocer esas tierras benéficas y espléndidas, y ni Deseada ni yo nos aterra-remos ante los peligros que tal viaje pueda tener. Lo que importa es que tú no te acobardes ni enfermes, que recobres tus alientos juveniles, y que, para siempre unido á nosotras, desarrolles tus energías para reconquistar lo perdido. Dios, que sabe que somos buenos, guiará bien nuestros pasos.

Ramírez abrazó á su esposa, y levantándose de la butaca en que se hallaba sentado, con un poco más de animación en el semblante, dijo:

— Mañana veré á Remesar.

### III

— ¿Qué quieres, mamá? — dijo Deseada, entrando en el gabinete en que se encontraba su madre.

— Verte, en primer término, hija mía; hace lo menos dos horas que estás en el pórtico; ¿qué hacías?

— ¡Pensaba!...

— ¡Ah! pensabas. ¿Y en qué pensabas? ¿se puede saber?

— En tantas cosas, mamá; en tantas, que sería imposible recordarlas.

— Sí; pero algunas no te será difícil precisarlas. A mí me gusta mucho y me interesa sobremanera saber lo que tú piensas.

— Pues mira, pensaba en mi niñez, cuando iba al colegio, cuando tú y yo llorábamos de-

soladas por las persecuciones de que era objeto papá; en mis condiscípulas... ¡bah! en mil tonterías, mamá.

— No; evocar esos recuerdos no es una tontería, es un tónico para el alma, es recoger enseñanzas para la vida futura. Y á propósito, ¿á que no has pensado en una cosa de la mayor importancia?

— ¿En cuál, mamaíta?

— En que hace cinco días cumpliste veinte años.

— Es cierto, mamá — suspiró Deseada — ; no pensé en eso; y á la verdad que debía haberlo hecho, porque ya soy una vieja.

— No, no eres más que una niña; pero una niña que ya tiene que discurrir como mujer; y para que como mujeres hablemos un poco, te he llamado.

— ¡Dios mío! — exclamó Deseada palideciendo repentinamente — ; me asustas mamá. ¿Alguna nueva desgracia nos amenaza? ¿Corre peligro papá?

— Afortunadamente nada tenemos que temer por Juan: resuelta y decididamente ha ol-

vidado la política, esa funesta política que tanto nos ha hecho padecer, y bien sabes que curado de tan deplorable dolencia, es el mejor y más amable de los hombres. Lo que hay, hija mía, es algo penoso y triste que á todos nos interesa y que tengo precisión de hacerte conocer.

— Me aterras, mamá — interrumpió Deseada, agitada y temblorosa.

— Pues no te asustes, ni tiembles, hija mía; porque todos los males que pueden dañarnos y que al presente nos afligen á tu padre y á mí, en tu mano está conjurarlos.

— ¡Yo! — gritó por todo extremo conmovida y nerviosa Deseada — . ¿Puedo yo conjurarlos?

— Sí, por cierto; una palabra tuya bastará para que á esta casa vuelvan la alegría y la felicidad, y para que un período de sosiego y calma, nos permita aún disfrutar días de placidez.

— ¿Y vacilas, mamá, en decirme lo que debo hacer? — contestó Deseada, que se acercó á su madre, besándola arrebatadamente — . ¿No

sabes que todos los sacrificios humanos los realizaría yo, aun los que parezcan más tremendos y difíciles, con tal de asegurar vuestra dicha, que también es la mía?

— Lo sé, hija mía, lo sé — respondió doña Amalia, devolviendo con creces los besos que Deseada acababa de darle —, sé que eres muy buena y que amas entrañablemente á tus padres; pero lo que tengo que decirte es tan penoso, y lo que tengo que pedirte es de tal modo grave, que á mí misma me acobarda que de mis labios brote.

— ¿Crees, mamá, que no soy una mujer? Estas equivocada, tengo corazón varonil y fuerte como el tuyo, que tantas pruebas ha dado de firmeza en nuestras recientes tribulaciones, y preparada me encuentro para conocerlo todo, lo que pueda ser más torturador y doloroso. Y si yo tengo el remedio para curar el mal, ¿cómo vacilas un segundo en hablar?

— Pues bien, Deseada, hija mía; siéntate y escucha — dijo su madre con acento melancólico y triste.



Sentóse Deseada, que hasta entonces había permanecido de pie, en una butaca, frente á su madre y de espaldas al piano en que solía interpretar á Schubert y Beethoven, y su madre habló de esta manera:

—Preciso es que te lo diga todo: cuando yo, hace veinticinco años, me casé con tu padre, disfrutábamos de una posición excelente: con nuestros intereses, con los de los dos unidos, podíamos contar con una renta anual que excedía un poco de seis mil duros. Debíamos considerarnos poderosos, puesto que empezábamos la vida; y lo seríamos, en efecto, si tu padre, dominado por su pasión, que ciertamente era superior á la que por mí sentía, no empezase á gastar sin tasa ni medida. Bastantes veces intenté oponerme á sus dádivas para una revolución que nunca había de venir, á sus exageradas filantropías con los necesitados y hambrientos — aunque violentando en este punto mis sentimientos, que me llevaban por los mismos rumbos que tomaba Juan—, y á los repetidos préstamos que sus amigos y correligionarios solicitaban; pero, ¡ay de mí! nada

pude alcanzar. El entusiasmo que sus ideas le inspiraban era más fuerte que las reflexiones que yo le hacía, y casi siempre acababa por transmitírmelo á mí. Sí, hija mía, hubo muchos instantes en ese largo período de exaltación, de ira y de esperanza, en que yo estuve tan extraviada como él. Lo cierto es que la fortuna fué mermando visiblemente. Hoy diez, mañana veinte; vendiendo una finca ahora, una casa después; para no quedarnos sin nada tuvimos que recurrir al préstamo, hipotecando lo último que conservábamos; esta casa y la dehesa de Matalobos.

Escuchaba Deseada esta relación que su madre le hacía, ahogando sollozos y disimulando gemidos que pugnaban por brotar del alma en notas agudas y desesperadas, con recogimiento profundo; bebía todas las palabras como un licor acre y corrosivo que va quemando el paladar y encendiendo en fuego aniquilador las entrañas, y sentía como si en el corazón le clavasen cientos de alfileres. Sabía Deseada algo de todo aquello: en las angustiosas soledades que los destierros y ausencias de

su padre trajeran para su madre y para ella; en las necesidades sentidas y lamentadas con bastante frecuencia en aquel hogar que rara vez contara un día de esparcimiento y de ventura, llegara á comprender bastante de cuanto ahora escuchaba; pero al oírsele referir á su madre, al ver todas sus vagas sospechas confirmadas, al observar la realidad con su catadura odiosa y repugnante, experimentaba sensaciones tan crueles, que superaban á cuantas hasta entonces habían enturbiado su vida juvenil y tierna.

Su madre prosiguió:

— Hace dos días ajustamos cuentas tu padre y yo, y resulta...

— ¿Qué? — interrumpió Deseada sin poder contenerse.

— Que estamos completamente arruinados; que no somos dueños de nada de cuanto poseemos; que tal vez debamos algo más de lo que valen los bienes que nos quedan.

— ¡Dios mío! — exclamó Deseada.

— Sí, bien haces en invocar á Dios, que en medio de tanta desdicha nos deja vivir. Su

bondad es, sin duda, infinita. Poco valen las riquezas de la tierra si se tiene paz en el corazón y si los seres que amamos los vemos cerca de nosotros. Todo, en absoluto, todo lo doy por útilmente empleado ante el inmenso bien de tener aquí á Juan y de tenerle curado para siempre de su mal pagada pasión.

— ¡Arruinados! — sollozó Deseada.

— ¿Te amilanas, Deseada?

— ¡Oh! no, mamá; me aflijo por vosotros, por ti, por mi padre... ¡pobre padre mío! ¿Qué podrá él hacer en tan angustiosa situación?

Y las lágrimas corrían por las hermosas mejillas de Deseada, sin cuidarse de ocultarlas á su madre, que no estaba menos llorosa y enternecida. Revolvióse en su asiento, presa de un dolor inenarrable, y tomando las manos de su madre, que besó con ternura infinita, dijo:

— Y bien, ¿por qué tardas, mamá, en decirme qué me corresponde hacer para evitar la gran desgracia que nos amaga?

— Te lo diré — respondió su madre —; preciso es que te lo diga, aunque se desgarre mi alma.

— Nuestro único acreedor hoy; el que ha recogido todas nuestras obligaciones y pagado todas nuestras deudas; el que nos facilitó dinero para vivir y para que tu padre no se muriese de hambre en la emigración y aun llevase á cabo sus últimas tentativas redentoristas, es nuestro amigo Remesar...

— ¡Remesar! — exclamó Deseada.

— Sí, Remesar; ¿te sorprende saber que sea á él á quien todo lo debemos?

— Sí, lo confieso — contestó Deseada, reprimiendo el llanto que nuevamente le acometía — ; no sospechaba que fuese ese hombre nuestro protector.

— ¿Ese hombre has dicho, Deseada? — repuso su madre—. ¿Acaso no le aprecias como nosotros?

— Te diré, mamá; yo... vamos... le estimo y quiero... me parece un excelente señor... pero ¿cómo imaginar que el misterioso protector en nuestra desventura fuese él?

— Pues sí, hija mía; sin él, sin su eficaz y generoso auxilio, hace mucho tiempo que caeríamos de hogar.

— ¡Oh! perdona mamáita, si he podido á tus ojos parecer ingrata no alabando efusivamente desde el primer instante á don Luciano.

— Nada tengo que perdonarte: la sorpresa no te ha dejado reflexionar; por lo demás, bien sé que tu inocente corazón sólo afectos de gratitud y de reconocimiento ha de sentir por quien nos evitó la más espantosa caída y la vergüenza más abatiente.

— Así es, mamá — suspiró Deseada, dejando caer su cabeza sobre el respaldo de la butaca — ; pero, sigue, sigue:

— Poco me resta ya que decir. Tu padre fué ayer á visitar á Remesar con el propósito de hacer una liquidación general de cuentas y ver si conseguía algún sobrante que nos permitiese salir de Madrid...

— ¿Salir de Madrid? — gritó interrumpiendo otra vez Deseada.

— ¿No te gustaría abandonar á Madrid? — preguntó su madre.

— No, no me gustaría — contestó ingenuamente Deseada — ; sin embargo, lo haré si es necesario.

— No será necesario si tú quieres.

— ¿Cómo?

— Me explicaré. Remesar se negó á efectuar la liquidación, haciendo nuevos ofrecimientos de dinero á tu padre, que, naturalmente, no quiso aceptar, y concluyó la entrevista rogando que se le recibiera aquí para tratar de otro asunto que á él le interesaba mucho. Recordarás que esta mañana estuvo hablando con Juan, y ¿á que no aciertas lo que le propuso? — dijo la madre de Deseada, mirándola con cierto temor y como vacilando al emitir cada palabra.

— No puedo adivinarlo.

— Casarse contigo.

Un súbito y repentino desmayo dejó sin habla y sin color á Deseada, que, á no hallarse sentada, hubiera caído al suelo. Corrió su madre al tocador en busca de un frasco de éter que la hizo aspirar, y moviéndola suavemente, con voz de honda aflicción, le decía:

— ¡Deseada! ¡Deseada! ¡Hija de mi corazón!.. ¿Te has puesto mala?.. ¿Qué tienes?.. ¿Qué te sucede?..

Loca y arrebatada de miedo empezó doña Amalia á tocar el timbre.

Presentóse brevemente una doncella, y entre las dos condujéronla á su alcoba y á su cama, en donde empezaron á desnudarla y á darle fricciones de vinagre y agua para dominar los efectos del síncope.

En esta operación tropezaron las manos de doña Amalia con la carta que minutos antes había guardado en su seno Deseada, y causándole no poco asombro tal hallazgo, guardóla en el bolsillo para continuar la tarea de volver á la vida á su hija. Pronto ésta pudo recobrar el sentido, y al ver á su madre que la besaba con delirante apasionamiento, con voz muy tenue, díjole:

— Mamá, perdona; ¿te he disgustado mucho?

— Nada, nada me has disgustado, hija mía —contestó su madre acariciándola y un tanto repuesta de la impresión—; lo que he sentido ha sido tu desmayo. Pero ya estás buena, ¿verdad, niña querida? Ya todo pasó, ¿no es cierto, Deseada de mi alma?



— Sí, ya nada me duele, ya nada siento que me haga padecer — contestó Deseada con voz apagada — ; sólo una cosa tengo que pedirte y suplicarte.

— Di.

— Que papá no se entere de lo que ha pasado. ¿Te había mandado él que me hablastes?

— Sí; le pareció conveniente que yo hiciese una exploración en tu alma y... ya ves el resultado. Pero no te alarmes, hija mía; da por no dicho lo que oíste, que ya arreglaremos las cosas con Remesar de modo que no se turben tu sosiego ni tu tranquilidad. Descansa, duerme y piensa que tu ventura vale para nosotros más que todos los millones que hay en el Banco.

— Gracias, mamá; muchas gracias — dijo Deseada, cerrando los ojos como si de repente le acometiese un sueño profundo.

Fuése doña Amalia á su habitación, cerrando las puertas de la de su hija, que parecía quedar entregada al reposo, y acordóse en seguida del papel que había recogido en su seno. Abriólo

con viva emoción, buscó con ansia la firma, y, atónita, leyó: «Roberto».

— Un hombre, un hombre escribe á Deseada — dijo con agitación creciente —; ¿quién será este hombre y qué le dirá?

Y sin meditar en las consecuencias del paso que daba, empezó á leer lo siguiente:

«Deseada mía de mi corazón: Sólo tú vives en mí y sólo tu recuerdo llena todos mis instantes. ¡Qué linda y qué refulgente eres! ¡Como estrella de rutilantes claridades, alumbras el sombrío cielo que constantemente contemplan mis ojos, que serían tristes y ciegos sin tu luz divina!

»Sólo tú eres el rayo misterioso y amado que despeja la tiniebla que los envuelve. Con tu cara de ninfa sueño á todo minuto, y andando, andando por calles y paseos, en medio de la multitud salvaje y en la soledad de los campos, vas tú precediéndome, sonriéndome, llamándome, diciendo: «¡Vivamos!»

»Sí, Deseada santa; yo quiero vivir para ti, para tu amor purísimo, para el ensueño de largos días, cogidos de las manos, cruzando

un lago de ondas azules, reverberantes, en que el sol se hunda desfallecido de pasión, en que cisnes blancos canten con sus gritos inarmónicos nuestro idilio diosesco.

»Tu perfume delicioso, de nenúfar sagrado, arrancado á la entraña de un idolillo indostánico, cosquillea en mi nariz, penetra en las celdas escondidas de mi cerebro y estremece todo mi ser en espasmos deliciosos, en éxtasis no tenidos por ningún yogui oriental, en ansias de una pasión infinita, incalculada, loca y enervadora.

»¡Oh! Quién pudiera bañarse en tus ojos lánguidos y dulces, profundos y adormecedores: ellos son como mares glaucos que irisa un vientecillo de Abril, murmurando notas de primavera y de amor: los veo, los miro, los siento en mi alma, en mi carne y siempre me dicen: ¡Vivamos!

»¡Ah! Sí, vivamos, vivamos para amarnos eternamente, haciendo de los dos un solo ser, de nuestras almas una sola alma y de nuestros ideales un solo ideal: Vivamos para nosotros.»

Al llegar á este punto de la carta — bastante extraña y rara en su estilo, que denunciaba á la legua á uno de esos jóvenes entregados por completo y sin meditación al modernismo —, sintió cierta violenta irritación la madre de Deseada, y estuvo á punto de hacerla mil pedazos.

¿Quién podía ser aquel Roberto que tales sandeces escribía? ¿Cómo interesaban tanto á Deseada, que guardaba la carta y se desmayaba al solo anuncio de un matrimonio inmediato?

Ahora lo comprendía todo doña Amalia. Deseada estaba enamorada de aquel hombre; no era posible dudarlo; ¿habría producido tan desastroso efecto, si así no fuese, la pretensión de Remesar?

— Hay que proceder con cuidado — pensó la señora de Ramírez —; en este juego quién sabe si se arriesga la vida de mi hija, que vale más que todo el oro del mundo; y haciendo un gran esfuerzo, continuó leyendo:

« Dispuesto estoy, amada de mi alma, á trabajar lo inverosímil para tener pronto el derecho de acercarme á ti. Seré un Teseo que

sabrá vencer al monstruo de la pobreza y que conquistará para ti la diadema de oro de las reinas olímpicas. Ten por cierto que pronto oirás hablar de mí y que tu ventura va enlazada á la mía, como la sombra va siempre enlazada al cuerpo. Consérvame en tu recuerdo como algo que no puede marchitarse ni perecer, de la misma manera que yo hago de ti mi musa bendecida y alentadora, y esperemos el alborear risueño de nuestra aurora roja y alegre.»

Quedóse ensimismada doña Amalia durante algunos minutos, y levantándose con nervioso ademán del sofá en que había estado leyendo aquel endiablado papel, dirigióse á la habitación de su hija. Empujó con suavidad la puerta, que cedió á su esfuerzo, y en puntillas acercóse á la cama. Deseada dormía: un sueño letárgico que apenas dejaba paso á la respiración; un sueño, al parecer reposado y dulce, la dominaba.

Doña Amalia buscó la bata de Deseada, que estaba colgada de una percha, en una de las paredes del gabinete, y con la mayor natura-

lidad deslizó la carta que acababa de leer en su bolsillo. Abandonó con las mismas precauciones y cuidados la estancia y otra vez fué á sentarse á su gabinete.

Una gran zozobra la invadió.

¿Debía contárselo todo á su marido, que ya no tardaría en llegar? ¿No sería prudente callarlo hasta que Deseada hablase y mantener para ésta el secreto de la lectura de su carta y para su marido el del desmayo y repentina enfermedad de su hija? Ella se lo había pedido. Por otro lado, nada dijera en sentido negativo ni afirmativo de la aspiración de Remesar. Era conveniente no precipitarse, no provocar conflictos que tal vez se resolviesen en daño de todos. Doña Amalia decidió callar, y, serenamente, hacer frente á los acontecimientos.

Poco después llegó Ramírez.

—Y bien—preguntó á su esposa—: ¿has hablado á Deseada?

—No, no he podido, porque al obscurecer, efecto, sin duda, de lo fresco de la temperatura, que recibió durante largo rato en el pórtico,

cerca del jardín, se sintió amagada por escalofríos y temblores y la hice meter en cama.

—Pero, ¿está enferma?

—No; no es más que una ligera indisposición, que se curará con el descanso de esta noche y una simple tisana; ahora duerme.

—¡Ah! eso me tranquiliza. En la resolución de esa niña querida está nuestra salvación; de ella todo depende.

—¿Y no piensas, Juan—objetó doña Amalia—, en la juventud de Deseada, que tal vez no halle aceptable la edad más que madura de Remesar? Porque éste puede muy bien ser padre de ella.

—Tienes mucha razón, Amalia, y en eso he pensado no poco, y bien sabe Dios que me contraría y desagrada, pues yo quisiera para nuestra hija un matrimonio de amor, de juventud y de ilusión; pero la necesidad es imperiosa, dura y exigente para nosotros, y el hecho, en definitiva, prodúcese con harta frecuencia en nuestra sociedad.

—Sin embargo, si los sentimientos de Deseada no tomasen por ese rumbo, á nosotros

útil; si de algún modo hubiese que contrariarlos, yo...

—No prosigas— dijo precipitadamente Ramírez—; si Deseada no aceptase de buen grado, entregaremos cuanto nos queda á Remesar y, como pensamos antes, nos iremos á Méjico ó á la Argentina. ¿Me crees tú capaz de forzar la voluntad de un ser que me es tan querido?

—De ningún modo, Juan; conozco tu alma pura y noble, y hartó sé que nada te aconsejaría que dañar pudiera á nuestra hija; pero considero oportuno hacer todas estas aclaraciones en la perspectiva improbable de que ella muestre repugnancia á esa boda. Y á propósito: ¿quieres decirme qué ofrecimientos te hizo Remesar?

—Con mucho gusto, Amalia. Muy emocionado, balbuciente y temeroso, díjome que sentía un culto extraordinario y profundo por Deseada; que bien sabía que ni por sus años ni por su figura tenía derecho á aspirar á ella, aunque su pasión sabría hacer olvidar estos defectos.— Yo tengo cincuenta años, y aunque no soy un jovencito — agregó —, no soy tam-



poco un hombre gastado por el vicio; mi vida sólo la he consagrado al trabajo, y desde los diez y ocho años puedo afirmar que no he hecho otra cosa que acumular millones. Confieso que hasta hace poco tiempo, que descubrí en mi alma el amor que me inspira su hija, no tuve más afecto ni entretenimiento que el del negocio. Tal vez resulte un poco rudo para ella, que es un espíritu delicado y tierno; pero con mi adoración y mi fortuna confío hacerme perdonar mi atrevimiento de querer hacerla mi esposa.—En extremo me honra su pretensión, amigo Remesar — le respondí—; pero yo nada puedo contestarle sin consultar á Deseada y á su madre.—¡Ah!, desde luego; si ella me rechazase, si no le agradare, si no se sintiese con valor para soportarme—pues con un amor inmediato no puedo soñar —, dé usted por retirada mi pretensión, lo cual no impedirá que me siga considerando como su mejor amigo. Por lo demás, si acepta, quiero que sepa usted y que se lo diga á su señora, que antes del matrimonio le consignaré una dote liberada de dos millones de pesetas.— ¡Dos

millones! — exclamé, sin poderme contener. -- Eso por medio de escritura pública y en fincas urbanas en Madrid; pero en joyas y valores al portador le completaré un millón de duros. Ya que es la más hermosa, quiero también que sea la mujer más elegante y fastuosa de Madrid. — Bien, muy bien — dije — ; esperemos á oír á la interesada. — Ya ves, querida Amalia, qué porvenir tan espléndido se presenta para esa niña.

— Es verdad — contestó Amalia suspirando; es cierto, un porvenir de reina. Lo que hace falta es que ella acepte. Veremos.

Terminó así aquella noche inolvidable para los esposos Ramírez, que se recogieron á su habitación después de cenar frugalmente, dominados por muy distintos pensamientos. El viendo á su hija árbitra de los salones de la villa, soberana de la belleza y del talento — porque Deseada, además de hermosa, era cultísima por el ingenio natural que recibiera al venir al mundo y por la educación esmeradísima que se le había dado — dejando á su paso una estela de luz y de admiración en todas las

almas. Ella, la esposa, meditando sobre aquella carta extravagante y en el desmayo de su hija, que algo debía sentir por su autor cuando tanta sorpresa y daño le producía la aspiración del poderoso banquero.

Deseada durmióse, en efecto, y su sueño fué agitado y penoso: un sueño de pesadillas y terrores del que no podía darse exacta cuenta; un sueño borroso é indeterminado, en el que había sombras medrosas, visiones fatídicas, abismos y monstruos.

Despertó á media noche desagradablemente impresionada por lo que soñara, cuyo desagrado acrecía la tiniebla en que la habitación estaba envuelta, y oprimiendo un botón eléctrico, hizo luz instantáneamente.

Empezó entonces á darse cuenta de su estado: ¿qué había pasado? Ella no había cenado con sus padres, ni se había despedido de ellos besándolos en la frente, como tenía por hábito hacerlo todas las noches... ¡Ah!... Sí... recordaba... su madre le había contado una historia dolorosa y cruel: estaban arruinados, en la miseria, viviendo de la generosidad de una persona...

—¡Ah!..—gritó—: de Remesar, de ese hombre que siempre me mira con ojos que me aterran. ¡Dios mío! — dijo, hablándose á sí propia —; ya todo lo comprendo, ya todo lo recuerdo determinada y claramente. Mamá me dijo que la salvación de ellos, la mía, dependían de que yo... ¡Jesús, qué horror!.. sí, de que yo me casase con Remesar. ¡Quiere casarse conmigo!.. ¿Y Roberto? ¡Ah!...

Bruscamente dió un salto de la cama, y casi desnuda, malamente cubierta con una camisa de olán, que dibujaba todas sus formas y que no tapaba sus piernas recias, gruesas, admirablemente hechas, ni sus pechos redondos, duros y levantados, dejando ver su color de blanco-rosa, se lanzó al suelo. Corrió adonde estaba su bata, en la que registró con ansiedad, y hallando lo que buscaba, dió un pequeño grito, diciendo:

-- ¡Ah! ¡Qué fortuna, aquí está, la carta está aquí! Mamá no la ha visto, no la vió nadie... ¡Dios mío, qué suerte!..

Cubrióse apresuradamente con un peinador, calzóse los pies desnudos con unas zapatillas.

de seda azul, y sentándose en una butaca que estaba á los pies de la cama, empezó á leer la carta. A medida que avanzaba en su lectura, más espesas eran las lágrimas que corrían por sus mejillas: un hipo agónico acometióla al concluir; después, recostada en el asiento, como muerta, estuvo larguísimo rato.

Levantóse al fin: secó sus lágrimas con un pañuelo que estaba encima de la mesa de noche: dió dos pasos por su alcoba: pasóse la mano por la frente, echando hacia atrás el cabello que sobre ella había venido, y tomando un fósforo de una cajita que al lado de la palmaria se veía, encendió una vela. Serenamente, con tranquilidad estoica, como la cosa más regular y ordinaria, acercó á la llama la carta que acababa de leer y le prendió fuego. Empezó lentamente á arder, con cierta rebeldía de papel húmedo que se resiste; pero ella volvió á acercarla á la bujía. Entonces agrandóse la llama y muy pronto quedó convertida en una pavesa, que, primero tuvo un color rojizo, pero que en seguida tornóse obscurísima: voló ésta como una mariposa negra, como una

mariposa siniestra, presagiadora de grandes calamidades, y fué á caer en el suelo, sobre la alfombra clara de la habitación: entre sus dedos quedó una partícula de papel intacto, blanco, puro, del tamaño de una moneda de dos reales: mirólo y leyó esta palabra: «¡Vivamos!», que se había resistido al fuego.

Asomó á los labios de Deseada una sonrisa de ironía trágica, y guardando en un dije que siempre llevaba al cuello, aquel pequeño fragmento de la carta que tantas veces había leído y tan dulces ensueños despertara en su alma, dijo:

—¡Vivir! Sí, vivir para la angustia y el dolor eterno... ¡Bah!.. el idilio con que había soñado no era posible que se realizase. El destino, más fuerte que yo, no quiere que sea dichosa. Roberto es un ideal que se ha truncado, es una esperanza que ha muerto, es la nube blanca que se desvanece. ¡Vivir! Sí, vivir para el sacrificio. ¿No se lo debo todo á mis padres? ¿Podría contemplar su desgracia, y su miseria y sus amargas tristezas—¡ellos que tantas han pasado!—, sin que se me desgarrase el alma?

¿Podría sacrificarlos á un amor que, si llena mi corazón, no puede ahogar la gratitud que les debo? Mi resolución está tomada: no debo vacilar un instante más y, aunque me muera de pesar y de tedio, los salvaré.

Sollozos comprimidos y angustiosos invadieron de nuevo su garganta, y su energía y fortaleza decayeron visiblemente: ansias de descanso, pero descanso de tumba, acometiéronle de pronto.

— ¡Qué gusto — pensó —, estar tendida en un ataúd, inmóvil, fría, sin sensibilidad, yerta, extraña á todo recuerdo y libre, muy libre, volando con alas de oro el alma inmortal, de toda materia desligada!.. Pero esta felicidad sería infelicidad para los que me dieron el ser. Preciso es resignarse á tomar la vida tal y como se presenta. El hado así lo quiere, y yo no puedo oponerme á su resolución. ¿Y qué es el hado? Misterio, misterio y misterio; es algo que está á nuestro alrededor, que va con nosotros, que palpita en todos nuestros actos internos, que regula y construye nuestras acciones todas; no le vemos, pero su influencia

la sentimos; es lo que nos ata y niega nuestra libertad al proceder: el fatalismo que se impone como una ley emanada de potestad suprema.

Tal modo de discurrir en Deseada no era maravilla. Sus padres habíanla educado, no sólo en las labores propias de las mujeres de su clase, sino en el estudio del arte musical, del literario y de la filosofía. Conocía los mejores maestros italianos, franceses y alemanes, y en el piano interpretaba admirablemente á Wagner, á Mozart, á Grieg y á Saint Saëns. De literatura, no sólo éranle familiares los clásicos, sino los modernos autores, como Sudermann, Daudet, Flaubert, Heine y Verlaine. También había leído á Platón y Aristóteles en la biblioteca de su padre, hojeando tomos de Spinoza, Comte y Spencer.

Despojóse del peinador con que había cubierto su cuerpo de Friné, aquel tesoro de placeres que ella no estimaba ni sabía apreciar, y echóse en la cama.

Oprimió el botón eléctrico, que la dejó á obscuras, y el silencio tibio de una noche primaveral flotó á su alrededor.



Al día siguiente, muy risueña y alegre, con una cara llena de luz, que por todas partes irradiaba felicidad, rumorosa y viva, con los ojos con fulguraciones estremecedoras, exhalando un perfume penetrante y opial, que parecía condensar el que emerge en onda invisible del conjunto de mil flores variadas, y andando despacio, lentamente, con la majestad de una diosa que hubiese bajado á la tierra, presentóse en el comedor, en donde sus padres estaban desayunándose.

Su aparición lo fué completa para ellos: sintiéronse deslumbrados por tan espléndida y nada humana belleza, y sin poder contener su entusiasmo, al unísono, prorrumpieron en este grito jubiloso:

— ¡Deseada, Deseada, qué linda, qué linda estás!

Arrojóse ella, abrazándolos, en medio de los dos, y besándolos indistintamente repetidas veces, dijo:

— Sois peritos muy recusables: tratándose de mí no veis las cosas como son, sino como vuestro amor quiere que sean.

— ¡Oh!, no, por cierto — repuso su padre — ; estás, no sólo encantadora y guapísima, sino ideal.

— Sí, eres un primor, un encanto — agregó su madre, devolviéndole sus besos.

— Si os empeñáis — contestó Deseada, tomando asiento cerca de la mesa y sirviéndose café y leche en una taza blanca de porcelana — sea. Me tendré por guapa. Y á propósito; ¿sabes una cosa, mamá?

— ¿Qué? — respondió ésta.

— Que esta noche he resuelto casarme.

Un asombro no imaginado y un estupor inmenso pintóse, de pronto, al oír estas palabras, en los rostros de su padre y de su madre. No pudieron articular una frase, limitándose á mirarla como inconscientes, sin noción de la vida.

— Sí, he resuelto casarme, si vosotros no os oponéis, por supuesto.

— ¡Nosotros! — balbuceó su padre — ; casarte... oponernos nosotros. ¿Qué broma es esa, Deseada?

— ¿Qué broma es esa? — repitió automáticamente su madre.

— Broma — dijo — : tiene gracia; no es ninguna broma; y tú, mamá, puedes decir el nombre de mi futuro.

Doña Amalia levantóse encendida y sofocada, como impulsada por fuerza desconocida y poderosa, y acercándose á Deseada, cuyas manos tomó, sacudiéndolas con violencia, gritó:

— ¡Deseada! ¡Deseada! ¿Te has vuelto loca?

— No, mamáita; no estoy loca, sino cuerda y muy cuerda; serénate y vuelve á tu lugar, que voy á explicarme. Y tú, papá — dijo, mirando á su padre, que permanecía mudo y casi petrificado en su silla — , has de saber, que ayer fuiste víctima de un pequeño engaño por parte de mamá, y de ello sólo yo soy la culpable...

— ¡ Un engaño ! — interrumpió Ramírez, que empezaba á recobrar todas sus potencias, desvanecidas un momento.

— Sí, papaíto; un engaño. Yo le supliqué á mamá que no te dijese que me había hecho conocer la proposición que respecto á mí hizo don Luciano...

— ¡Deseada! — gritó su madre, más desolada y abatida.

— Espera, mamá, y déjame que lo diga todo: le rogué, sí, que no te dijese me había dicho que Remesar quería casarse conmigo, porque, antes de contestar, deseaba pensarlo mucho.

— ¿Y qué? — exclamaron á un tiempo los dos.

— Que lo he pensadó toda la noche y he resuelto ser la señora de Remesar.

La impresión que en los padres de Deseada produjo esta declaración, fué total y enteramente diversa: en el padre, de grandísima satisfacción y júbilo; en la madre, de abatimiento y tristeza.

Ramírez, sin poder contenerse, corrió á abrazarla, diciendo:

— ¡Bendita seas, hija mía! Tu resolución nos salva.

Doña Amalia, vacilando, esforzándose para disimular su angustia, agregó:

— Eso es muy serio, y hay que pensarlo detenidamente.



—Lo he pensado con toda calma— contestó Deseada, riendo y acariciando á su madre—. ¿Te parecen poco diez horas de cavilación? Hablemos los tres como personas serias y formales—pues ya tengo veinte años, y como mujer seria y formal debo hablar—, tratando como conviene el asunto. Yo sé, porque en parte lo he observado y en parte me lo refirió mamá, que á Remesar estamos obligados, no sólo material, sino moralmente. El ha sido para nosotras dos un buen protector, honrado y noble, y para todos un ángel benéfico. Sin él, ¿quién sabe cuál sería ahora nuestra situación! Le debemos, por tanto, reconocimiento y gratitud. ¿Quiere casarse conmigo?.. Pues me parece que yo no procedería bien si me negara á ser su esposa...

—No obstante — interrumpió el padre —, si no te agrada...

—¿Por qué no agradarme?—dijo Deseada—. Generalmente, todas las personas, salvo las muy antipáticas, agradan; podrán no gustar, que eso no es equivalente de agradar; pero el tiempo suele encargarse, según he leído, de



limar estas pequeñas asperezas. Yo, con el tiempo, creo que he de gustar de don Luciano; ahora ya le estimo y aprecio. ¿Os satisface mi actitud?

— A mí me encanta— contestó Ramírez.

— Y á mí me apena— dijo su madre.

— ¿Por qué?— preguntó Deseada.

— Porque me figuro que obras con demasiada prisa; porque me parece que no has consultado bastante tu corazón; porque, aunque sabes mucho, ignoras, hija mía, lo trascendental del paso que vas á dar. ¿Sabes tú á cuánto el matrimonio obliga?

— Sí— dijo palideciendo Deseada—. Sé que obliga á mucho; pero yo espero tener fuerzas para cumplir con mi deber.

Ramírez intervino para poner fin á aquella escena, diciendo conmovido:

— Las observaciones de tu madre son muy discretas y oportunas: aceptar de improviso tu decisión, que puede envolver no poco de sacrificio, sería en nosotros imperdonable. Pésimo es nuestro estado de fortuna; pero la pobreza nos será muy grata contemplándote á ti feliz

y contenta. Si crees que el sufrimiento amargaré tu vida al lado de Remesar, dilo con toda franqueza y en seguida le veré para hacerle perder toda esperanza, entregándole cuanto poseemos para pagar sus atenciones y créditos.

Estremecióse Deseada, y con vibrante energía, dijo:

—No, papá; te suplico que vayas á decirle que estoy dispuesta á ser su esposa: os ruego á los dos que creáis sinceramente en la firmeza de mi resolución.





#### IV

Había llovido un poco, y la tarde estaba fresca, húmeda y tristonía. Las acacias, de un verde obscuro muy intenso, conservaban bastantes de sus florecillas blancuzcas, y en el jardín, sobre las corolas de los claveles amarillos y encarnados, titilaban, semejando enormes brillantes, las gotas de agua que el chaparrón había dejado sobre ellas. Llegaban de los macizos, redondos ó cuadrados, unos; en forma de S, otros; algunos imitando colosales elefantes, oleadas de perfume suave, un poco fatigoso por lo penetrante, que se pegaba al paladar como si tuviese algo de líquido azucarado, y que concluía por producir ligeros estornudos.

El cielo, de fondo azul claro, presentaba grandes manchones plateados hacia el mediodía, y el sol, con intermitencias de dios aburrido y displicente, enseñaba un instante su faz roja y sangrienta para ocultarla de pronto, como si temiese aparecer demasiado atento con su vieja esclava la tierra. Quebraba sus rayos, cuando se dignaba sonreír, sobre las hojas de las rosadas azaleas y de las camelias encendidas, que, esparciéndose en delgados hilillos, iban á morir entre las espesas ramas de los olmos y de los manzanos.

En el jardín flotaba un ambiente de añoranzas y melancolías que no disipaban los alegres cenadores, cubiertos de campánulas y madre-selvas, ni los nenúfares y alhelfes que se alzaban á orillas del pequeño estanque, lujo que se permitiera don Juan Ramírez implantar, cuando la fortuna le concedió los dones de la amistad. Era un estanque, verdaderamente de muñecas, no mayor que el comedor de la casa; pero en el cual chapuzaban, satisfechos, las enhiestas cabezas y paseaban sus cuerpos, esbeltos y ligeros, dos hermosos cisnes blancos.

En las ondas tibias del aire aletargado venían rumores tenues del crudo vocerío y tumulto agrio de la ciudad, y venían como arpegio distante, agotado, moribundo, que apenas atraviesa el aparato auditivo.

Todo era soledad y calma: toda manifestación de vida intensa y febril; pero vida positiva, silenciosa y perfecta. Era ese momento solemne en que los grandes sucesos empiezan su gestación misteriosa, y la naturaleza, en un homenaje mudo de satisfacción, se postra ante ellos.

Serían las seis de la tarde, cuando doña Amalia, cruzando una de las enarenadas calles del jardín y con un pequeño ramo de pensamientos y violetas en la mano, se acercó á la casa, subiendo los cuatro escalones que conducían al pórtico, antesala del primer piso.

Tomó de una cestilla de costura, que se encontraba sobre un velador, una cinta azul, y con ella ató cuidadosamente el ramo.

— Ve á la habitación de la señorita — dijo á una doncella que se presentó en aquel momento — y dile que la espero.

La criada salió, y doña Amalia se dejó caer en una butaca.

— Veremos — pensó casi en alta voz — lo que resulta de todo esto. Deseada está decidida á casarse con Remesar, y aunque le he hecho durante todo el día de ayer grandes reflexiones, no he conseguido hacerla desistir de su propósito. Que éste no es sincero, salta á la vista; que ella no puede amar á ese hombre, es innegable; luego la consecuencia que aquí hay que deducir es que se sacrifica por nosotros. ¿Y debemos aceptar tal sacrificio? ¿Es justo que por un egoísmo de bienestar pasajero y deleznable en nosotros, la dejemos emprender un camino de abrojos y espinas á cuyo fin sólo encontrará la amargura, el tedio y la desesperación? Me parece que yo no procedo bien; que debo contárselo todo á Juan; que es cosa de razón advertirle que la heroicidad de esta niña, aun siendo nuestra vida, es su muerte indudable y cierta. Su muerte... ¡qué horror! Me espanto á este solo pensamiento, y todas las miserias y penurias parécenme gloria celestial en la existencia antes que ver á Deseada muerta ó infe-

liz. Ella ama, sin duda, á ese desconocido Roberto: la carta que le encontré lo evidencia; su desmayo al hablarla de la aspiración de Remesar lo confirma. Pero, ¿qué arraigo puede tener ese amor? ¿De qué tiempo data? ¿Qué impresión puede haber hecho en su alma? ¿Quién es, de dónde procede y qué hace ese malhadado hombre? Esto debo averiguarlo, y á ella me parece que no puedo ocultarle que conozco su secreto.

Llegaba doña Amalia á este punto de su soliloquio, cuando apareció Deseada, más hermosa, fresca y sonriente que nunca.

—Mamá, mamá, aquí me tienes — dijo, besándola efusivamente —: creí que aún estabas en el jardín.

—No, Deseada; ya terminé allí mi faena: fui á cortar estas violetas y estos pensamientos, que sé cuánto te gustan, para ofrecértelos.

—¡Ay, mamáita, qué buena, qué buenísima eres!—contestó Deseada, tomando las flores y llevándoselas á los labios.

—No hago más que corresponder á tu cariño, porque nunca alabaré bastante al cielo

por haberme dado una hija que, siendo la más linda de las criaturas, es el alma más pura, generosa y noble que en cuerpo humano haya encarnado.

—¡Oh, mamá! ¡por Dios! No me abrumes con elogios que no merezco y que me avergüenzan: yo no me esfuercé nada para quererte, para idolatrar á mi padre; os quiero natural y sencillamente, sin darme de ello cuenta, porque sí, porque me nace del corazón, por hábito, por necesidad, porque en vosotros veo reconcentrado el mundo y porque, si de repente desaparecierais los dos, pienso que desaparecía la razón de mi existir. Ya ves, mamá, que mi cariño no es cariño, sino inclinación, encaminamiento á vosotros, una voluntad suprema de ser vuestra y de vivir para que vuestra vida ilumine y encante la mía.

—Bien, bien te explicas, como siempre, querida niña; pero lo que tú haces traspasa un poquito los límites de lo humano, y en este punto sí conviene detenerse un instante. Y ya que entramos en este género de conversación, ¿quieres decirme, aparte lo que por nosotros

pretendes hacer, por qué te casas con Remesar?

—Mamá, ya te lo he dicho varias veces; me son igualmente indiferentes todos los hombres; por ninguno de los pocos que conozco experimento simpatía, y si al fin he de casarme, ¿qué más me da hacerlo con uno que con otro?

—¿Me perdonarás si te digo que no expresas toda la verdad?

— ¡Mamá!

— Sí; ¿me perdonarás?

— Habla, ¡por Dios! — dijo Deseada.

— Creo que conmigo debes tener confianza, Deseada; más que tu madre he sido para ti una hermana, una amiga querida y complaciente; ¿por qué no me lo dices todo?

— Pero ¿qué, mamá? ¡Me confundes con tus misteriosas preguntas!

— Dime, Deseada — dijo doña Amalia, atrayéndola hacia sí y tomándole las dos manos—: ¿tu corazón está completamente libre?

A esta inesperada interrogación, sintió Deseada que toda la sangre le invadía el rostro y que la tierra se le iba de debajo de los pies;

pero, reponiéndose inmediatamente, contestó:

— En absoluto.

— Medita bien lo que me respondes, y no olvides que en tus respuestas va envuelta tu ventura ó tu desgracia; yo no quiero que te cases con Remesar si presentes que no serás dichosa; mil veces prefiero la miseria y el trabajo.

Deseada, que se había repuesto por completo de aquel pasajero malestar, con gran firmeza y resolución, respondió:

— Lo tengo meditado y no vacilo. Me casaré con don Luciano.

Parecióle inconveniente á doña Amalia insistir en su investigación, y confiando en el carácter entero y firme de Deseada y en la sinceridad de sus menores acciones, aceptó como real este supuesto: si amase á Roberto, á ese ser misterioso y desconocido, no habría cedido tan fácilmente al ruego de su padre, con tanta mayor razón cuanto que la dejaba en absoluta libertad de procedimiento: era aquello nada más que un devaneo juvenil, sin



trascendencia alguna, que cedía ante un motivo tan poderoso como el que le inclinaba á ser la esposa de Remesar.

Con este razonamiento lógico adquirió doña Amalia una gran tranquilidad de alma, y parecióle que debía callar para todos, incluso para Deseada, el hallazgo de la carta de Roberto.

Ya no se pensó, desde este día, más que en la realización de la boda, que Remesar, notificado ya de la conformidad de Deseada, quería apresurar cuanto fuese posible.

Los regalos empezaron á caer sobre aquella casa, que semanas antes parecía albergue de todas las tristezas y pesares. Joyas valiosas; encajes que costaban una fortuna; abanicos de gusto maravilloso, de estilo antiguo y moderno; vestidos de incomparable riqueza; flores y *bibelots*; cuanto, en suma, puede constituir el ensueño de una imaginación juvenil, venía en cantidades desproporcionadas á poder de Deseada, como demostración del amor profundo que hacia ella sentía Remesar. Pocas veces presenció Madrid una esplendidez semejante. Para encontrar algo parecido á lo que

Remesar hacía con su futura, era necesario remontarse á épocas históricas y pensar en bodas reales, porque sólo con éstas podría admitir comparación la que se preparaba.

La prensa consagrábale, en sus crónicas del gran mundo, largas columnas; y las diademas de brillantes; los collares de perlas; las pulseras y pendientes de todas las formas y con toda clase de piedras, cualquiera de las cuales valía un tesoro; los vestidos; los abrigos; las pieles; las botas y zapatos; las sombrillas y paraguas; los sombreros y faldas, describiéronse con gran lujo de detalles, siendo la conversación diaria del mundo financiero y aristocrático. No se hablaba en todos los círculos de otra cosa; y hubo un momento en que la misma política pasó á un lugar secundario, para que las gentes se ocuparan solamente de la boda de don Luciano de Remesar y Orazo.

Era éste una de las personalidades financieras más salientes de la corte. Se hacía imposible calcular sus millones, que habían acrecentado notablemente en los días aciagos de 1898, cuando la trágica caída de España llevó sus

valores al más completo descrédito. Remesar, en combinación no se sabe con qué Sindicato extranjero, había jugado á la baja, realizando sumas fabulosas.

Antes, haciendo empréstitos al Estado para las necesidades de la guerra colonial, casi doblara la fortuna, amasada en treinta años de labor heroica, en la obscuridad de un escritorio, ajeno á todas las luchas sociales y sólo atento al movimiento económico y financiero del mundo.

Era Remesar de poco más de cincuenta años; alto, moreno de color, de frente ancha, pelo á medio blanquear y de ojos pardos, vivos y escrutadores: cuando miraba, parecía un juez que quiere ver á través de la frente del criminal, y su mirada inquisitiva y penetrante tenía bastante de molesta y enojosa. A las mujeres causaba disgusto, y á los hombres, producía escalofríos. Sus labios eran delgados, aunque los hacían poco visibles unos bigotes bastante espesos y nada suaves, que terminaban en largas y arqueadas puntas. Con uniforme y casco de penacho blanco tomábasele

por un general acostumbrado á la victoria, porque, en sus movimientos firmes y serenos, en su mirar desdeñoso y frío, revelaba su carácter dominador y el hábito de ser obedecido sin ninguna clase de observaciones. Cuando sonreía resultaba irónico y burlón, inspirando un vago recelo, como si de su sonrisa hubiese de resultar más bien un daño que no una satisfacción para la persona con quien hablaba.

Pero, aunque esta era la impresión que producía en el primer momento, luego que se le trataba se hacía querer y estimar en sumo grado. Era afable, atento, efusivo y muy humano. Visto, disgustaba; conversando con él, atraía; y cuantos se habían acercado á él tímidos y asustados, esperando una repulsa, se alejaban muy admirados de su bondad, de su generoso proceder y de sus finos sentimientos.

Nunca desmintió un hombre más acabadamente el aforismo vulgar de que es el rostro el espejo del alma.

Poco más de quince años tenía cuando llegó á Madrid desde una de las provincias del Noroeste. Era entonces un jovencillo pálido y en-

firmizo, que no parecía muy bien preparado para resistir los recios embates de la lucha por la existencia: demasiado alto para su edad, en su contextura floja y enfermiza más bien parecía incubar una víctima de la tuberculosis, que no el hombre recio, fuerte, musculoso é infatigable que apareció al cumplir los veinticinco años.

Venía destinado á servir de ayudante de carpeta en el almacén de un hermano de su madre, que solía hacer negocios de banca, y fué tan bien acogido por éste y tomóle tal afecto y cariño, que, al propio tiempo que le instruía en los secretos del comercio prácticamente, hacíale estudiar la teneduría de libros á la inglesa, varios idiomas, obligándole á dar lecciones de gimnasia y esgrima.

A los treinta años era Remesar un hombre completo, fuerte, instruído y rico. Había heredado de su pariente, que murió soltero y sin familia, un capital de más de millón y medio de pesetas, que él supo manejar con tanto acierto, discreción y tino, que en la época en que aspiraba á ser el esposo de Deseada, cons-

tituía una de las más grandes fortunas de Europa.

Nunca había querido figurar en política, si bien tenía á sus órdenes media docena de Diputados y Senadores que le servían con una lealtad absoluta y que eran eficaces auxiliares suyos en los pingües negocios que realizaba con el Estado.

— De la política — decía — deben servirse los hombres: hacerla es una candidez, porque si da un falso brillo de momento, conduce casi siempre á la pobreza y al vilipendio. A no ser que se haga de modo innoble, en cuyo caso, si da la riqueza, trae aparejado el deshonor.

Por ninguna causa ni motivo quería él separarse de su escritorio modesto, especie de covachuela en donde en veinticuatro horas se fabricaba el bienestar de dos familias y desde donde se hacían subir ó bajar los fondos públicos, según conviniera. Era un dictador de la banca en aquel modesto despacho, sentado en su viejo sillón de cuero, deslustrado por el uso dilatado y que nunca había querido cambiar. Ante él venían á humillarse los más fuertes, y

no se emprendía un negocio industrial ó financiero de alguna importancia sin pedirle su ayuda ó su consejo.

Un día corrió una noticia sensacional en Bolsa.

— Nadie quiere el 4 por 100 — se dijo, y á montones cayeron los títulos, grandes y pequeños, sobre el *parquet*. Era aquello un desastre que amenazaba concluir en una hecatombe nacional. Los enteros de quebranto contábanse por docenas. El pánico era inmenso.

Entonces se oyó una voz sonora y grave, que, sin hacer caso de la baja, gritó:

— Compró á 71.

Quince enteros más de lo que se ofrecía por los acobardados.

Era Remesar, que, instantáneamente, hizo variar el aspecto de la lucha, derrotando con enormes pérdidas á los bajistas.

En una de las innumerables crisis del Gobierno, el jefe del partido imperante había ido á rogarle que admitiese la cartera de Hacienda.

El Presidente, que era bastante paradójico y descreído, aunque afectase un vivo respeto á

todos los principios de la escuela á que pertenecía, excusó su pretensión con este breve discurso:

— Bien sé, amigo Remesar, que nada halagüeño vengo á ofrecer á usted — aunque hay dos millones de españoles que darían sus brazos derechos, y aun las bellas sonrisas de sus mujeres, por una cartera — ; pero como lo considero bastante rico para consagrarse un poco al *sport* de la finanza, me atrevo á suplicarle que sea Ministro de Hacienda.

— Don Paco — contestó Remesar —: ¿ por quién me toma usted?

— Por un hombre que, después de haber hecho tanto por sí, puede hacer algo por su patria.

— Gracias; pero no tengo vocación de mártir — contestó Remesar.

Y el volteriano Presidente, un poco contrariado, aunque sonriendo, tuvo que llamar á las puertas de cierto correligionario, que por milagro de la hoz con que segó en todas partes, resultó un hacendista tan estupendo, que se fué al otro barrio de puro satisfecho.



No había tenido amoríos don Luciano. Los negocios, cada vez mayores, no le dejaban pensar en mujeres; y aunque eran muchas y de todas las clases y edades las que andaban, como mariposas brillantes, aleteando á su alrededor, ninguna conseguía quemarse en la luz de sus ojos burlones.

— Es un ogro — solían decir casi todas cuando se convencían de la inutilidad de sus coqueteos y artificios.

Otras, más avisadas ó más escépticas, hacían esta reflexión:

— ¡Bah! Tendrá ama de llaves joven.

Conservábase, pues, con el corazón virgen, libre de contrariedades afectivas, sin haber experimentado ninguna de esas fuertes sensaciones que produce el amor y que siempre dejan una sangrienta herida en el alma, cuando no determinan un cambio absoluto de orientación en la vida.

El mismo no acertaba á explicarse cómo ni de qué manera se había enamorado de Deseada. Porque para él la mujer no era más que un ligero accidente de la vida, á la cual no con-

cedía mayor importancia que la que se da al capricho de poseer una buena cuadra de caballos, un automóvil de sesenta ó un perro de caza.

La había visto formarse; pasar de niña á mujer, por el trato frecuente que con Ramírez y su esposa tenía. Y aunque de ello no quería preocuparse, iba interesándose en sus transformaciones. Primero pasara ante sus ojos, casi indiferentes, la jovencita de catorce años, con todas las gracias de una vestal, perfumada por el encanto de su pureza; más tarde, interesándose hasta el punto de olvidar sus combinaciones bursátiles, veía á la mujer de diez y ocho con todo el aspecto de una Afrodita, vibrante de belleza, de juventud y de pasión. Y esta mujer, de voz musical, de rostro rafaelesco, de ojos que causaban estremecimientos, produciendo vértigos, de la cual emanaba un raro perfume de amor sensual y ardiente, que hacía pensar en goces supremos, en goces orientales, semejantes á los soñados por la lúbrica imaginación de un sectario de Mahoma, vencíale en su desdén femenino, dominábale,

distrayéndole de aquella otra gran pasión de plutócrata, que hacía consistir todo su goce en añadir una cifra más de millones á los que ya poseía, y en ver, demandándole misericordia y benevolencia, á los que pasaban por soles de mundo del dinero.

Cuando iba Deseada con su madre á su escritorio en busca de las miseras pesetas necesarias para el emigrado de París y para su propio sustento, mirábala con insistencia, y sus ojos, aunque querían parecer dulces y acariciadores, resultaban duros y penetrantes. Buscaban una mirada de simpatía ó de curiosidad, y sólo conseguían atemorizar á un corazón sencillo, ajeno á todas las artes del coqueteo, que se abría, únicamente, á la bondad, al afecto, á la modestia y á la ilusión. Pero encendíase más su apasionamiento cuando ella, sin poder sostener su mirada viva é inquieta, bajaba con terror los ojos y dejaba caer la gracia de ellos, desconociendo los tesoros que valía, sobre la alfombra que cubría el suelo. Hubiera él querido entonces cargar de billetes á la señora de Ramírez; ofrecerle, para

aquella niña ideal, las riquezas que constituirían la felicidad de una reina; pero no se atrevía. De antiguo conocía al exaltado revolucionario y á su mujer, cuya conducta era siempre digna é impecable, y seguro estaba que un ofrecimiento que no estuviese dentro de los límites de la más escrupulosa delicadeza, cerraría todas las puertas á su esperanza.

Por eso se limitó á dar lo que aquélla le pedía, sin excederse en nada; á hacer que no la molestasen sus acreedores, tomando todos sus créditos; á visitarlas cuando tenía que comunicarles alguna noticia relacionada con el ausente y á mirar á Deseada como una cosa que, fatalmente, habría de venir á él.

Tal vez no se alcanzase el indulto de Ramírez, si el banquero, apremiado por su pasión, que ya le privaba del sueño, no fuese á ver un día al ministro y le pidiese, con la resolución del que manda, la vuelta de aquél.

Si entonces le hubiesen pedido cincuenta ó cien millones, aunque fuese con simples pagarés al 3, se los habría dado al Gobierno. Afor-

tunadamente para él presentaban *superávit* los presupuestos y el Tesoro se permitía hablar de excedentes.

Tan pronto como arribó á Madrid Ramírez, planteóle Remesar la demanda.

Sorprendió no poco á aquél, que no podía olvidar la edad del pretendiente de su hija; pero recordando la inmensa fortuna que éste poseía y que Deseada era ya una mujer perfectamente casadera, sin perjuicio de que de tal enlace dependían la miseria ó el bienestar de él y de aquellos dos seres idolatrados, aceptó en principio la pretensión.

Muy ligeramente, sin darle excesiva importancia, pensó alguna vez Ramírez — que no era ambicioso ni malo — en que tal vez su hija no fuese dichosa con aquel hombre, que tenía dos veces y media su edad. Rechazó, sin embargo, este desagradable pensamiento, al ver á Deseada tan alegre, tan decidida, tan animada al matrimonio, y al considerar que no hay nada mejor para una mujer joven que tener un marido que haya pasado ya por todas las tormentas de la vida.

— No es como ella — se dijo la encarnación de la juventud y del vigor; pero tiene, en cambio, las ventajas de la experiencia y de la madurez de juicio. Por lo menos, la adorará siempre y nunca le proporcionará un pesar.

Con esta reflexión optimista dejaba Ramírez completamente exenta de remordimientos su conciencia, y sólo veía á su hija, dueña de la más opulenta fortuna de España, gozando de todas las ventajas y placeres que ésta podía otorgar.

Después de todo, no era con él tan dura la suerte. Es verdad que el ideal político estaba cada vez más hondamente sepultado y que no había que pensar ya en desenterrarlo; pero, al menos, lo que más amaba en la tierra, que era su hija, iba á ser el sol de Madrid. Al firmarse los esponsales, fué Remesar más espléndido con Deseada de lo que había dicho á su padre al pedírsela por esposa. A la dote ofrecida agregó el doble, y en joyas y títulos de varias deudas extranjeras completó un millón de duros.

Las gentes de la finanza, de la política y de la aristocracia, entre las cuales hacía muchos

años que Remesar entrara empujado por su riqueza, murmuraban despiadadamente y hacían frases sangrientas á su costa al tener conocimiento de tan inusitadas generosidades.

— Shylock — decían unos — ha comprado una arroba de carne.

Y otros agregaban:

— Que no podrá comerse.

— Porque los dientes — añadía una dama viuda de cuatro maridos — los perdió masti-  
cando la que robó al Estado.

Pero en todo este salmo de pías y vulgares diatribas, resaltaba con tonos luminosos y claros un sentimiento muy humano: la envidia. Todas las madres que tenían hijas casaderas irritábanse contra aquel hombre, con cuya posesión soñaran para ellas, y todas las casadas de buen ver que intentaran en vano comprometerlo, sentíanse con ganas de arañarle por el patente desengaño que recibían.

Los hombres no eran menos implacables.

— ¿Qué derecho tiene al amor — preguntaban — el que ha pasado toda una vida consagrado al interés?

De Deseada sabíase poco, aunque á oídos de todos había llegado la fama de su gran belleza. Esperábase verla en los salones para juzgarla. De quien se conocía la historia era de su padre, y ésta calificábase de anárquica é insensata, porque su nombre iba siempre mezclado con todo conato de sublevación ó con cualquiera simple alteración del orden público. Era un revolucionario impenitente y exaltado, que tal vez comprometería en lo futuro á Remesar. De todos modos, la conducta de éste no tenía nada de correcta, pues debiendo cuanto era al régimen imperante, emparentar con uno de sus más señalados enemigos, era traicionarlo descaradamente. No llegaba á enterarse siquiera el poderoso banquero de esta clase de comentarios y decires, ocupado en los preparativos de su boda, anhelando la aparición del día en que para siempre pudiera llamarse dueño de aquella mujer que constituía toda su vida, y por la cual se sentía capaz de hacer la guerra al mundo. Por lo contrario, llovían en su escritorio los amigos y compañeros que iban á felicitarle, y no faltó un re-



presentante del Gobierno que se le acercó, diciéndole:

— ¿No le sería á usted agradable ofrecer á su futura una corona de marquesa?

— ¡Diablo! ¡Diablo! — contestó Remesar —, no había pensado en ello; pero se lo consultaré, y si la quiere, la acepto.

La moda no se desmintió esta vez. Y los mismos que hacían trizas la honra de Remesar, enviaban regalos de bastante importancia y gusto á Deseada. Figuras de mármol blanco, de *terra-cotta* y de *biscuit*, representando amorcillos, faunos, nereidas y pastores suizos; bandejas de plata, repujadas; amuletos y rosarios que habían tocado el Santo Sepulcro; lavabos modernistas; libros de misa y Cristos de marfil. Joyas no abundaban; pero había algunas de preciosas esmeraldas, de perlas, de rubíes y de zafiros. Vajillas y juegos de té y de café cubrían toda una larga mesa. Con cuanto llegó al hotel de la novia había lo suficiente para poner un espléndido bazar.

Remesar lo miraba todo muy satisfecho, y con acento bonachón, decía á Deseada:

— Todo cuanto aquí hay viene en homenaje á tu incomparable belleza.

Sonreía ella, agradecida á la intención, y sintiendo cada vez más simpatía, aunque no amor alguno hacia él, respondía:

— Por el santo se besa la peana.

Una mañana, el víspera del casamiento, recibió en su despacho Remesar una cajita acompañada de una esquila perfumada.

Al reconocer la letra hizo una ligera mueca.

Era de una amiga suya, dama muy discreta y recatada, que le había distraído de sus quehaceres monótonos algunas veces: aquellas en que la carne reclamaba su imperio.

— ¿Qué dirá Julia? — exclamó rompiendo el sobre — . Alguna queja.

Se equivocaba, porque la esquila decía:

«Luciano: sé que te casas mañana, y aunque no es costumbre que una dama haga regalos al novio, yo, que te quiero mucho y deseo tu felicidad, me permito enviarte uno.

»Acéptale y agradécelo á tu olvidada *Julia*.»

Abrió la cajita Remesar, picado de curiosidad, y halló una proclama revolucionaria del

año 900, en que le aludía el que iba á ser su suegro. Arrojárlo con enojo al suelo, diciendo con un poco de cólera:

— Venganzas del despecho.

A fines de Junio tuvo efecto la boda en la capilla del palacio que para Deseada había comprado Remesar en la calle de Alcalá. Fué un acontecimiento que preocupó durante muchos días á la gran sociedad, dando no poco que escribir á los cronistas de los periódicos sindicados y libres. Al acto asistiera lo más granado y pulido de la nobleza vieja y nueva y la flor y nata de los reyes del dinero. No podía darse un paso por los amplísimos salones de aquella casa que, más que un hotel de primer orden, era un alcázar que podía albergar monarcas. Los uniformes, los fraques y los vestidos escotados abundaban en forma tal, que los que los llevaban estrujábanse sofocados y sudorosos los unos contra los otros, maldiciendo en silencio de la boda y de los contrayentes. Todos sonreían, sin embargo, y hacían alabanzas ruidosas de aquel hombre incomparable, que, con su genio económico, había sabido esclavi-

zar la fortuna y al cual iban á rendir parias los que se consideraban más independientes y fuertes.

Era la romería de los felices al santuario del becerro de oro; la consagración del único poder humano, que tiene siempre admiradores y devotos: la santa adoración á la riqueza.

Remesar, conmovido, nervioso y pálido, ansiaba que aquella pesada ceremonia concluyese pronto, y Deseada, que en su cámara espléndida, rodeada de duquesitas y marquesitas vírgenes y albas, dejábase poner los últimos simbólicos azahares, sentía cierto estremecimiento de espanto al pensar que, dentro de algunos minutos, ya no se pertenecería. La palidez velaba su hermosísimo rostro, que tenía en esta ocasión reverberaciones que deslumbraban á las propias mujeres; pero atribuíanla éstas á la emoción que en tan solemnes momentos debía experimentar.

Y no era así ciertamente: pensaba ella en la gravedad de lo que estaba sucediendo, en las horas amargas que en la vida le aguardaban, en la triste condenación que se había impuesto

de renunciar al amor; pensaba en aquel Roberto, tan fácilmente olvidado, con el cual había soñado la realización bella de un idilio de eternas auroras azules. Por suerte estaba allí su madre para recordarle que sólo un sacrificio extrahumano representaba aquella horrible farsa.

Llegó la hora, y Deseada, acompañada de su corte de señoritas, dos de las cuales recogían la cola inmensa de su riquísimo vestido blanco, literalmente sembrado de azahares, cruzó los salones, llenos de damas y caballeros, que se abrieron en dos filas, para dirigirse á la capilla.

El efecto que produjo su aparición fué asombroso y estupendo; todos, hombres y mujeres, quedaron subyugados y vencidos por aquella hermosura ideal, perfecta, verdaderamente fantástica, que, como un astro de luz, pareció dejarles ciegos.

Igual que César, pudo decir desde aquel día: «Vine, vi y vencí.»

Deseada había vencido para siempre á la áspera y difícil sociedad cortesana, que desde tal instante la reconocía por soberana.

Horas más tarde estaba ya despojada de aquellas blancas y finísimas galas, en traje de viaje, frente á frente á la realidad, y diciendo á su esposo:

— Puesto que no hay otro remedio, nos pondremos en camino, aunque yo hubiera preferido no moverme de aquí.

— La moda, la tirana moda así lo exige; tenemos hoy mismo que dejar á Madrid y hacer nuestro viaje de novios — contestó Remesar, que, alegre y contentísimo, contemplaba á la que ya era su mujer, con extática admiración.

Cerca de tres meses emplearon en el dichoso y molesto viaje.

Fueron á París; pasaron de allí á Suiza, cuyas montañas y lagos famosos visitaron; se detuvieron algún tiempo en Berlín, en donde pudieron conocer al emperador, que les pareció un Napoleón de metro y cuarto, y llegaron hasta Roma, haciendo la visita de rigor al «prisionero» del Vaticano, que aumentó el dinero de San Pedro con una fuerte dádiva de Remesar.

Al promediar Septiembre estaban en Mónaco, contemplando aquellos hermosos antros del vicio opulento con su abigarrada y heterogénea sociedad mundial, que va á buscar en las brutales é inconscientes decisiones del azar una fortuna que suele presentarse envuelta en tétricos paños mortuorios. La aparición de Deseada fué allí un suceso que tuvo mayor interés, durante dos días, que las jugadas de la gran ruleta. Los ingleses displicentes, los aburridos lores que venfan á dar al «treinta y cuarenta» las muchas libras que les proporcionan las colonias del Cabo y de la India, sintiéronse invadidos de una inexplicable admiración por aquella mujer singularmente bella, y los enfáticos y espirituales hijos de la Galia declararon que ni su Lutecia, con ser el vientre del orbe, producía tan exquisitos ejemplares de la raza femenina.

No hay de ello una seguridad absoluta; pero la crónica privada dijo entonces á los errabundos habitantes de Mónaco, que cierto par londinense que había tenido la humorada de pegarse un tiro, lo hiciera no pudiendo resistir

los desdenes mayestáticos de Deseada. Negaban muchos esta versión, de que Remesar no llegó á enterarse por su especial condición de marido, asegurando que el muerto era un furioso bebedor de éter y un morfinómano exaltado, que, después de haber jugado y perdido su último chelín, decidiérase á ir personalmente á conocer el misterio índico del *nirvana*.

Aquello cansó pronto á Deseada, que quería volver á su casa y abrazar á sus padres, con los cuales sostenía una correspondencia casi diaria, poniéndolos al corriente de sus menores impresiones en el extranjero. Y como Remesar, solicitado por sus negocios, también sentía grandes ansias de retornar á la capital castellana y á su modesto escritorio de la calle del Turco, decidieron dar por terminada su excursión de novios, que lo era veraniega por la época en que se había efectuado.

En los primeros días de Octubre, cuando las hojas de los árboles empezaban á amarillear y el cielo diáfano de Madrid tomaba tonos de claro-oscuro melancólico, encontráronse De-



seada y su marido tranquilamente instalados en su cómodo palacio de la calle de Alcalá.

Estaba situado éste entre la Puerta del Sol y el paseo del Prado, guardado por una gran verja de hierro con toques dorados y en uno de los extremos de un jardín que tenía, por su amplitud, las dimensiones de un parque. Era suntuoso y magnífico, y en una millonada enorme compráralo Remesar á un marqués de extraño carácter que no había querido ocuparlo desde que lo heredara de un tío que tampoco lo habitó jamás. Corría, respecto á este palacio, una leyenda espeluznante y medrosa que justificaba, en cierto modo, el alejamiento en que, con relación á él, estuvieran siempre sus opulentos propietarios. Decíase—tontería de calleja que una crítica seria no rechazaba—que en uno de los departamentos, no se sabía si en la parte alta ó en los subterráneos, estaba emparedada una mujer que fuera de extremadas juventud y belleza y á la cual, los celos de un Otelo brutal, abrieran, en una noche tempestuosa de Enero, las puertas de lo incognoscible.

Pero Remesar, que no desconocía esta versión, riérase de ella con frío escepticismo, y á tal lugar habíase empeñado en llevar á la ideal mujer que ya formaba el mayor encanto de su vida.

Coches de todas las formas, automóviles de todas las marcas, caballos, cocheros, lacayos, doncellas y criados tuvo á su disposición, desde el día mismo de su llegada, la esposa de Remesar.

—Oye, Deseada—le dijo al día siguiente de su estancia en Madrid—: todo esto que hay aquí es tuyo, puedes disfrutarlo como te acomode, puedes gastar cuanto quieras. Mira: aquí tienes este librito largo y estrecho. Es un talonario contra mi caja; en una de sus hojas escribes la cantidad que se te antoje, un millón si te place; lo firmas, lo mandas al escritorio y el cajero te enviará inmediatamente lo que consigne. No pongas tasa á tus gastos: compra cuanto te agrade, deja sin alhajas las joyerías, sin trajes las tiendas de modas, sin *bibelots* los bazares; haz cuenta de que todo Madrid te pertenece, porque en mi caja, que es la tuya, hay dinero para comprarlo.

Ante esta generosidad inverosímil, algo fanfarrona y pretenciosa, que denunciaba al plutócrata orgulloso y desvanecido, sintióse ligeramente sobrecogida Deseada, y con sonrisa que tenía más de melancólica que de satisfecha, contestó:

—Gracias, Luciano; no abusaré de tu galantería.

Desde aquel momento cada uno vivió su vida. Remesar ocupado en sus jugadas de bolsa, en sus minas, en sus dehesas, en sus instalaciones eléctricas, de nuevo sumergido en el mar alborotado y peligroso de los negocios. Deseada arreglando los últimos detalles de su palacio, haciendo un breve inventario de sus riquezas, preparando sus comidas semanales á los íntimos y las tres grandes *soirées* que debía ofrecer al mundo aristocrático durante el invierno, dando algunos cortos paseos por el Retiro y la Castellana y consagrando á sus padres, que parecían dichosísimos, mirándola á ella envuelta en una nube de felicidad, la mayor parte de sus tardes. Solamente por la noche, al retirarse los más pegajosos tertulianos, podían hablar los esposos.

Casi se hubiera considerado feliz Deseada, si una tarde gris de Diciembre, cuando se disponía á marchar al hotel de sus padres, el recuerdo de Roberto, de aquel Roberto tan cruelmente olvidado, con furias de tigre rabioso, no le hubiese arañado en el corazón.

—¡Qué poco duró el sosiego!—exclamó tristemente.

V

Cuando Roberto de Monroy conoció á Deseada en la Coruña no había cumplido veinticuatro años.

Fué un verano hermoso, de sol tibio y dulce que apenas hería la piel, y que se reflejaba, luminoso y acariciador, en aquel cielo de azul purísimo, como un reflector inmenso.

Todas las tardes, de cinco á siete, iba Deseada con su madre — entonces se hallaba en la emigración Ramírez — á la playa de Riazor. Allí, contemplando el mar verdoso con tonos oscuros, que se quebraba violentamente contra las peladas y puntiagudas rocas del Orzán, formando montañas de blanquísima espuma, y los barcos que cruzaban rozando la base mon-

tañosa de la histórica Torre de Hércules, para perderse en la extensa sábana movable del Atlántico, surgía en Deseada el recuerdo de su padre, tanto tiempo ausente, y entregábase á esos ensueños adormecedores que sólo tienen los espíritus exquisitos y elevados.

Allí conoció á Roberto, y allí, sin que lo advirtiese su madre, tuvieron lugar las primeras manifestaciones de su amor.

Habíale agradado en extremo su figura, y sus cartas, que recibía con frecuencia, producíanle un afecto tan intenso y fascinador que no acertaba á definirlo.

Después de su lectura, que efectuaba por la noche al retirarse á su alcoba, perdía el sueño durante muchas horas pensando en aquel hombre que le hablaba un lenguaje completamente nuevo y le ofrecía un amor poco ó nada parecido á esos amorcillos ligeros, vulgares y pálidos de que, con excesiva frecuencia, oyera charlotear á sus amigas y compañeras de colegio.

Pero nunca quiso contestar unas cartas que con tanto gusto y fruición se aprendía de me-

moria y quemaba inmediatamente en la luz de la vela con que se alumbraba.

Para obrar así hacía este razonamiento:

— En la situación especial en que me encuentro, sin saber cuándo mi padre regresará de su destierro, con los pesares y angustias que diariamente afligen á mi pobre madre, ¿puedo aceptar una pasión que, aun siendo grata á mi alma, ignoro adónde me conduciría?

Acabó aquel verano, regresando á Madrid Deseada sin dar otra esperanza de correspondencia á Roberto de Monroy que sus miradas melancólicas y sus sonrisas halagadoras y tiernas.

Roberto era realmente un hombre seductor y hermoso. Alto, bien formado, de espaldas robustas y pecho ancho, con un rostro tan blanco que tiraba á rosado, bajo cuya fina epidermis parecía verse circular la sangre, agradaba desde el primer momento que se le veía; su nariz, corta, armonizaba con la cara, más bien redonda y oval que larga; tenía la boca de una pequeñez inverosímil, y de una blancura deslumbrante los dientes; un bigotillo

naciente adornaba su labio superior, dando á su fisonomía el sello de una juventud llena de encantos y promesas. Sus ojos, de azul pálido, miraban con mucha dulzura y completaban el encanto que de toda su persona se desprendía. Hablaba con voz insinuante, armoniosa y suave, admirablemente timbrada, que tenía notas arrobadoras para el oído del que le escuchaba y ejercía una marcadísima influencia sobre todas las personas con quienes tenía trato social ó familiar. Era un verdadero sugestionador de almas, á cuyos naturales encantos resistíanse muy pocos.

Afortunadamente para Deseada, había hablado poco con él: sus verdaderas relaciones eran las que entrañaban las cartas que todos los días le enviaba, y en las cuales explicaba con sencillez fascinadora y original el amor que ella le había inspirado.

En Madrid no tuvo ocasión de verle. Las tristezas y amarguras de su casa; los trabajos realizados cerca del que en breve sería su marido para que obligase al ministro á firmar el anhelado indulto de su padre; las alegrías que



siguieron á la vuelta de éste y los preliminares y celebración de su boda, hicieronle olvidar á aquel hombre que tan honda huella había dejado en su alma. Cuando, decidida á ser la esposa de Luciano, para salvar á sus padres de la catástrofe económica que les amenazaba, quemó la carta hallada por su madre, única que conservaba como recuerdo de aquel idilio veraniego, creyó que había desvanecido el encantamiento que le produjera Roberto, y que su corazón quedaba libre de todo pesar y redimido su cerebro de todo recuerdo.

Lastimosamente se equivocaba aquella mujer de tan singular talento y de gracia y hermosura tan maravillosas.

Cuando más á cubierto se creía de la que quiso estimar como pasión fugaz, nacida cerca de las olas movibles y ligeras, que, como ellas, moriría, sin duda, en la playa de su alma, más envuelta se vió por su volteo furioso y violento, por su fuerza abatiente y formidable que encerraba todas las energías de la destrucción.

Ciertamente que no era Roberto de Monroy un hombre al que fácilmente se olvida. A sus

gallardías físicas, que le hacían notable entre los hombres más vigorosos y seductores, que le daban aires de Apolo atrayendo á las musas y amansando á las fieras con las notas de su lira, unía sus cualidades morales, que se acercaban á la perfección, y las intelectuales, que le colocaban entre los primeros literatos de la juventud pensadora é inteligente.

Roberto de Monroy era un cronista facilísimo, elegante, sintético, de estilo cellinesco, que con su pluma ática é irónica dominaba todos los sábados, desde las columnas de cierto diario cortesano, á las dos falanges distinguidas de la sociedad, á la aristocracia y á la burguesía adinerada, haciendo rabiar un poquito á la grey intelectual, que contemplaba, con asombro y envidia, sus rápidos y positivos avances en la senda literaria.

Había publicado también un tomo de 216 páginas en 4.º en la *Biblioteca selecta*, titulado *Bondad del mal*, que dió lugar á no pocas discusiones y comentarios por sus ideas tendenciosas y por su paradjismo disolvente y anárquico, y decíase que tenía presentado un drama

en *El Corral de las comedias*, de sensacional argumento.

Pertenecía á una familia de noble abolengo, arruinada por repetida sucesión de contratiempos y desgracias y obligada á vivir en una apartada y vieja casa solariega, en el fondo de un valle ameno colocada. Su padre había muerto de melancolía y tristeza al ver cómo fracasaban todos sus proyectos industriales y agrícolas, á los cuales fiaba, no sólo el mejoramiento de su hacienda, sino el medio de inducir á sus convecinos y paisanos al cambio de su viejo sistema de explotación del trabajo y de la tierra. Quedábale su madre, una señora de immaculadas virtudes domésticas, que había adorado á su marido, por cuya memoria conservaba un culto sagrado. Con admirable tacto y fina prudencia administraba los escasos bienes que escaparan á la voracidad de la usura rural y á las trampas y sortilegios de la curia lugareña, atendiendo á la educación de dos hijas, sus hermanas, hermosas y discretas, la mayor de las cuales llegara ya á los diez y ocho años. Esta era la familia de Roberto, que, re-

signada con su suerte nada bonancible, é incapaz de transigir con la mesocracia enriquecida á fuerza de consumir despojos y hacer negocios nada honrados, habíase desterrado voluntariamente á aquella aldea lejana de la ciudad, en la cual tenía, por raro caso, el amor y consideración de sus moradores.

Roberto idolatraba á su madre y á sus hermanas. Por ellas, por arrancarlas de aquel sepulcro, por devolverlas el prestigio y el bienestar de que en otro tiempo disfrutaran, había ido á Madrid á los diez y nueve años, trabajando con la firmeza de un Hércules y con la persistencia y tenacidad de un Vulcano.

Ya la fortuna empezaba á sonreirle cuando conoció á Deseada; y precisamente ese año había ido á Galicia á buscar á las que tanto amaba para instalarlas en un pisito elegante y cómodo que tomara en la calle de Almagro.

Abroquelado contra todo sentimiento amoroso, entendía que el amor era un resto de romanticismo que precisaba fundirse en el gran horno de las pasiones humanas, y que las mujeres, salvando por supuesto á la trinidad que

ponía sobre su corazón — su madre y sus hermanas — no eran susceptibles de comprender un sentimiento ni razonar un afecto. No las condenaba violentamente, ni contra ellas lanzaba inectivas de soltero hambriento de su trato; pero juzgábalas desdeñosamente, como á seres bastante inferiores, á los cuales, igual que á los perros y á los niños, hay que dirigir y amaestrar.

—Razonan con torpeza — decía — ; pero, en cambio, la emoción tiene en su alma una viva intensidad. Son, por regla general, esclavas de la sensación; la idea apenas cristaliza en su mente, aunque el orgullo suele tomar proporciones desmedidas. Por una nimiedad piérdese el amor de una mujer; por una pequeñez, también, condúcesela á los más grandes sacrificios y á las más sublimes acciones; pero, en todo tiempo, á condición de sacudir sus nervios y llevar á sus entrañas la vibración de un sentimiento fuerte.

Alrededor de estas teorías, un poco incoherentes y nada ciertas, giraban todas las lucubraciones literarias de Roberto de Monroy, que

hacía gala de su frívola misoginia, templada por las complacencias mundanales de ciertas Afroditas de salón y de algunas discípulas de Talía. Pero servíale de antemural contra el asalto de las pasiones formales que concluyen en la vicaría y de reclamo para atraer la atención femenina, que gusta de ser discutida y arañada con suave y fina dulzura. A la juventud que huye de la Universidad para perder su tiempo en los múltiples y emocionantes *sports* modernos y en los santuarios verdes de los clubs, subyugábala con estas novedades erótico-psicológicas, la cual, complacida de verse halagada en sus gustos y aficiones, rendía placentero culto de admiración á Monroy.

— ¿Para qué levantar el velo misterioso que cubre al amor — pensaba éste algunas veces —, si yo no he de encontrar más que una sombra vana? Además, ¿acaso puede ofrendar á Venus, en el sentido de perder la personal independencia, quien se debe á los suyos, á los que son su sangre y su tradición, su vida entera, y por ellos y en su defensa tiene que realizar magnos sacrificios? Mi existencia — agregaba

en un postrero melancólico razonamiento—no es de las llamadas á la felicidad sin nubes, á la ventura sin alternativas de dolor, á la paz de un hogar metodizado, circunspecto, tranquilo y vulgar. Tengo necesidad de ser místico para cubrirme con el manto de mis ideas íntimas y sagradas y casto para no echar de menos una fiel Penélope que hile en tanto yo me veo forzado á pelear ante los muros de Ilión.

Tal vez, si ahora fuese de buen tono entrar en los conventos, á las puertas de alguno habría llamado Roberto, para ser desde la celda un San Antonio ó un Armando de Rancé, ya que no le fuese dado copiar á Plotino. Pero todo este altar de prejuicios respecto al amor y acerca de la mujer, vino ruidosamente al suelo, como si diablillos burlones soplasen con alientos de huracán sobre él, cuando conoció á Deseada.

¡Qué encanto tan irresistible y profundo ejerció, desde el primer instante, sobre su corazón! ¡Con qué facilidad pulverizó las que consideraba arraigadísimas creencias de su alma! A la manera que los rayos calientes del sol

penetran en la oquedad sombría de un espeso bosque de añosos y corpulentos robles, así los rayos de luz que despedían los ojos de Deseada penetraron en el espíritu juvenil de Roberto, cerrado, á su parecer, á todo influjo mujerial, encendiéndolo en ansias no imaginadas é iluminándolo con resplandores de púrpura y celeste lumbre. Todo el temperamento entusiasta y apasionado de Monroy vibró al contacto psíquico de aquella mujer ideal que sumaba, según sus ojos y su impetuosa pasión, la cifra máxima de las humanas bellezas.

Hablarle, oirla, aspirar su aroma excitante y delicioso; contemplar su cara ideal y sugestiva, que revelaba un alma ardiente é impresionable y un corazón inflamado por los más puros y exquisitos sentimientos, era su mayor y más punzante deseo. Y á conseguirlo encaminábanse todos sus esfuerzos. Tras ella, embebido en la curva graciosa de su talle delgadísimo, ó sumergido, con sus deseos todos, en los negros rizados de su opulenta cabellera, iba al Relleno, sin fijarse en las infinitas mujeres



que pasaban á su lado, irritadas de su brutal indiferencia, sin oír las notas chillonas y desacordes de los órganos del cinematógrafo inmediato, sin responder siquiera á los saludos que le dirigían, medio en mofa, medio en veras, sus amigos del *Sport*. Seguía la, por las mañanas, á la playa; y cuando, envuelta en su flotante capa de felpa blanca, que arrastraba como el manto de armiño de una reina germánica hasta cubrirle los diminutos pies, calzados con nítidas sandalias, estremeciéndose al beso de los salobres aires del mar su busto de diosa mitológica, se precipitaba en la ola tibia y esmeraldada, que venía dócil y sumisa, á morir á la playa, parecía ver á Anfitrite que marchaba resuelta al escondido palacio de Poseidón para ser la madre de los Tritones. Quedábase Roberto en la meseta de la playa, al pie de la casa de baños, á una distancia que el respeto y el ideal le impedían acortar, mirándola nadar, esconderse debajo de las aguas buceando como una nereida loca y alegre, deslizándose por la líquida superficie como una gaviota de alas negras y dorso gris, y obser-

vando que los más contrapuestos sentimientos conturbaban y revolvían su alma.

Quisiera él también lanzarse al agua y ser un monstruo marino para arrastrarla á una caverna ignota del Océano misterioso, convertida en alcázar fantástico de maravillosas riquezas; y allí vivir en una eterna orgía de amor, en un delirio de caricias voluptuosas, en una delectación enervante que no pudieran resistir los mortales, propia sólo de los dioses y de los héroes. Quisiera, como á Venus en su concha, recogerla libre de todo odioso ropaje y en una barca de quilla de oro, bordada de diamantes, con vela de púrpura, marchar hacia una isla apartada de todo comercio humano para ser los dos sus únicos habitantes. ¡A qué sublimidades amorosas se entregarían entonces! Formarían una raza nueva sin mácula de ignorancia, sin doblamientos y torturas del espíritu, sin leyes estrechas y mezquinas que acoplan los hombres unos á otros, como si fueran tablas para hacer cajas de higos de Smirna, que reglamentan las ansias del corazón y pretenden poner diques á la impetuosa corriente del

amor, que todo lo arrastra, cuando marcha desbordada y ciega; realizarían, en suma, el sueño de Sir More en una Atraxas solitaria, en donde no reinase ningún Utopus ni aceptasen el vasallaje ninguna clase de seres humanos.

De estos locos sueños despertaba Monroy cuando Deseada, chorreando gotas de agua, que á él le parecían perlas; ceñida á sus carnes de estatua la mojada capa; aplastados sobre la frente los enroscados bucles, salía presurosa del baño y se escondía, para vestirse, en la incómoda y estrecha caseta. Acompañábala, sin que su madre lo advirtiese, hasta su casa, y entonces marchaba él á la suya, en donde escribía precipitada y nerviosamente aquellas cartas que de tal modo la trastornaban. No consiguió nunca recibir una sola línea de ella, aunque muchas veces se lo había pedido como un consuelo para su espíritu acongojado; pero había sentido en el fondo de sus entrañas la sensación enajenante de su mirada, dulce, agarrimosa y tierna. Decíale ésta que, si no era absolutamente amado, no resultaba ni molesto ni

antipático; que podía esperar, tiempo andando, una correspondencia segura, que se traduciría para él en dicha suprema y celestial.

Una mañana de los últimos días de Septiembre supo con tristeza que Deseada había marchado á Madrid.

Ya no quiso esperar más; apuró á su madre y á sus hermanas para que hiciesen sus preparativos de viaje, y antes de que las hojas de los olmos de Recoletos empezasen á perder su color verde para tornarse amarillo, ya estaba él en su cuarto de la calle de Almagro.

Era preciso atender á las necesidades de la instalación; había que organizar los trabajos del invierno; que estudiar los asuntos del día para dar la nota oportuna en la crónica semanal; que hacer acto de presencia en el Ateneo, en donde las reputaciones estaban siempre á merced de Aristarcos jubilados y neófitos y parvulillos del arte; que visitar al Príncipe del «Corral de las Comedias», que, como soberano árbitro, las admitía ó rechazaba, y tributar el homenaje de adoración indispensable á su voluminosa Arsenia.

Todo esto robó bastante tiempo á Roberto, que no pudo rondar por las cercanías del hotel en que vivía Deseada, no atreviéndose tampoco á escribirle, por miedo á que sus cartas fueran á caer en manos de su madre. Y cuando, no siéndole ya posible retardar la dicha de contemplarla de nuevo, se disponía á poner en juego los medios necesarios para alcanzarlo, una orden, que no pudo eludir en manera alguna, de la Empresa propietaria del periódico de que era redactor, le obligó á marchar precipitadamente á París.

Creyó que esta ausencia duraría solamente algunas semanas, pero, con gran disgusto suyo, por necesidades del servicio, prolongábase indefinidamente.

Su situación era bastante desesperada y violenta, pues no podía tener la menor noticia de su adorada, de la cual también sabía muy poco. Su amor era de tal naturaleza, tan íntimo y delicado, que no había querido comunicarlo á nadie, temeroso de que el juicio extraño lo profanase ó quisiera obscurecer. Era un apasionamiento que escondía en el fondo de su

alma con cuidados avarientos, que temblaba de que fuese comprendido ó adivinado, y que constituía, por tal razón, su mayor y más sagrado placer.

Confiaba resarcirse de los sufrimientos de la ausencia al volver á Madrid. Entonces plantearía francamente la cuestión: pediría permiso á Deseada para amarla en público, y hablaría á sus padres.

¿Por qué no? Se casaría. Seguramente que sus amigos y compañeros de letras se burlarían de él: le acribillarían á saetazos y epigramas al ver que renegaba de sus principios y que se portaba como un simple mortal, doblando la rodilla ante un sacerdote para oír, enamorado y contento, la vieja Epístola de Pablo de Tarso. Pero estas pullas, nacidas de la envidia y de la impotencia para hacer otro tanto los que las soltasen, ¿debían ser obstáculo suficiente á satisfacer la mordiente ansia de su corazón? Seguramente que le habría sido muy grato poseer aquella mujer, tenerla por suya y exclusivamente para sí, como la musa inspiradora de todos sus pensamientos literarios, sin nece-

sidad de llenar todos esos trámites vulgares que exigen las leyes y la sociedad como precedentes de la unión de dos seres que se aman; pero, ya que así no podía ser, cantaría la palinodia.

Las risillas irónicas, las cuchufletas más ó menos groseras, pasarían pronto; y su amor, cristalizado en el matrimonio con Deseada, quedaría para toda la vida.

Una mañana gris y lluviosa, de esas mañanas tétricas y melancólicas, tan comunes en París, recibió la correspondencia de Madrid.

Abrió un periódico, el mismo de que era corresponsal, y con asombro leyó esta noticia, contenida en diez líneas de la *Crónica del gran mundo*:

«Pasado mañana, y en su espléndido palacio de la calle de Alcalá, recibirá la bendición nupcial la señorita Deseada Ramírez de Pizarro y Cisneros, hija única de nuestro consecuente correligionario don Juan Ramírez de Pizarro, con el poderoso y archimillonario banquero don Luciano de Remesar y Orazo.

»La boda será un acontecimiento magno y resonante en nuestra sociedad aristocrática, de la que es tan querido el Sr. de Remesar, y en la cual, muy pronto, figurará como su constelación más brillante, la incomparable mujer que va á ser su esposa.

»Todo el mundo elegante dispónese á asistir al acto.»

Sintió Monroy que le faltaba la vista, que se le caía el periódico de las manos y que la cabeza se le iba hacia el respaldo de la butaca, como si de pronto se la hubiesen segado del cuello. No pudo proferir un grito ni pronunciar una palabra. Quedó anonadado y medio muerto, inconsciente á cuanto pasaba á su redor, y tendido, sin movimiento alguno, en el asiento.

A aquel desvanecimiento rapidísimo y doloroso siguió una violenta reacción para recobrar el sentido de la realidad, y levantándose, lanzóse de nuevo sobre el periódico. Leyó y releyó el suelto; lo arrojó lejos de sí, y buscó otro; decía, poco más ó menos, lo mismo, que Deseada Ramírez se casaba con el banquero Remesar.



—Pero esto no puede ser—gritó frenético derribando libros y papeles—. Deseada no puede casarse... ¿Cómo haberme olvidado?... Porque me amaba... Sí, no hay duda que me amaba... Me lo decían sus miradas, aquellos ojos de luz que caían sobre mi alma enferma y triste... No, no; estos periódicos mienten; esta es una broma cruel que debo no sé á qué miserable y oculto enemigo.

Y daba vueltas como un león enfurecido en su jaula, por la pequeña habitación que le servía de despacho, pálido, sudoroso, agitado, nervioso, enloquecido.

—Pero—tornó á decir en alto—, y ¿por qué esto no ha de ser verdad? ¿Qué compromisos la ligaban á mí? ¿Acaso me había hecho alguna promesa? ¿Me había dado, siquiera, una esperanza? ¿No era libre? ¡Malhaya la hora que he venido á París! ¿Por qué no desobedecí la orden?... ¿Por qué no me presenté á Deseada? ¡Ah! —barboteó con palabras de amargo sollozo — ¡qué desgraciado soy!..

Y dejóse caer abatido y sin fuerzas sobre la butaca. Corríanle las lágrimas, abundantes y

copiosas, por las mejillas, y gemía con la triste desesperación de la impotencia. Parecíale que en el mundo todo había concluído para él.

De pronto volvió á erguirse, cogió el periódico y una vez más leyó el suelto maldito. Sonrió, retratándose en su rostro una imagen de esperanza.

—Aquí dice que la boda se celebrará en el palacio que Deseada Ramírez tiene en la calle de Alcalá... y Deseada no tenía ningún palacio ni casa en tal calle, ni su padre tampoco, ni yo sé que Remesar lo tuviese... Luego, aquí hay una coincidencia de nombres... Sí, sí, no cabe duda, una simple coincidencia, porque Ramírez, recién ido de aquí, de una larga emigración, no estaba en condiciones de poder comprar esa finca...

Sintió una inmensa alegría al hacerse esta reflexión Monroy, y parecióle como salvado de un cataclismo.

Para salir de dudas ocurriósele telegrafiar á su madre preguntando si la Deseada Ramírez que se casaba era la Deseada Ramírez que el verano anterior habían conocido en la Coruña.

Hízolo así, y por interrupción telegráfica, debida al mal tiempo, vino á recibir la contestación de su madre á la hora misma en que Deseada se convertía en la señora de Remesar.

El telegrama de su madre decía sencillamente:

«Sí; la que acaba de casarse es la Deseada que conocimos en Coruña.»

Toda la ilusión forjada desvaneci6se como una nube de ligero humo. La verdad, dura y cruel, venía á hundirle en el negro abismo de la más terrible desesperación.

¡Adi6s ensueños y ambiciones! ¿Para qué trabajar si ya no podían tener finalidad de dicha sus esfuerzos? ¿Para qué vivir, si ya lo que formaba su gloria y felicidad más pura se había perdido para él de un modo definitivo y eterno?

Pensó seriamente en matarse, y durante una hora estuvo arreglando papeles para irse de este mundo como un hombre ordenado.

Afortunadamente recordó á su madre y á sus hermanas, cuya vida dependía de la suya, que sucumbirían si él sucumbía, y, trágicamente

resignado, decidió vivir. Un amor le inducía á la muerte y otro le llamaba á la vida.

—Mejor— se dijo—; ahora sí que estoy curado de toda pasión; ahora sí que me he bañado en el Letheo; ahora sí que podré ser casto y sabio. A mi periódico, á mis libros, á mis dramas... he perdido la mujer soñada, pues me burlaré de todas las que encuentre, sin miramientos ni piedad; y mis pequeños afanes, porque ya no quiero tener ninguno importante, encaminaránse hacia ese otro ideal que se llama gloria... Si la esclavizo, tendré estatuas dentro de cincuenta años... ¿Quién se acordará entonces de Remesar?

No se atrevió á hacer un solo cargo á De-seada. En justicia, á nada estaba comprometida. Es verdad que había recibido sus cartas, sonriéndole algunas veces; pero, ¿á qué obligaba esto?

Culpábase á sí propio, á su vida de infeliz ilota, que tiene que estar á merced del señor que ordena, condenado á la cadena del trabajo, sin derecho á su tiempo ni á sus acciones. Culpaba á la suerte infausta que le seguía como

un hada maldita desde la muerte de su padre, soñador altruísta que había dejado casi en la pobreza á los suyos por intentar, en vano, la redención de los extraños. Culpaba al medio en que vivía, cuyos ordenamientos exigían que las pasiones no pudiesen expresarse libremente, sino por medio de una serie de actos y manifestaciones exteriores que no en toda ocasión era dado realizar á los que las experimentaban y sentían, renegando del mundo, de la sociedad y de todas sus vanas mentiras.

Estuvo enfermo durante quince días, invocando en sus períodos de mayor fiebre á la muerte, que es médico que cura infaliblemente todas las dolencias. Pero su hora última no había llegado. Allá lejos, en lo ignoto, no se le quería aún. La naturaleza vigorosa y fuerte triunfó de la mente anublada por el naufragio de sus esperanzas.

Empezó á trabajar con ardor insensato, como si en el trabajo buscase la fatiga física que da como resultante el adormecimiento cerebral, y leyó y escribió sin descanso, durante algunos meses.

Visitó los museos, recreando su espíritu atribulado en las grandes concepciones del arte antiguo y moderno. Fué á las Cámaras de la mesocrática República á oír la palabra apocalíptica y amenazadora de sus oradores de la izquierda, que anunciaban la muerte de Dios y el triunfo de la blusa y de la gorra. Inspiráronle desdeñosas sonrisas estas profecías, que también había hecho Lisias en Atenas y realizado con poca fortuna Espartaco en Roma, y echó de menos á los Dantón, Vergniaud y Robespierre, que, si hablaban con elocuencia, sabían morir con gallardía. Admitiósele en el cenáculo de los pequeños dioses de la literatura nueva, en donde reciben diariamente oleadas de incienso y algún que otro sacrificio humano los France, Prevost, Regnier y Lemaitre, y quedó convencido de que la vanidad humana está en todas partes viviendo en compañía de la estulticia y de la insoportable verbalidad.

Desalentado, y con frío en el alma, se recluyó de nuevo á su modesta habitación del barrio Latino.

No le importaba ya volver á Madrid. ¿Para qué, si allí sólo habrían de recrudecerse sus dolores? ¿No tenía que encontrarse con Deseada? ¿Y no tendría que mirarla como un imposible? ¿Acaso podría acercarse á ella? El mundo en que ambos vivían era diferente. Bien podía decir que, para el efecto de relación, vivían ella en Marte y él en la Tierra. No, no había conjunción posible, á no ser que la irónica casualidad realizase un milagro. Valía más, por tanto, quedarse en París. Y así completaría sus estudios, terminaría un nuevo drama y una novela que, seguramente, había de ser leída con interés, y á su madre y á sus hermanas podría atenderlas mejor que nunca.

Pero también esta vez tuvo que sucumbir á la tiranía de los hechos y á la servidumbre de los hombres.

El endiosado Nerón del «Corral de las comedias» llamábale con apremio para que asistiese al último ensayo y á la primera representación de su drama, y el Director del periódico de que era corresponsal en París decíale que

su presencia se hacía indispensable cuanto antes en Madrid.

Con filosófica resignación, pensando en que la decantada libertad y la independencia de los hombres son piadosas mentiras que nos consuelan como si fuesen inconcusas verdades, hizo su baúl Monroy, tomó el rápido en la estación de Quai d'Orsay, y cuarenta y tantas horas después encontróse en la capital española.

Sucedía esto en las postrimerías de Diciembre.

A principios de Enero estrenóse el drama. El éxito fué completo y ruidoso. Todo el público elegante y discreto aplaudió: las señoras quebraron sus finos guantes de Suecia, y los caballeros en poco estuvo que no se quedasen sin bastones, de tanto castigar el suelo.

¡Aquel sí que era un drama! En sus personajes sí que había pasión, energía y vida. Todo allí era realidad y naturalismo. El teatro nuevo acababa de surgir. Ibsen estaba sobre las tablas de un escenario que tantos años había monopolizado un romanticismo huero y



vulgar. Shakespeare y Calderón resucitaban en la prosa viva y detonante de Roberto de Monroy.

Nadie se atrevía á poner un lunar á la obra. Ni aun los áspides del vientrezuelo más flácido que rojo del saloncillo se animaban á picar. Tan clamoroso era el triunfo.

De la noche á la mañana pasó Monroy de la semiobscuridad en que vivía á la más grande y anhelada celebridad.

Los amigos, que dos semanas antes, por su larga ausencia en París, ya no le daban más valor que á un muerto que no estorba, organizaron en seguida un banquete, á diez pesetillas el cubierto, y con Roberto á la cabeza, fuéronse á comer y á brindar al Inglés.

Proclamáronle «el primero y el mejor», y los viejos acaparadores de Arsenia y su comparsa, mordiéndose las manos, por no poder llegar á los codos, de rabiosa envidia, quedáronse en sus tugurios dorados invocando á las potestades infernales para que interpusiesen ante aquel astro una nube bien espesa y bien negra y meditando si no habría sonado para ellos la men-

guada hora de tener que remendar sus pantalones de cuadros azules.

Sería injusto que no lo supiesen las generaciones futuras por un olvido censurable del cronista.

Roberto de Monroy, en la última decena de Enero, era el hombre de moda en Madrid.

Recordóse entonces que pertenecía á una familia linajuda de Galicia, y hasta se dijo que sus abuelos habían estado en el sitio de Sevilla acompañando á San Fernando, en calidad de Capitanes; publicaron todas las revistas ilustradas su retrato, por el cual se venía en conocimiento de que, además de excelente dramaturgo, era un guapísimo y arrogante mozo, y las puertas de oro del gran mundo fuéronle abiertas de par en par.

Era ya de los consagrados, y pertenecía al rango y al dinero.

No pudo, por tanto, excusarse de las invitaciones blasonadas que cayeron sobre él. Tuvo que ir á comer á casa de altivas Duquesas, que le recibían con afectuosa obsequiosidad; que almorzar con Marquesas de reconocidos filan-

trópicos sentimientos, que gastaban las rentas de su dulce viudedad en banquetes alegres que animaban políticos de escaso meollo, generales que nunca oyeron hablar de la guerra y financieros educados en Getafe, y que aceptar tés de colegas ilustres, aunque de sexo encontrado.

Mucho antes de lo que se había imaginado Monroy, cuando acababa de cumplir los veinticuatro años, tenía á sus pies la gloria.

¡Ah! si á su alma atosigada por el dolor que su pasión adormecida le causaba, pudiera llegar algún rayo de alegría por cuanto estaba aconteciendo — que tomaba para él, en no pocos instantes, aspecto de sueño que debía desvanecerse—era el que le dejaba pensar que de todo aquello habría de enterarse Deseada; y que, si conservaba un pequeño recuerdo de su idilio amoroso, habría de hacerse la encontradiza.

Si esto fuese posible, si pudiese hablarle, si fuese siquiera su amigo, si oyese su voz y pudiera comunicarle sus ensueños, aunque no le amase, aún se estimaría feliz y vería en la existencia un fin elevado y útil.

Deseada era su pensamiento continuo, su ansia de todos los momentos, su ensueño dorado y apetecido.

Veíala alguna vez, como una aparición fantástica, cruzar el paseo del Retiro ó la Castellana, en su automóvil cerrado, rápida como una golondrina; pero nunca había podido hacerle notar su presencia.

Era este su más cruel martirio, y la aureola de gloria que sobre su frente había colocado el público entusiasta que se disputaba todas las noches las localidades del Corral sin vacilar la habría cambiado por una mirada como las que en la Coruña le prodigara aquella mujer.

Estaba una noche en el saloncillo, oyendo por la cienmillonésima vez felicitaciones y parabienes, cuando se acercó á él, acompañada de un grave y simpático caballero, de barba gris y ojos inquietos é interrogadores, la ondulante y majestuosa Arsenia, primera dama y soberana del Corral.

— Mi querido Roberto — dijo acercándosele — : compláceme mucho presentarle á uno de sus más fervientes admiradores.

El caballero hizo una graciosa inclinación, y Monroy le imitó sonriendo.

Arsenia continuó:

— El señor don Luciano de Remesar, que desea felicitarle por su triunfo.

Vaciló Roberto, sintiendo que se doblaban sus rodillas al conocer á Remesar; pero reponiéndose súbitamente, contestó:

— ¡Oh! Recibo en ello grandísimo honor.

— No, por cierto— objetó Remesar, alargándole la mano y tomando con efusión la de Monroy—: soy yo, y mucho, el honrado; que ser amigo de quien cosas tan geniales puede hacer y tan maravillosamente sabe despertar la emoción en los demás, es el máspreciado de los honores.

Excusóse de estos elogios Monroy, y con esa franqueza natural y sencilla, que es patrimonio de los hombres de buena sociedad, hablaron durante un largo rato de la obra que se estaba representando, de arte, de política y de otras mil cosas.

Al despedirse parecían los mejores y más antiguos amigos del mundo, y Remesar le ofreció su casa de la calle de Alcalá.

No pudo dormir Roberto aquella noche. La emoción que le causaba la sola idea de ver y hablar á Deseada era tan intensa y viva, que le fué imposible conciliar el sueño. Amanecía, y en sus borriquillos peludos y grises, cruzaban la ancha calle los adormilados traperos que iban al centro de la villa á recoger las basuras de sus habitantes; los obreros, con sus pantalones de pana deslustrada y sus blusas azules y blancas, caminaban fatigosamente hacia las obras del Depósito de aguas, en donde no tardarían en encontrar la muerte, y los tranvías pasaban rápidamente, sonando sus timbres y batiendo con rudeza estremecedora los raíls de la vía.

El cielo presentábase sombrío y tétrico, bordado de nubes tempestuosas, negras como inmensos paños mortuorios; pero á Monroy parecióle un cielo alegre y de fiesta, porque, mirándolo, dijo:

—Hoy, sí creo en Dios.

Tres días después recibió un besalamano de don Luciano de Remesar, en el cual le convidaba á comer por la noche, rogán-

---

dole con mucho encarecimiento que no faltase.

Estremecióse hasta lo íntimo de su ser, presintiendo sucesos de intensa emoción; pero decidido á acercarse á la mujer que amaba, recordando á César, exclamó:

— Mi suerte está echada.





## VI

Desde que hizo su aparición en el mundo elegante, los admiradores de Deseada podían contarse por docenas.

—¡Qué gracia tan exquisita — decían en coro general los hombres— se desprende de esta mujer! ¡Qué ojos tan vivos y seductores tiene! ¡Si parece que trastornan las cabezas!.. Es un compuesto de perfecciones. ¡Cuidado cuando habla!.. Enloquece á quien le escucha.

Así, ó en términos parecidos, se hablaba de ella siempre.

¡Feliz mortal el que consiguiese algo de su atención! ¡Ser de otros mundos el que penetrase un poco en el santuario de su alma!

Porque ¿quién lo dudaba? A Remesar no podía quererlo. Esto era cosa descontada. Un

hombre más que cincuentón, con las barbas casi blancas; con los modales bruscos, como quien está poco habituado á la sociedad, ocupado sólo en apalear millones, incapaz de despertar un sentimiento dulce en un corazón tan sensible como el de la mujer, ¿iba á ser amado por ésta?

—El la posee como posee sus palacios, como posee sus haciendas, como posee sus minas, como posee sus quintas, como posee sus caballos y sus coches — agregaban —; pero, como todas estas cosas, sólo á título de conquista, de aprehensión, de fuerza, la fuerza que da el dinero todopoderoso é invencible.

Y con este cómodo razonamiento considerábanse todos con derecho á mirarla, á obsesionarla, á perseguirla, si no con declaraciones ostensibles, que á la postre resultarían de mal gusto, con ese halago untuoso y pérfido que se vale de todas las bajezas é indignidades para vencer á una mujer y abrogarse el derecho de censurarla, de ofenderla, de arrojar su reputación como pasto de la maledicencia y de la calumnia.

En teatros, en reuniones, en paseos, en la iglesia, en todas partes encontraba constantemente Deseada á sus finos y rendidos apasionados, haciendo demostraciones de admiración, de sufrimiento, de amargura, de loco amor por ella. Algunas veces traspasaba la obra de adoración platónica los límites de la discreción respetuosa, y entonces, con soberano desdén, hallaban, los más audaces ó los menos cuerdos, la indiferencia desdeñosa en la olímpica mirada de sus ojos dulcísimos.

No pequeño disgusto le causaba á ella este constante y fatigoso asedio, al cual jamás daba el menor motivo, y lamentábase, á solas consigo misma, de la estulticia de los hombres enamorados de oficio, queriendo hacer de tenorios á toda hora, que no saben que la mujer casi siempre da su alma al que menos ruido hace para buscarla. Todos le inspiraban, si no un desprecio merecido, una indiferencia segura y altanera. Estaba muy persuadida de que ninguno de los que la asediaban con sus galanterías pasadas de ocasión y moda, con sus falsas protestas de una devoción que nada

tenía de espiritual y noble, con sus obsequiosidades que ocultaban con dificultad los bajos instintos de la bestia masculina, estremecida siempre ante la carne provocativa y fresca, sería capaz de resistir una prueba, de comprender su pensamiento, de penetrar hasta lo recóndito de su alma.

¡Su alma! Su alma estaba solitaria y virgen; nadie, sino aquel Roberto, de quien ahora hablaba á diario la prensa, con admiración creciente, como de un genio de los nuevos tiempos, había visto algo del misterioso santuario que la guardaba. Y Roberto tampoco había visto mucho; porque unas relaciones de dos meses, en las que ella pusiera tan poco, que casi no pusiera nada, pues ni á una sola de sus cartas se atreviera á contestar, no permitían á un hombre, por experto que fuese en asuntos del corazón, explorar las profundidades de un espíritu tan reconcentrado y melancólico como el suyo.

Su alma era su religión, su culto sagrado; conservarla pura, apartada de todo comercio material, libre de todo contacto vulgar, dis-

tanciada de esas otras almas viles para las cuales el sufrimiento silencioso y el sacrificio inapreciado carecen de valor, era su firme y decidido empeño.

Cierto que no amaba á su marido, que no podría amarle en ningún tiempo, que ni la más remota cuerda de su corazón vibraba una nota amorosa para él; pero respetábale, tenía afecto de gratitud por lo que había hecho por sus padres, por lo que diariamente hacía por ella.

Entre todos los que revoloteaban á su alrededor, tentando su virtud y su vanidad, no había uno siquiera que valiese lo que su marido valía; y si aquel misterioso deliquio que en su alma había despertado Roberto de Monroy no borraba de ella todo otro afecto, á aquél, que tan generoso, humano y complaciente encontraba siempre, habría consagrado su afecto.

Hermosa y provocativa, con sus carnes recias, con su labio grueso, con su mirada voluptuosa é inquietante, con su talle ondulado y fino creían los hombres — y las mujeres extendían envidiosas la suposición — que bajo aquella epidermis suave y sedosa corrían olea-

das de fuego sensual, ansias atormentadoras de placeres vitandos y lascivos, y engañábanse de medio á medio. El aspecto, la apariencia física, el movimiento agitado y nervioso de todo su cuerpo, el raro y excitante perfume que de él se desprendía, daban, al parecer, la razón á quienes así la juzgaban; pero su organismo estaba de tal naturaleza preparado, que negaba todas estas apariencias.

Odiaba los placeres materiales; no los concebía sino como una oblación dolorosa á la incontinencia del esposo, jamás como un deleite sentido en unión con el amante. Perecía cualquier de esos actos eróticos un rebajamiento de la dignidad femenina, un puñado de lodo arrojado al rostro immaculado del espíritu, una torpeza brutal generada por un deseo grosero y salvaje. Jamás había sentido ella, en la abstracción purísima en que vivía, que esas ideas libidinosas y abyectas turbasen su mente ni alterasen la paz tranquila de su corazón. Estaba, desde el punto de vista fisiológico, á cubierto de todo llamamiento irregular de la pasión, exenta de todo mortificante anhelo y

acorazada contra cualquier tentativa sexual que quisiera hacerla caer.

A vivir en los clásicos tiempos romanos sería con el mayor gusto sacerdotisa de Vesta, y si su padre, desde sus primeros años, no le hubiese hecho antipático y repulsivo el claustro, no tendría inconveniente en ser monja.

Para ella nada era la materia: lo era todo el ideal. Amar y ser amada, con abandono de todo lo externo y susceptible de corromperse, por lo que tiene de puro, limpio, espiritual y elevado el amor, constituía su aspiración y ansia perpetuas. Y en Roberto parecía haber hallado ese enamorado del ensueño, que ama por amor, no por deleite; que refunde el alma suya en el alma de la mujer adorada; que busca sus pensamientos y no sus caricias, sus consuelos y no sus besos; que endulza la vida con penumbras celestiales, con éxtasis que nada entrañan de terrenos; que sabe elevarse hasta lo infinito desconocido, sin que jamás las alas níveas se manchen con el cieno de un bastardo deseo.

Cuando la fama, que de pronto había alcanzado aquel hombre, que vivía constantemente

en su corazón, y cuya memoria iba enlazada á todos sus actos, le obligó á tener que hablar con frecuencia de él en los salones que visitaba y en el suyo mismo, al que ya concurría lo que Madrid tiene por la *élite* intelectual, artística, plutócrata y aristocrática, acometióle un anhelo vivísimo de tratarle, de oírle hablar, de escuchar su palabra que, juzgando por sus cartas, debía ser cautivadora y sugestiva. Sin embargo, nada hizo por atraerlo: esperó resignada á que la ocasión se presentase para dar satisfacción á su alma.

Llevaba el drama de Monroy más de diez representaciones, cuando una tarde se presentó su padre diciéndola:

—¿Es posible, Deseada, que aún no hayas ido á ver ese portento de arte y de naturalidad que se representa en el Corral?

—Y tan posible, papá, que ya ves que no he ido; no me seduce gran cosa el teatro.

—¡Ah!, pues considero necesario que vayas esta noche ó mañana, porque en todo lo que va del nuevo siglo no se ha presentado una



obra igual. Yo le diré á Remesar que te obligue si tú no te decides.

—No será necesario tanto, papá; basta que tú lo desees para que yo dé de mano á mi pereza ingénita para esas cosas. Mañana iré, y te suplico á ti y á mamá que me acompañéis.

Fué, en efecto, á la siguiente noche al teatro Deseada, y desde un palco cerrado, enteramente de incógnito, solamente acompañada por su marido, pues su madre se hallaba ligeramente indispuesta y no se atrevía á salir de su casa, presencié la representación.

El drama era, como oía decir, conmovedor y profundo, de una tesis nueva y atrevida, que resolvía un problema de psicología pasional de modo enteramente distinto al que usaron en el teatro clásico Lope de Vega y Calderón, al que sirvió de orientación al inmortal creador de *Otelo* y de *Hamlet*. No había escenas de sangre ni recriminaciones violentas. Y, no obstante, había una pecadora hermosa que, al redimirse de su yerro, inundaba de paz y de fragancias de perdón y de amor el alma del ofendido. Una obra francamente audaz é inno-

vadora en nuestra escena de dramaturgia de ritual, amoldada de antiguo al gusto de una sociedad esclava de sus preocupaciones, que practica con bastante exceso el tartufismo y condena por hábito y tradición, sin examinar los antecedentes morbosos y afectivos del delincuente.

Remesar apenas pudo darse cuenta de la representación, porque durante los tres actos tuvo que aguantar la historia de la última crisis, que le hacía el ministro de Hacienda; pero Deseada quedó muy impresionada y conmovida.

Al volver á casa preguntóle Remesar:

—¿Qué tal es eso, Deseada?, porque yo no he podido oír ni una escena, con la conversación enfadosa de ese imbécil hacendista.

Deseada, que no quería hablar del drama, que reservaba para sí sola todas sus impresiones, limitóse á contestar:

—Muy interesante; pero no tanto que deban echarse al vuelo todas las campanas de la parroquia.

—Sin embargo, la opinión afirma lo contrario.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de la opinión?

Al otro día, á la hora del almuerzo, volvió á hablarse de Monroy.

—¿Sabes que me parece de buen tono que convidemos á Monroy á alguna de nuestras comidas de los jueves?

Deseada sintió una angustia horrible al oír estas palabras á su marido, y en poco estuvo que no gritase: ¡No, no le traigas, por Dios!

Reprimióse con admirable rapidez y energía, y con tranquilidad, sin afectación, respondió:

—No me parece mal; si vienen otros literatos y artistas, ¿por qué no ha de venir él?

Aquella misma noche fué Remesar al Corral y rogó á Arsenia, á la eminente actriz y suntuosa esposa del empresario y director, que lo presentase á Monroy.

Por singular ironía de las cosas humanas simpatizaron extraordinariamente el banquero y el escritor.

—¡Qué chico tan agradable!—llegó diciendo á su casa Remesar—. No puedes figurarte, Deseada, el ángel que tiene.

Por su parte Roberto, al decir adiós á Remesar, quedó pensando:

—Me parece absurdo que no odie á este hombre.

A las ocho en punto de la noche del jueves designado para la comida, estaba Monroy subiendo las anchas y señoriales escaleras de mármol blanco del palacio de Deseada. Aunque pretendía hacerse el fuerte y despreocupado, disimulaba con gran trabajo su emoción y atolondramiento.

Penetró en un espacioso recibimiento que contenía escasos muebles, con un gran canapé rojo adosado á las paredes laterales, que cubrían grandes y anchurosos tapices: un sirviente, de casaca roja galoneada de oro, media también roja y calzón de seda negra, tomó su sombrero y su gabán. Cruzó, precedido por otro criado que llevaba la misma indumentaria, dos ó tres salones más, amplios y de techos elevados, tapizados de rosa con tonos amarillos y de verde intenso, con sofás, butacas y sillas volantes de varios estilos en muy escaso número, y penetró en uno pequeño,

alumbrado por una lámpara de cristal de Bohemia, de gusto modernista, que representaba un búcaro lleno de flores de diversos matices y formas, y con las paredes cubiertas de seda carmesí rameada.

El largo espacio que tuvo que recorrer Monroy favorecióle para refrenar la intensa agitación de su espíritu y serenarse lo suficiente para no aparecer ridículo.

El saloncito estaba desierto; no había nadie en él. Su primer ocupante aquella noche era Roberto.

Retiróse discretamente el criado, y Monroy, tomando asiento en un sofá de terciopelo color rubí, extendió su vista por la habitación.

Era casi cuadrada, y en el centro tenía un gran velador de pie dorado con tabla de onix, sobre la cual había algunos libros, lujosamente encuadernados. En uno de los ángulos veíase, sobre una columna de pórfido, un busto en mármol blanco de Minerva. La hermosa hija de Júpiter ostentaba su yelmo brillante, erguía su lanza victoriosa, que empuñaba con la mano derecha, y con la izquierda sujetaba la égida

ó escudo mitológico. Constituía éste el único adorno del saloncito, estando todo lo demás vacío, aunque con gran profusión de asientos. En el lienzo del fondo había un colosal espejo biselado, que reflejaba personas y objetos, y en cuya luna de plata quebraba su luz la lámpara que pendía del cielo raso.

Esperó angustiado unos diez minutos.

—¿Quién vendrá?—se decía—. ¿Por qué me he adelantado tanto?.. Sin embargo, la invitación era para las ocho. Me pareció que debía ser exacto; siendo la primera vez que venía á esta casa no era cortés propasarse en la hora. ¡Qué sencillez! Esto revela un gusto exquisito... No hay aquí cuadros ni objetos de arte... el salón casi vacío... ¡Ah! un busto de Palas... la diosa de los sabios... ¡Qué hermoso es todo esto! Silencio y paz de celda parecen respirarse aquí... Del tumulto y tráfago de la calle no se percibe ni una nota... ¡Cómo encanta y subyuga este ambiente de misterio!..

Recostóse sobre el respaldo de la butaca, en la que se había sentado encogido y medroso, y estiró las piernas sin tropezar con ningún objeto.

— Por lo visto no viene nadie — siguió diciendo con la mente, pues los labios permanecían discretamente cerrados — . ¿Habré equivocado la hora?.. No... El reloj marca las ocho y doce minutos... ¿Qué será esto?

El criado que le había conducido hasta allí presentóse en la puerta, y con voz de ceremonia, anunció:

— La señora.

Y entró Deseada espléndida, hermosísima, verdaderamente maravillosa y divina. Vestía un traje escotado, de tul bordado con finas lentejuelas y el transparente de faya roja—era el rojo su color favorito —; la falda, ondulante y de larguísima cola, al arrastrar sobre la rica alfombra, producía un ruido rítmico de cuentas que entrechocan suavemente, y el cuerpo, adornado con encajes negros y grandes lazos en los hombros, destacaba su busto esbelto y ligero de irreprochable forma. Sobre el pelo, recogido en un moño á la griega, lucían clavos y peinetas con gruesos brillantes que despedían chispas de luz verde anaranjada al ser tocados por la de la lámpara, y el cuello, que enseñaba

su carne de moreno claro, lo adornaba con un ancho collar de perlas: no llevaba ninguna clase de pendientes; la oreja, fina y pequeña, era el mejor adorno de aquella cabeza de estatua clásica.

Monroy irguióse como empujado por un resorte, y deslumbrado ante aquella aparición, que para él tenía mucho de celeste, aunque quiso pronunciar algunas frases, ninguna, ni la más vulgar, salió de sus labios.

Sonriente Deseada, con armoniosa voz, dijo:

— ¿Es al señor Monroy á quien tengo el gusto de hablar?

— Perdón, señora — exclamó éste confuso, con la voz temblona y dominado por una fuerte excitación nerviosa — ; sí... yo soy, servidor de usted.

Hízole una indicación Deseada para que se sentase, lo cual verificó Roberto, efectuándolo también ella. Con el mismo tono de voz dulce, tornó á hablar:

— Hoy tendremos que comer solos.

— ¿Solos? — preguntó casi con espanto Monroy.



— No precisamente solos usted y yo, sino sin convidados — respondió Deseada, que se mostraba muy serena y firme — ; Luciano llegará antes de un cuarto de hora y los tres seremos los que nos sentemos á la mesa. Hoy no habrá importunos.

Roberto, como si hubiese perdido todas las facultades intelectivas, como si de su cerebro se hubiesen borrado todas las ideas, sólo pudo decir:

— ¡Señora!

Deseada, sin darse por advertida de la turbación de Roberto, continuó:

— En esta pequeña emboscada que le hemos preparado á usted tiene principal y muy importante papel Luciano, que ha querido, él solo, monopolizar su conversación. ¿No es usted hoy la conversación de todo Madrid?

Más repuesto de su emoción Roberto, recordando poco á poco su lucidez, respondió:

— ¡Es verdad, señora, soy el plato que se sirve en casi todas las mesas!..

— ¿Y eso le desagrada?

— Me desespera.

— Es curioso. ¿Podría saber por qué?

— Porque yo no quisiera vivir ni existir más que para una sola alma.

— ¡Ah! ¿Y por qué privar á las demás de la luz brillante y hermosa de su genio?

— Porque esa luz es refleja.

— ¡Cómo! ¿No es de usted?

— No, señora; no es mía: me la ha dado un ser ideal, maravilloso, que está pisando la tierra para convencer á los mortales de que también en esta época de materialismo insano se dignan bajar los dioses á la tierra; es á una diosa que anda por el mundo á quien debo esa luz, y... francamente, quisiera que sólo ella disfrutase de sus rayos.

Empezaba á sentirse inquieta Deseada, á medida que iba escuchando á Roberto, y á su tranquilidad del primer momento sucedía una agitación interior que le causaba miedo. Temiendo comprometerse, cortó la conversación, diciendo:

— Tal vez eche usted de menos esta noche los convidados que suelen amenizar con sus ocurrencias la comida.

—De ningún modo; cerca de usted se está al lado de todo.

—¡Oh! Es usted muy galante.

—Soy sencillamente justo.

En este momento apareció Remesar, saludando muy afectuoso al escritor y disculpándose de su tardanza.

Después de algunas otras frases de cortesía, pasaron al comedor, que era una gran pieza rectangular, adornada con riqueza extraordinaria y con gusto que revelaba un perfecto conocimiento del arte. La comida fué abundante y selecta; los vinos, añejos y carísimos, y la conversación, amena y chispeante.

Hablaron de arte, sobre todo de literatura dramática, y Monroy explicó el argumento de su obra. Remesar aplaudió entusiasmado, y, en un arranque de noble sinceridad, dijo:

—Es verdad, es cierto; la mujer no siempre es culpable por capricho ó por perversión; lo es por influencias exteriores del medio, de la educación y de los prejuicios reinantes. En este caso la absolución se impone, y, previo un arrepentimiento cierto, hay que devolverla,

sin restricciones ni sospechas injuriosas, á la vida. Muy bien, amigo Monroy; ha hecho usted muy bien en desenvolver esa tesis, que, aunque tiene sus adversarios naturales en los hipócritas del sentimiento, encontrará los más entusiastas defensores en los que, por sobre todo, amamos la verdad.

Deseada nada dijo; calló siempre, con una prudencia que sería desdeñosa para su huésped si no la generase el miedo á decir algo que pudiera comprometerla con aquel hombre del que tan enamorada se sentía. Era su marido quien prodigaba los elogios á Monroy y el que se complacía en demostrarle una confianza y un afecto ilimitados.

Entre los varios y múltiples giros que la conversación tuvo, recordaron sus orígenes y procedencia. Y haciendo excursiones genealógicas á través de las edades, vínose en conocimiento de que eran Monroy y Remesar de una misma comarca de la propia región, paisanos, en una palabra, y hasta recordó este último, que en su juventud había conocido al padre de aquél, que era, en efecto, un hidalgo de los

más respetables, humanos y generosos del país. Estrechaba esta circunstancia la feliz amistad empezada; y cuando se despidió Monroy, díjole Remesar:

—Prescinda usted de toda etiqueta para venir á esta casa; el paisanaje nos une como un lazo de sangre, y debe usted entrar en ella como en la suya propia. Deseada, que es muy poco amiga de la sociedad, á pesar de lo cariñosamente que por ella es acogida, pasa grandes soledades...

— ¡Luciano! — interrumpió en forma de cariñosa protesta Deseada.

— Sí, hija mía; yo no puedo acompañarte, porque los endiablados negocios absorben cada vez más mi tiempo y tú haces muy poco por distraerte. Monroy puede otorgarnos un gran favor si de vez en cuando te consagra algunas horas.

— ¡ Oh ! Yo seré el favorecido — contestó Roberto, con el alma inundada de felicidad.

Cuando, cerca de las doce de la noche, se encontró Roberto en la acera de la calle, frente á las Calatravas, miró al cielo, que estaba clari-

simo y tachonado de luminosas estrellas, y parecióle que lo veía por vez primera en su vida. Quedóse extasiado en su contemplación; pero una vocecilla triste y plañidera interrumpióle en su arrobamiento venturoso, diciendo:

— Señorito: aún no he comido hoy ni ha comido mi madre con tres hijos pequeños; ¡Déme, déme una limosnita, por Dios!..

Sintió Monroy un estremecimiento en todo su cuerpo, que no sabría decir si era de lástima ó de disgusto, y volviendo la cara hacia el lugar de donde salía la voz, vió delante de sí una niña como de doce años, paliducha, miserablemente vestida, con los pies descalzos sobre el asfalto húmedo, arrebujada en un mantón obscuro y bordado de agujeros.

Desabrochóse lentamente el gabán, y de uno de los bolsillos del frac tomó la cartera, de la cual extrajo un billete de cincuenta pesetas.

— Toma — dijo — : que esta noche sea también de felicidad para ti y los tuyos.

La mendiga, avispada é inteligente, como toda la hampa madrileña, miró el billete con sorpresa, palpólo con sus manos sucias dife-

rentes veces, y devolviéndoselo á Roberto, dijo:

— No, señorito; yo sólo pido una limosna.

— Quedó un tanto cortado Roberto; pero, reponiéndose, admirado del rasgo de aquella infeliz hija del arroyo, agregó:

— Sé lo que te he dado: son cincuenta pesetas para ti y para tu madre; sed dichosas unos días.

Y partió entrando en un coche que pasaba por la calle.

No quiso ir á la cervecería, ni al casino: estaba demasiado impresionado por cuanto le había ocurrido, y fué á refugiarse á su casa.

Malamente descansaron aquella noche memorable — que debía formar época en su historia — Deseada y Roberto.

Los pensamientos más encontrados, tumultuosos y antitéticos agitaron sus almas.

Deseada comprendió que su amor no había disminuído; antes bien, que había tomado proporciones gigantescas. Roberto era, no cabía la menor duda, el hombre de sus ensueños y fantasías. La simpatía profunda, ar-

diente y viva que por él sintiera en La Coruña, tomaba ahora forma definitiva de amor apasionado é invencible. Al verle tan de cerca; al oír sus razonamientos claros, firmes, humanos y altruistas; su voz de timbre dulcísimo, dominadora y acariciante; al comprender que un genial talento guardábase como un tesoro inmenso en su cerebro maravilloso; al contemplar su fisonomía hermosa, que aumentaba su juventud extremada, no pudo contener las ansias de su corazón, y como un río que se desborda de su cauce, merced á corrientes nuevas que vienen á engrosarlo, así el amor que Deseada había sentido desde que conoció á Roberto, agrandado por las cualidades que acababa de descubrir en él, rompió los diques en que ella había pretendido encerrarlo.

— ¿Adónde, adónde me llevará esta pasión loca y cruel que ya no puedo resistir por más tiempo, sin comunicarla al que me la ha inspirado? — decía Deseada, agitándose en su lecho — . Tiemblo al pensar lo que pueda suceder... ¡Dios mío! ¡Y en qué trances tan amargos colocas á tus criaturas!.. Es esta una



prueba demasiado fuerte para la débil naturaleza humana... porque... si me inspiraste la resolución del sacrificio por mis padres, ¿por qué ahora me enciendes con fuego tan abrasador y aniquilante el corazón? ¡Ah! Porque yo amo á Roberto; de esto no tengo la menor duda; es más, le amo desde que le vi en la playa de Riazor... él es el único amor de mi vida... y, sin embargo, Luciano es muy bueno, y le estimo; siento hacia él una simpática atracción... ¿y cómo no estimar á un hombre tan generoso, tan bueno, tan justo y tan íntegro en todos sus actos? ¡Qué conflicto, Dios mío, qué conflicto!..

Batallando con estos pensamientos quedóse, cerca del amanecer, dormida Deseada, que durmió pesadamente, sin que ningún sueño turbase su descanso.

Por su parte, Roberto, sentíase completamente dichoso.

Había visto á la mujer idolatrada, la había hablado durante cuatro horas, y la impresión recogida era de las más gratas. Deseada, si no le amaba, concluiría por amarle; por lo menos



no le era indiferente. Estaba autorizado para verla cuantas veces quisiera, sin tener que esperar llamamientos ni ocasiones: ¿que más podía desear? Ya se encargaría de vencer sus escrúpulos, porque, eso sí, escrúpulos debía tenerlos, pues no era fácil cosa engañar á un hombre como Remesar. ¡Engañar! Qué daño le hizo á Roberto esta palabra: parecía ofensiva para Deseada, tan noble, tan franca, tan pura y tan angelical. No, ella no podía engañar á su marido... no hay engaño en donde no hay obligación de dar, y ella no estaba obligada á dar su amor sino á él, á Roberto, que era el primero que llamara conmovido y enamorado á las puertas de su corazón. Remesar era un accidente, algo extraño y absurdo, que había venido á interponerse entre los dos. ¡Qué fatalidad su viaje inopinado á París! Maldecía al periódico y al director que le habían obligado á hacerlo... Sin esa ausencia forzosa, tal vez se habría entendido con Deseada y sería ahora su mujer.

— Pero, ¿por qué se habrá casado con Remesar? — pensaba —; es un misterio que

no acabo de aclarar. No puede ser por las riquezas que posee, porque no hay mujer en Madrid que menos disfrute de ellas, y si las riquezas y el fausto la dominasen y por ellas hubiese hecho el sacrificio de su corazón, veríasela ahora deslumbrando como una reina poderosa á toda la sociedad.

Algo había oído hablar Monroy del mal estado de fortuna del padre de Deseada. ¡Quién sabe si su matrimonio no era una consecuencia forzosa de esta situación! De todos modos, el lazo contraído con Remesar no le obligaba á nada. Cuando ella quisiese romperlo, ¿quién se lo impediría? La ley... las conveniencias sociales... ¡bah! esto era sencillamente una monserga. La ley escrita era siempre una violación de la naturaleza, porque refrenar las ansias del corazón es querer refrenar la furia de la tempestad ó contener la erupción de los volcanes... Toda ley natural — y ley natural es la del amor — es anterior y más respetable que la ley hecha y confeccionada por los hombres... ¡El respeto social!.. Bueno está el respeto social, y recordaba Roberto á este propó-

sito los amantes semanales de la Marquesa de Abancés; las orgías en los restaurants parisienses, dentro del primer mes de casada, de la Princesita de San Otón; los pasatiempos lésbicos de cierta respetable matrona, que nadie se atrevía á nombrar por consideraciones de legítima prudencia...

— La sociedad... — decía entre irritado y jocoso Monroy — la sociedad es un lagunato inmundo lleno de cieno y estiércol, en el que sólo nadan felizmente culebras venenosas.

Sin embargo, un miedo le asaltaba. ¿Le amaría Deseada lo suficiente para abandonar, si el caso llegaba, á su marido? Este tenía á su favor la bondad; la confianza que inspiraba á cuantos le trataban; su corazón abierto, franco y sencillo. Era un hombre que se hacía querer de todos. El mismo le apreciaba, y en el momento en que hacía estas reflexiones, no le parecía cosa fácil hacer mal á persona tan excelente.

Como todos los que aman ciegamente, hizose este último razonamiento:

— Dejemos que el dios de los enamorados ejecute algún milagro.

A la hora del almuerzo del día que siguió al convite de Monroy, hablaban Deseada y Remesar:

—Cualquiera pensaría—dijo éste—que no te ha causado buena impresión Monroy.

—¿Por qué?

—Porque hablas de él con cierto desabrimiento.

—Pues te equivocas, me parece muy inteligente y discreto; pero también le encuentro un poco desvanecido con el incienso que diariamente le tributan sus admiradores.

—¡Ah!, permíteme que te diga que no eres justa; realmente ese chico ha realizado en cortos años una labor que ya quisieran para sí más de cuatro eminencias de Real orden. ¿Acaso se parece á esos poetas arcaicos que pueblan las Academias y las Cátedras, merced á las cuales pueden llevar camisa almidonada y zapatos de charol, que espigando en Euripides y en Moreto, en Calderón y en Racine, en Schiller y en Sardou, acaparan la escena espa

ñola? No, hija, es superior á todos ellos; porque ha sabido emanciparse de los prejuicios de escuela, de los convencionalismos y dogmas tradicionales, de las reglas severas y contrarias á la vida; en una palabra: porque piensa como un hombre y escribe para hombres.

— Deberé aceptar como bueno tu juicio; —contestó Deseada—; al fin, tú eres un hombre y entiendes algo mejor que yo estas cosas.

—Sí, yo soy un hombre que ama la verdad; que se pone por encima de todas las mentiras reinantes y que jamás cometería una acción que vulnerase la pureza de aquélla. Creen algunos que por tener muchos millones he cometido muchas malas acciones. Equivócanse por completo: tengo dinero, porque he sabido sugestionarlo, porque he sabido hacerme querer de él; por quererme el dinero viene á mí: las cosas todas, en lo humano, caminan en dirección de la fuerza atractiva que las llama. Nada puede hacerse que contraríe esa ley.

—¿Así lo crees?—preguntó Deseada con alguna ansiedad.

—En absoluto; y aunque tuviese que quedarme pobre como un filósofo de la escuela cínica, por ningún concepto claudicaría de mis ideas.

Deseada estuvo meditando sobre estas teorías de Remesar toda la mañana. El le daba la razón para amar á Roberto. ¿No era la Naturaleza, con sus imperativos categóricos y sagrados, quien la empujaba al amor de este hombre?

Por la tarde sintióse con ganas de distraer su espíritu, melancólicamente influído por la nueva situación que ante ella se presentaba, y fuese al Retiro.

Alumbraba un sol paliducho y triste, de rayos helados y grises, que se hundían moribundos entre los escuetos troncos de los árboles; centenares de coches y automóviles de todas las marcas y facturas conocidas cruzaban rápidamente la calle de Alcalá, perdiéndose en el largo paseo como monstruos mitológicos, empujados por un taumaturgo loco; los tranvías pasaban, sonando metálicamente sus timbres, envueltos en ligeras nubes de polvo que doraban fantásticamente las chispas lumi-

nosas de una luz espectral, y millares de mujeres hermosas, elegantes, que llamaban á los hombres al placer enervante, con sus pechos altos, con sus caderas exuberantes y ceñidas, su contoneo gracioso y lascivo, cubrían literalmente las anchurosas aceras como un hormiguero policromo y gigantesco.

Deseada iba en un cupé cerrado, recostada con abandono perezoso en el mullido respaldo del carruaje, mirando distraídamente todo aquel conjunto abigarrado de seres y cosas que marchaban arrastrándose, corriendo, sonando estridentes bocinas y trompetas, dando gritos inarticulados y salvajes, pronunciando frases heterogéneas y absurdas, y produciendo ese rumor desacorde, estrepitosó, fatigador y odioso de las grandes ciudades.

Conocíase muy bien su librea y su carruaje, y todos los que paseaban inclinábanse al verla cruzar, saludando con el respeto humilde y servil con que se saluda á las personas reales.

Ante ella pasaban duquesas linajudas; marquesas de rancio abolengo; nobles de nueva creación, á alguno de los cuales aún no se le



había desvanecido el tufillo acre del mostrador; generales cubiertos de brilladoras cruces, ganadas en las derrotas de Cuba y Filipinas; cortesanas célebres, que no podían desterrarse de aquel lugar, y políticos y literatos, que apostaban á quién abatiría más pronto las fuerzas anémicas de la patria ó las fuerzas negativas de la moral. A todos los miraba con supremo desdén é indiferencia Deseada, y apenas contestaba á alguno de los muchos saludos que le hacían sus envidiosas y sus admiradores.

Retornó á su casa, cerrada ya la noche, con el corazón más abatido y el alma más amedrentada que nunca.

No había visto entre tanta gente á la única persona que deseaba ver: á Roberto.

Y no se conformaba á que terminase aquella sin contemplar de nuevo su fisonomía. El apasionamiento entraba en su alma á guisa de conquistador brutal y orgulloso que todo lo destroza como homenaje natural á su fuerza.

Por eso, al concluir de comer, arrastró á su marido al teatro, y por segunda vez fué á oír el drama de Monroy.

En uno de los entreactos se presentó éste á saludarlos. Rebosaba felicidad por todos los poros de su rostro al ver á Deseada. Su presencia en aquel lugar parecíale la confesión paladina de su amor. No, no necesitaba más para saber que era correspondido.

Sólo Remesar, que aumentaba y acrecía sus elogios al dramaturgo, tenía paños negros en los ojos.

No veía, el infeliz, cómo su tesoro más amado tomaba el camino que otra atracción, que no era la suya, le marcaba.

## VII

No fué preciso que Monroy reiterara sus declaraciones amorosas á Deseada.

En la segunda de sus entrevistas á solas, cuando Remesar en la Bolsa hacía temblar á los bajistas, se lo dijeron todo.

Fué una confesión mutua de sus errores, de sus sacrificios, de su desconocimiento de la vida.

—¡Ah! ¡si yo hubiera podido adivinar..!—decía Roberto.

—Dios quiso apartarnos—contestaba Deseada—para que bebiésemos de la copa amarga y nuestro amor tuviese las tristes penumbras de lo irregular.

—¿Y por qué irregular?—objetaba Roberto—si el amor lo ha puesto Dios en nuestras

almas y es El quien ha encendido esa luz que las ilumina con luminaires de astros de fuego, ¿cómo podemos dejar de verlo? ¿cómo es posible dejar de sentirlo?

Y casi sollozaban los dos al pensar que hondo abismo los separaba. Porque los dos comprendían que ellos no podían ser unos amantes vulgares, de esos que hacen comercio de sus sentimientos, convirtiéndolos, á la primera ocasión, en sensaciones de erótica voluptuosidad. No; ellos no querían ni sabrían aprovechar las oportunidades de furtiva soledad, ni pecarían á espaldas de un hombre honorable, que confiaba en la nobleza de ambos, por cuya mente no pasaba una duda ni una chispa de recelo.

Estaban obligados, por hidalguía, á ser puros é impecables.

Una tarde de Mayo, cuando las flores despedían oleadas de afrodisíaco perfume, que subían excitadoras del jardín á la terraza en que se hallaban Deseada y Monroy, lamentaba éste su triste situación y comparábase al precito de la mítica leyenda, condenado por los dioses á

sentir abrasante sed en medio de un río cuyas aguas cristalinas y refrescantes llegábanle, sin pasar de allí, hasta los labios.

Deseada, que era tan versada como su amante en asuntos de índole elevada y sublime, detúvole en sus lamentaciones con estas palabras:

—No tienes derecho á quejarte, porque del agua espiritual puedes beber á tu antojo y ansia: la que brota de ese manantial sagrado es toda tuya y ningún labio la enturbia con su beso irreverente; la otra, la que no ha pasado por el filtro de la pasión, la que tiene arcilla y sales amargas y es susceptible de agriarse ¡ah!, ésa no podrás gustarla nunca. Hay algo superior é intangible que se levanta entre tú y ella para guardarla; es un dragón que se llama «conciencia» y nos dice que debe correr para su infortunado dueño.

—¡Infortunado dueño! ¡Qué sarcasmo, Deseada!

—Sí, y bien infortunado, porque mientras él sólo tiene un cuerpo, una figura más ó menos modelada, algo accidental y contingente

que se desvanece y concluye en el tiempo; tú tienes lo que nunca perece, lo que no es finito, lo que perdura y vive á través de las edades y por encima de la vida de las cosas; tú tienes el alma.

La ética amorosa de Deseada no era, ciertamente, la de Roberto: muy joven éste, fuerte, vigoroso y mundano; educado, además, en la escuela positivista de la época que no cree en las pasiones ideales á lo Pablo y Virginia, había intentado más de una vez, por medio de emboscadas psíquicas, ungidas con pimentoso ungüento de pasión, vencer las resistencias castas de aquélla; pero siempre la había encontrado despierta; erguida en su pedestal de pureza sin fingimiento; usando, como de un escudo, de su frío razonamiento, que nimbaba la más exuberante y encendida simpatía espiritual.

Había que conformarse con este amor ó renunciar á la mujer que lo inspiraba.

Muchas tardes marchaba desesperado Roberto y hacíase á sí mismo la promesa de concluir aquello que no parecía natural, que tras-

pasaba todos los cálculos pasionales, que entrañaba un absurdo de la carne, sostenido por un cerebro enfermo y helado. Y en la psicología íntima de los grandes amores de la historia — para él era historia positiva y cierta cuanto la literatura había inventado — buscaba la explicación de tan raro enigma.

Una mujer que ama, que se dice dominada y vencida por la afectividad, que demuestra en su conducta, en su expresión, en su vida entera, que realmente siente el amor, y, sin embargo, resiste á todas las demostraciones externas y sensibles del ser adorado, es algo incomprendible, que le aparta de lo normal y corriente y que cae de lleno dentro de ese idealismo morboso, que degenera en locura. Sin duda el temperamento la favorece para sostenerse como una Diana altiva enfrente de las asechanzas de Eros; tal vez su idiosincrasia, que nada tenía de común con la de la generalidad de las mujeres, se revelaba contra ciertos rebajamientos del ensueño de castidad, largo tiempo acariciado; quién sabe qué fenómeno fisiológico actuaba sobre ella; pero es lo cierto

que ni las súplicas de Roberto, ni sus lloros, ni sus tormentosas exaltaciones, ni sus augurios siniestros y trágicos respecto á su vida de amante desdeñado en sus ansias crueles y ardientes, la hacían cambiar de conducta.

Claro es que al principio habíale parecido á Monroy cosa muy hacedera y plácida amar á una mujer tan linda y provocativa como Deseada, al modo y en los términos que Dante amó á Beatriz, y á Laura de Nóves, Petrarca. Consagrarle un culto de imagen, enteramente libre de impurezas, místico y sagrado, como aquellos inmortales poetas consagraron á sus amadas, no lo consideró, durante las primeras semanas, imposible ni difícil. Cuando Laura, mujer de Hugo de Sades, ofrecía á éste el duodécimo hijo, ¿no llegaba á su culminación el amor de Petrarca por ella? ¿No la hizo inmortal y eterna con sus versos eternos é inmortales? Con saber que era amado por Deseada, que en su corazón reinaba como único señor y dueño, que nadie torturaría su alma con sombras de amor, considerábase feliz y pagado de cuanto él había puesto en aquel empeño galante.



Esto duró poco tiempo: Monroy, que la visitaba á menudo, con frecuencia que empezaba á llamar la atención á los sirvientes de Remesar, siquiera en nada efectivo pudieran fundamentar una sospecha; que la oía en prolongadas y dulces conversaciones; que sentía la influencia avasalladora de sus ojos y las sacudidas eléctricas de su perfume deleitoso y excitante, veía que su platonismo empezaba á decaer y que un deseo vibrante é invencible le impulsaba por el camino áspero, pero ancho y floreado, del dominio definitivo y sustancial de la carne.

En poco estuvo, cuando este matiz del amor fué advertido por Deseada, que no terminasen aquellas relaciones, que eran para ella, no obstante, sol y alegría, esperanza y refugio de tristezas, paraíso celeste en cuyas frondas misteriosas encontraba alguna paz y satisfacción su alma melancólica.

Tembló Roberto ante la posibilidad de que tal contingencia se realizase, y haciendo de la necesidad virtud, y posponiendo su ventura para otro tiempo que debía venir, amoldóse

con filosófica resignación á su menguada condición de amante espiritual.

Tuvo que recordar que esta clase de amores fué muy admitida en tiempos remotos, cuando la vida era más ruda y las costumbres más galantes, y resignarse al respeto de los preceptos de aquel famoso Código que cierto caballero bretón halló en la tumba del infeliz Rey Arturo, que sostenían que «si el matrimonio no es excusa legítima contra el amor, el verdadero amante debe ser siempre tímido».

A este precio, sacrificando lo accidental á lo eterno, la forma á la idea, la carne al espíritu, pudo seguir Monroy sus amores truncados con aquella mujer de románticos procederes, verdaderamente digna de presidir las cortes de amor que instituyeron las damas de la Gascuña y las de Champaña con la Vizcondesa de Narbona y Leonor de Poitou á la cabeza.

Pasó días de tediosa existencia Roberto, pensando en la situación inverosímil y anómala en que se veía envuelto, contra la cual se rebelaba su naturaleza ardiente y juvenil y su complexión fuerte y vigorosa, que aspiraba á

beber del amor que la belleza maravillosa de Deseada le ofrecía, no sólo el líquido delicioso, sino la hez acre del fondo de la copa; y, como si su cerebro se contagiase de la enfermedad de su cuerpo, negóse á trabajar.

Ya no publicaba en su periódico aquellas crónicas tan leídas y celebradas, no sólo en Madrid, sino en todos los ámbitos de la Península; aquellos bellísimos cuadros de la naturaleza en sus manifestaciones objetivas y luminosas, que tenían el raro privilegio de deslumbrar las almas menos sensibles; ya no se le veía por el saloncillo, ni por la cacharrería del Ateneo, haciendo burlescos juegos de palabras é irónicos y mortificantes colmos; ya no subía á la Biblioteca á enterarse brevemente de la última manifestación del intelectualismo mundial; ¿qué más? había desertado por completo de los salones aristocráticos.

Estaba pálido, ojeroso y neurasténico: leía á Leopardi y Schopenhauer, y en sus lucubraciones desconsoladoras no veía sino el vacío de la vida. Cuando no podía estar cerca de Deseada—y esto sucedía mucho más de lo que él

quisiera, pues sin peligro de escándalo no era posible menudear las visitas—, daba grandes paseos por la Moncloa, y entre aquellos árboles de espesa y sombría copa, echado como un gañán cansado, sobre el verdoso y mullido césped, oyendo el vago rumor de las aguas que caían de artificiales cascadas cerca de pequeños lagos de superficie inmóvil y el canto alegre y apasionado de los mirlos y de los ruiseñores, al celebrar sus bodas primaverales, acariciaba el ensueño, el lejano y apenas perceptible ensueño que le ofrecía, toda entera, como una presa querida arrebatada á un enemigo cruel y poderoso, la mujer que tan fuertemente se había incrustado á su alma. Lloraba muchas veces con agónico hipo, y otras mesábase con rabia inútil la rizada y negrísima cabellera, y como si fuese un personaje de los dramas que él solía escribir, hablaba á los vientos, y á las mariposas revoloteantes y ligeras, y á las primulas y margaritas humildemente escondidas entre la hierba, y á las pardas ó rojizas lagartijas que culebreaban á su vera, á la naturaleza exuberante y apoplé-

tica que contemplaba indiferente sus dolores.

—¡Ah, realidad fementida y odiosa, á qué penas y tristezas me condenas!.. ¡Y creen las gentes que soy un ser dichoso porque la fama lleva sobre sus alas de águila caudal mi nombre misérrimo á todas partes!.. ¿Qué vale la gloria cuando el corazón no está tranquilo? Es verdad que soy amado, que esa mujer me ofrece á diario pruebas de su incondicional devoción, que mis pensamientos chocan y encuéntranse con los suyos, que sonrío llena de gracia y ventura al mirarme á su lado, que leo en sus ojos la pasión que me concede su alma; pero, ¡ay!.. ¡no está entre mis brazos!

Deseada también sufría, porque no se le ocultaba el gigantesco esfuerzo que Roberto se veía obligado á hacer para mantenerse dentro de los límites que ella había puesto á su amor. Bien comprendía que su resignación tenía mucho de violenta y que su mansedumbre arrancaba de su impotencia para afrontar una lucha franca y abierta. Algunas veces sentía lástima profunda por aquel hombre tan digno de ser

amado, tan acreedor á los más cruentos sacrificios, tan sutil en sus teorías, tan psicólogo en el estudio pasional de sus personajes dramáticos, tan bello y arrogante, y pensaba:

—¿No debería ser un poco menos virtuosa, entendiendo que es virtud no violar la fe jurada, quienquiera que sea el que ha obtenido el juramento? ¿No debía conceder un poco al culto de que soy objeto, á la oración diaria que el amor murmura cerca de mí? ¿Puede siempre el amor conservarse como una abstracción que prescinde en absoluto de las exigencias vivas de la realidad? ¿No mataré un alma por guardar demasiado un cuerpo?

Cuando estas ideas atormentaban á Deseada y como víboras enfurecidas pasaban mordiendo por su corazón y su alma, sentía que flaqueaban sus fuerzas de resistencia, que se derrumbaba con estrépito el altar heroicamente levantado á la castidad y al honor, y tenía que recordar de cuánto era deudora á su marido y en qué honda y espantosa amargura no sumiría á sus padres si ella se apartase de la línea recta que con firmeza se había trazado al enajenar su libertad de

soltera, para no correr, sonriente y feliz, á los brazos de Roberto.

—Sería villanesco y ruin mi proceder — argüía contra su propio deseo é impulsivo afán de capitular—. Luciano me ha entregado generosamente su fortuna, pues de toda ella puedo disponer á mi antojo; con ilimitada confianza me hizo depositaria de su honra social y de su dicha particular, sin que ni un remoto pensamiento de recelo turbe su alma virtuosa; no se valió él, para alcanzar mi consentimiento de esposa, de fraudes, amenazas ni imposiciones: me dejó en libertad de rechazar sus ofrecimientos, adelantándose como un caballero de la Tabla Redonda á garantir la libertad económica de mis padres; no, no fué un poderoso que quiere que todo se le rinda y humille, ni un artero que se envuelve en un manto de hipócritas ofertas para satisfacer un apetito bastardo y repulsivo. ¿Sería honrado engañarle? Jamás lo haré, y aunque mi alma se despedace y mi corazón chorree sangre á diario, y mis ojos enrojeczan escaldados por el llanto, una espada sagrada se interpondrá entre Roberto y yo.

El carácter resuelto, la voluntad inquebrantable, el organismo resistente de Deseada mostráronse en toda su floración y riqueza en esta lucha titánica y sombría del espíritu con la carne, dando frutos de abnegada pureza propios de las santas favorecidas por la tranquila soledad conventual y por el apartamiento de toda vibración mundana.

Vino la estación veraniega á calmar un poco el martirio en que vivían los dos amantes, empujándolos por vías y lugares enteramente opuestos.

Monroy marchó á recorrer la parte Norte de Europa, llegando hasta Copenhague, en donde visitó la Biblioteca Real, famosa por sus manuscritos árabes de Niebuhr; la Academia de Bellas Artes, el palacio de Amalienborg, la Bolsa y la isla de Amack, dándose el fuerte y emocionante espectáculo, en el teatro de la Opera, de ver matar á tiros, por el marido celoso, á una *prima donna* dinamarquesa que bailaba con demasiada voluptuosidad ante un público entusiasmado, en brazos del tenor, un vals intercalado en la obra.



Deseada fuese á su regia posesión de Oca, sin llevar convidados, acompañada de su marido y de sus padres.

Allí, en aquellas soledades dulces, matizadas por el silencio rumoroso de la Naturaleza desenvolviendo su obra con lenta é incommovible persistencia, buscó el reposo á sus angustias y amarguras, que disimulaba con exquisito cuidado su cara de diosa satisfecha.

Ni Luciano, ni su padre, ni aun su madre, que observaba la asiduidad con que Roberto la visitaba, que ya sabía que era aquel Roberto de la carta extravagante, que temía, á la larga, alguna consecuencia penosa de la intimidad que Remesar le proporcionaba cerca de Deseada, pudieron sospechar las turbaciones á que el espíritu de ésta se sometía voluntariamente.

Cumplía sus deberes de hija y esposa con tan afectuosa amabilidad y complacencia, y mostrábase con los que la rodeaban tan risueña y servicial, que preciso sería tener la desconfianza injuriosa de un corazón brutal é inaccesible al halago para forjarse una hipótesis de duda.

Dos ó tres veces intentara doña Amalia, usando de grandes circunloquios y rodeos para no descubrir su propósito inquisitivo, conocer la clase de relaciones que sostenían Roberto y Deseada; pero siempre había quedado defraudada en su legítima aspiración; ninguna confesión pudo obtener de su hija.

Recibía á Monroy por la amistad que le otorgaba su marido, por las innegables dotes de talento que le adornaban, por la cultura vasta y enciclopédica que poseía, de la cual ella tomaba cuanto le convenía y podía asimilarse; profesábale, por todo esto, una amistad admirativa y respetuosa, y no ocultaba el placer, puramente estético é ideológico, que su trato le causaba.

Al oirla expresarse así, doña Amalia abandonaba su antiguo temor, y decía:

—La superioridad de alma de Deseada, el gran respeto que á su decoro tiene y la nobleza ingénita que hay en la más trivial de sus acciones, sálvanla de todo peligro.

Cuanto á Remesar, era el de siempre; crédulo, tolerante, humano y compasivo. Repar-

tía á manos llenas los beneficios entre los necesitados, y si en ocasiones eran oportunas sus dádivas para devolver la tranquilidad y el bienestar á no pocos hogares en peligro de hundirse por escaseces y veleidades de la suerte, también resultaban eficaces sus consuelos, que sabía ofrecer á tiempo.

Todos los campesinos de la comarca le adoraban; todos le miraban como una especie de Providencia que no se cansa de hacer el bien á sus criaturas. Cuando él iba al Ulla, ya lo sabían los usureros, ni una sola obligación de los pobres labradores quedaba en su poder: volvían todas á manos de los infelices ilotas del campo. Reponía los aperos de labranza, destruídos por una labor fatigosa y ruda; rellenaba las cuadras, que la peste había dejado vacías, con hermosas y jóvenes vacas; espartaba de las aldeas esa lepra que tanto temen sus habitantes, que se llama «curia», arreglando todas las diferencias entre ellos existentes, y decía á cuantos llegaban hasta su rica mansión:

— Pedidme siempre y sin temor cuando estéis necesitados.

Para honra de estos seres oscuros, cuya psicología moral tan poco se conoce entre los pensadores cortesanos, es preciso decir que no abusaban del ofrecimiento, y ni aun la necesidad los empujaba á las puertas del plutócrata: era él, casi siempre, quien tenía que llamarlos.

Secundábale Deseada en esta obra de útil filantropía, desde los primeros días de su llegada á Oca, y con él compartía las bendiciones y alabanzas de aquella gente humilde y tímida, en quien desconfiar es vivir á cubierto de mil asechanzas de la intriga y de otros tantos abusos del caciquismo.

Algunas veces solía decir Remesar, atravesando calles de bojes y sentándose con Deseada á orillas del estanque grande, sobre cuya tersa y brillante superficie paseaban esbeltos cisnes blancos y negros:

—Es lástima que no haya aceptado Monroy nuestra invitación: disfrutaría aquí de un sosiego que no hallará en Alemania ni en Noruega, y podría encontrar inspiración para un nuevo drama.

Y bruscamente, aunque sin la más leve intención, preguntaba:

—¿Y en dónde se encuentra? ¿Lo sabes tú, Deseada?

—Está en Cristianía, de donde me envió una postal con la vista del arsenal y de la cárcel.

—Qué ocurrencia ir tan lejos.

—Rarezas del genio; por lo demás, siguiendo tus indicaciones, yo le rogué bastante que nos acompañase ó viniese á su pazo de Arnois, que tan cerca está de aquí; pero se negó á verificarlo, diciendo que tenía necesidad de estudiar el teatro de Ibsen en sus fuentes originarias.

Deseada nunca era más explícita cuando se veía obligada á hablar de Monroy, pues tenía sumo cuidado de no provocar la conversación á tal fin encaminada. No le parecía conveniente exagerar el disimulo, ni quería tampoco descubrir á un ojo perspicaz el fondo de su alma.

— Este es — decía — un santuario que me pertenece exclusivamente, en el cual no pueden entrar más personas que las que me plazcan, y que no he enajenado ni cedido á compromiso alguno.

Vedado enteramente estaba á sus padres y á su marido, á los cuales creía dar bastante dándoles el sacrificio de su amor en la parte que tenía de material, y que era, precisamente, la causa esencial del abatimiento y desolación que en Roberto se advertía.

No se le ocultaba á ella que viaje tan lejano, á tierras que en nada se parecen á las españolas, y cuyos habitantes tanto se diferencian psicológicamente de los que pueblan á España en sus regiones, no respondía al motivo alegado por Roberto. Lo que él quería era distanciarse, no estar cerca de ella, experimentar emociones nuevas y diversas, tal vez correr peligros, huir á los efectos de una pasión que tomaba cada día mayor incremento. ¿No había Deseada interpuesto la muralla infranqueable entre el ansia viva y atormentadora de Roberto y su voluntad firme y consciente de no manchar su albo y puro honor?

¡Ah! El esfuerzo era de naturaleza extrahumana: sentirse inclinada á la luz y permanecer en la tiniebla medrosa y horripilante parecía sólo posible á seres sin nervios y sin sangre, á

arcángeles que viven libres de materia. Deseada, sin embargo, lo realizaba. Mas, ¿á qué precio? Llorando silenciosamente, con lágrimas ácidas y quemantes que abrasaban sus hermosas mejillas, en las altas horas de la noche, cuando todos descansaban cerca de ella, y en sus paseos solitarios por las alamedas del extenso parque, cuando el sol escondía su disco de fuego tras las montañas de Lamas y el horizonte se teñía de un color purpúreo con tonos de sangre.

Una mañana de los postreros días de Agosto llegó á Oca una carta. Ostentaba el sello de Kiel, y aunque dirigida á Remesar, en una de las esquinas del sobre, con tinta azul, leíanse estas palabras: «Para Deseada.»

Apresuróse á entregársela aquél, y segura ésta de que nada inconveniente podría contener, después de abrirla y leer la firma, dijo:

—Es de Monroy.

—¿Y qué dice?

—Vamos á verlo.

Y tomando asiento en un ancho butacón del comedor, en que se encontraban Remesar y Deseada, con reposado acento leyó:

«Kiel 23 Agosto.

»No extrañará usted, amiga Deseada, que le escriba desde esta remota ciudad prusiana que el Kaisser ha hecho su puerto favorito.

»Ha venido aquí el Lohengrin alemán á entretener sus ansias de conquista en animadas y sugestivas regatas, y tras él hemos venido todos los más ó menos locos, que tenemos un ideal y que pensamos que sobre las olas siempre inquietas, ahora tranquilas del Báltico, podemos afirmarlo.

»¿No sabía usted que andaba yo por el Norte de Europa como un espíritu errabundo que busca el camino de un paraíso que bien puede no existir?

»Pues aquí estoy contemplando este gran poder marítimo del César de nuestro tiempo, este inmenso culto que su pueblo le tributa y estas rubias alemanas de ojos tan claros que el mirarlos produce vértigos, que semejan valquirias dispuestas á alegrar á los arrogantes y valerosos caballeros que otra vez, guiados por el héroe sagrado, han de morir por la grandeza de la patria inmortal.



»¡Qué movimiento y qué vida!

»¡Qué hurras estentóreos se escuchan!

»¡Qué confianza plena en sus destinos se advierte en este pueblo!

»No se parece en nada al nuestro. Es otra raza, es otro el ideal, otra es la aspiración de su espíritu inquieto y soñador.

»Las mujeres beben cerveza y reman con la energía y vigor de nuestros marineros de la Coruña; dan vivas al Emperador y cantan sagas melancólicas, saturadas de ternura y amor.

»¿Quiere usted conocer una que ha herido vivamente mis oídos, quedando muy grabada en mi cerebro?

»Ahí va:

«Se fué de mi alma la alegría,  
Para mí no luce el sol;  
¿Sabes en dónde se encuentra  
El Príncipe de mi amor?  
Sangre mi corazón destila,  
Sangre de roja color;  
Si lo toca mi Príncipe con su espada  
Curará mi corazón.»

»El amor va aquí mezclado con la guerra,  
y las almas germanas sólo despiertan de su

ensueño cuando los metálicos clarines anuncian los trágicos combates.

»Este pueblo singular alberga en un cuerpo moderno un espíritu medioeval.

»Como sé que no me perdonaría usted que le describiese estos ejercicios náuticos ni que, á propósito de las calles rectas y bien empedradas de Kiel hiciese algunas consideraciones de filosofía barata, me limito á saludarla y á extender mi saludo á sus amables papás y á mi querido Remesar, que de seguro encontraría en este movimiento vertiginoso y caótico un gran incentivo para su genial y compleja actividad.

»En tanto no tiene el honor de estrechar su mano, le besa los pies su afmo. amigo,

*Roberto de Monroy.»*

— ¡Qué chico! qué gran talento tiene y qué sobriamente está dada la sensación de Kiel, del Kaiser y de las mujeres alemanas; es un verdadero Poussin de la literatura — dijo Remesar como elogio y comentario de la misiva que acababa de leer su mujer.

— Sí, muy bien — agregó Deseada.

Aquel día ya no volvió á hablarse del ausente escritor.

Otros graves cuidados empezaron á preocupar á Deseada.

Su padre, el antiguo revolucionario, aquel que durante treinta años había vivido en una agitación perpetua, en una tensión nerviosa capaz de matar á un hombre de bronce, empezó á sentirse mal. Comía muy poco y el más pequeño ejercicio producíale fatigas extremas; sudaba copiosamente en cuanto tomaba cualquier alimento, aunque fuese líquido, y su rostro con frecuencia tomaba colores extraños que pasaban del pálido intenso al amarillo apagado y hasta al verde con manchas oscuras.

El coloso rendíase al peso de sus gigantescas campañas revolucionarias, y la vida reposada y tranquila que hacía desde su vuelta del destierro parecía como si provocase á los diablillos adormecidos de la dolencia.

Intervino el médico que acompañaba en todos sus viajes á Remesar, y después de haber examinado con detención á Ramírez, formuló

un diagnóstico bastante desagradable, que aquél ocultó en parte á Deseada y á su madre.

Ramírez padecía una afección cardíaca muy desarrollada, que podía, en un momento, apagar su vida. Era preciso sujetarlo á un régimen especial y evitarle toda clase de fatigas y emociones.

Este suceso afectó extraordinariamente á Deseada, que quiso restituirse inmediatamente á Madrid para atender con toda clase de recursos científicos á la dolencia de su padre.

En la primera decena de Septiembre encontrábase ya en el pequeño hotel de la calle de la Princesa, al cual quiso trasladarse para atender mejor al enfermo, que visiblemente perdía terreno todos los días.

No se opuso Remesar al justísimo deseo de su esposa, y mientras ésta se instalaba en su habitación de soltera, que se conservaba intacta, como el día en que la abandonó para marchar á vivir en el suntuoso palacio de la calle de Alcalá; con las mismas cortinas blancas, ocultando la camita dorada sobre la cual tanto había soñado; con el mismo tocador y con

los propios objetos que lo adornaban, fuese aquél á su escritorio, á tomar posesión de su vieja butaca deslustrada, desde la cual dictaba sus *ukases* al mundo financiero y bolsista. ✕

La primera noche que Deseada se acostó en su cama, dejando á su padre un poco aliviado, y después que se retiró la doncella que le había hecho el tocado de dormir, sintió una viva sensación de alegría.

Aquellas paredes empapeladas modestamente; aquellas butacas y aquel sofá rojos, bastante gastados por el uso; aquellos dos grabados que adornaban la pared, representando escenas pastoriles, produjéronle una suave y tierna emoción, y sin darse cuenta empezó á llorar silenciosamente.

¡Ah! ¿Por qué todo lo pasado en el año anterior, su boda, sus grandes riquezas, los halagos de que era objeto en sociedad, no habían de ser un sueño? ¿Por qué no había de ser libre como lo era al regresar de la Coruña con su madre? ¿Por qué Roberto, el hombre que llenaba su alma, cuyo recuerdo no le abandonaba un momento, hacia el que le impulsaban

todos sus deseos, no había de ser su marido, en vez de Remesar?

De un neceser que sobre un pequeño velador se hallaba, sacó Deseada la carta de Monroy escrita en Kiel, y después de leerla muchas veces, la besó apasionadamente.

—Sí, sí; yo debía con mis labios curar la herida de tu corazón; yo debía restañar con mis manos la sangre que de él mana; yo debía ser tuya y sólo tuya. ¿Por qué este deber que me impuse en un arranque de generosidad que no me dejaba reflexionar, me ata de tal suerte que no me deja la más pequeña libertad para acercarme á la felicidad? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué cruel has sido con quien ni con el pensamiento había pecado!

Acostóse y durmió. ¡Cuán dulce y alegre fué su sueño!

Estaba unida á Roberto. ¿Casada? No podía precisarlo. No tenía ni el más remoto recuerdo de su boda con él. Vivían en un país extraño, que no guardaba ninguna semejanza con España. Había grandes cordilleras azules y valles extensos y dilatados de un verdor que

lastimaba la retina; los árboles eran altísimos, pero sus hojas parecían atacadas de viruela y despedían un aroma agradable. ¡Qué país tan raro el que ella veía! ¡Ni los animales se parecían á los que ella estaba acostumbrada á ver! Vivían una casita muy linda, que parecía hecha de bambú, que se movía como una jaula colgada de un clavo. Estaban solos; cerca de la casa veíase un jardín con muchas flores, entre las cuales dominaban las magnolias blancas y grises y las camelias rojas y azules, y de uno de sus extremos partía un río, que, á alguna distancia, se agrandaba, crecía y tomaba las proporciones de un mar sin horizonte. Roberto leía un libro. Ella bordaba una camisa diminuta. ¡Qué hermoso lucía el sol! ¡Ah! no cabe duda — pensaba en el sueño — yo estoy casada con Roberto, esta es nuestra casa... no, esto no es un sueño. Y grandes mariposas, enormes como condores, pasaban volando cerca de ellos, batiendo ruidosamente sus alas inmensas, en las cuales quebraba la luz difundiendo en una gama de colores vivos y variados. ¡Qué hermoso estaba Roberto con su

barba negra crecida, con su rostro blanco tostado por el sol, con sus ojos profundos y soñadores que, de tiempo en tiempo, se levantaban de las páginas del libro para caer en amorosa mirada sobre Deseada! Pero ¡vaya una rareza! ¡ningún ser viviente á su lado! Estaban los dos solitos, como en un mundo completamente nuevo y desconocido para ellos.

Su doncella la hizo despertar de este sueño placentero.

Llamaba discretamente.

— ¿Qué pasa? — preguntó Deseada, que aún no se daba cuenta exacta de la realidad.

— Nada, señorita — respondió desde la parte exterior la doncella —; que el señorito se siente un poco fatigado y quiere que usted vaya á verle.

Deseada dió un salto violento de la cama al suelo, y poniéndose rápidamente una bata, salió despavorida hacia la alcoba de su padre.

Lo encontró inclinado en la cama, apoyado en una porción de almohadas, casi de pie, sudoroso, agitado, con los ojos fijos, como si se hubiesen cristalizado en sus órbitas, con los



labios blancos y el color fisonómico de un verde amarilloso.

—¡Papá! ¡Papá mío! —gritó Deseada besándolo con efusiva ternura —: ¿qué tienes? ¿qué te pasa?

Fatigosamente pudo contestar Ramírez:

—Deseada, niña mía, quería verte, quería oír tu voz... Estoy muy malo... me siento morir... y quería tenerte á mi lado.

—Por Dios, papá, no digas esas cosas—contestó Deseada ahogando los sollozos que querían escapársele de la garganta—; tú no te puedes morir, tú tienes que vivir para mí, para tu hija, para todos los que te amamos.

En este instante estaba sólo Ramírez con su hija: su esposa había salido de la alcoba á preparar una medicina, y los sirvientes marcharan á avisar al médico y á Remesar, ante la proximidad del peligro.

—Escucha, Deseada—volvió á hablar Ramírez con marcada dificultad—: tengo que decirte una cosa... Oye... oye bien y no me contestes... Desde hace algún tiempo me atormenta una duda terrible... la duda de tu infelicidad...

— ¡Papá! — exclamó angustiosamente Deseada.

— Calla y escucha... tengo la visión de tu desgracia... tú no eres dichosa con Luciano... lo he comprendido tarde... te has sacrificado por mí... soy un monstruo que todo lo subordinó en la vida, á su egoísmo...

— ¡Papá!

— No, no me interrumpas... Quizá sólo horas me quedan de vida... y en este supremo instante debo decir lo que siento... Tu sacrificio — óyelo bien — ha sido excesivo... no has debido ir tan lejos... yo hubiera preferido la pobreza á tu desventura sobre un trono... ¡Perdón, hija de mi alma!..

— ¡Papá! — sollozó agónicamente Deseada.

Ramírez irguióse casi por completo en la cama; con valor heroico limpióse el inundado rostro, brilló en sus ojos moribundos un destello de la vieja energía del sectario político, y transfigurado, hermoso y solemne, dijo:

— Deseada, hija mía, oye las palabras del que se acerca á la tumba... La felicidad en la tierra es breve y pasajera... si la encuentras,

échate en su regazo amoroso, aunque tengas que romper con cuanto te rodea.

El esfuerzo realizado para pronunciar estas palabras debió agotar la resistencia de Ramírez, porque cayó aniquilado y exánime sobre la cama.

Gritó aterrada Deseada, llamando con desesperación, y al instante estuvo la alcoba llena de gente.

Llegaron también el médico y Remesar; pero los cuidados de la ciencia fueron al poco tiempo inútiles. Cuando estaba amaneciendo y la luz se filtraba, amable y cariñosa, por las rendijas de las persianas, Ramírez, el último revolucionario, el que cerraba en España el ciclo de los pronunciamientos, de las cuarteladas y de las conspiraciones, pasaba á conocer la verdad temida de lo ignoto.

Muchos días estuvo Deseada sumida en el más absoluto silencio. No hablaba ni recibía á nadie. A solas con su madre, sin querer abandonar el hotel en que su padre había muerto, pasaba las horas llorando, meditando, tal vez rezando. Sí, tal vez rezando, porque aunque

ella había sido criada en principios racionalistas, opuestos á todas las religiones positivas, desde hacía algún tiempo invocaba con frecuencia á Dios, y á su justicia suprema apelaba en los instantes de gran dolor y abatimiento.

No olvidaba las últimas palabras de su padre: «Si encuentras la felicidad — decían —, échate en sus brazos.»

¡Felicidad! ¿cuál era? ¿en qué consistía? ¿en seguir la vida fastuosa que le había proporcionado su marido? ¿en realizar el sueño que tuvo la noche que precedió á la catástrofe? La duda y la vacilación uníanse, para aumentar su pena, al inconsolable dolor que la pérdida de su padre la producía.

Su madre, aquella madre bondadosa y tierna, modelo de esposas, que nunca había tenido una frase agria para comentar las locuras políticas de su marido; que había visto desvanecerse su fortuna en intentonas revolucionarias, cuya esterilidad bien comprendía ella; que jamás tuvo un reproche para el que la pusiera en el dintel de la más espantosa miseria; que

para su hija era la mejor y la más santa de las madres, también se sentía enferma.

Una tristeza inmensa, cruel, destructora y aniquilante la abatía. Apenas tomaba alimentos y no hacía más que llorar. Hubo que llamar nuevamente al médico, y otra vez diagnosticó lúgubrementemente.

Remesar, que contemplaba la desolación de su mujer, no podía dejar de tomar parte en su sufrimiento. Muchos días los pasaba á su lado, y la Bolsa le vió, con asombro, ausente del «corro» cerca de dos semanas.

—Vayan al diablo los millones—decía—que no sirven para evitar una muerte ni para templar un dolor. Ciento daría yo por devolver la vida á mi suegro, otros tantos por evitar la muerte que se acerca á llevarse á mi suegra, toda mi fortuna porque Deseada no penase como pena. ¡Pobre esposa mía! ¡y qué corazón tan sensible y delicado tiene! Es una santa.

Empezaba Octubre cuando Deseada, con su madre más enferma cada día, tomó el camino de Niza. Dispuso el médico que se la llevasen inmediatamente de Madrid, para evitar los pri-

meros fríos del invierno, que tan dañosos suelen ser á las personas delicadas. En aquel clima suave y apacible tal vez encontrase mejoría doña Amalia.

Fué inútil el remedio.

Lo que encontró la madre de Deseada en Niza fué la muerte. Más que de una dolencia conocida, moría de tristeza por la pérdida de su marido.

Algo más de treinta años habían pasado juntos en la vida, con los tristes y dolorosos intervalos de los destierros, y no pudo acostumbrarse á la medrosa soledad en que aquél la había dejado.

Extinguióse como una rosa de otoño que hieren los cierzos del invierno.

Deseada volvió á Madrid, y esta vez con el bagaje fúnebre del cadáver de su madre.

Golpes tan inesperados como tremendos quebrantaron su salud vigorosa y fuerte.

Estuvo enferma durante largos días y alguno llegó á inspirar serio temor á su médico de cabecera y particularmente á Remesar, el cual, con una solicitud que tenía mucho de

paternal, la asistió durante toda la enfermedad.

Monroy, de vuelta de su excursión, iba diariamente á enterarse de la salud de la enferma; pero nunca pudo verla.

Estaba ya levantada por prescripción facultativa una tarde gris y melancólica de Diciembre. Había rogado á los que la rodeaban que la dejaran sola algún tiempo, y respetando todos su voluntad alejéronse de la estancia.

Entonces ella, desabrochándose la gruesa bata que vestía, sacó el dije que desde jovencita llevaba al cuello como un amuleto sagrado: abrió su tapita de cristal y extrajo del interior un pequeñísimo fragmento de papel que parecía orlado por una línea negruzca.

Era el conservado de la carta quemada de Roberto, que contenía esta sola palabra: «vivamos».

Lo llevó á sus labios con el místico respeto que un creyente llevaría un escapulario, y, en voz alta, exclamó:

— Sí; es preciso vivir.





## VIII

Pálido y desolado, como alma en pena, andaba Roberto de Monroy por teatros, círculos y calles de Madrid.

Ninguno de sus amigos se explicaba satisfactoriamente lo que de singular y raro podía acontecer al que era autor aclamado y favorito del mundo aristocrático é intelectual que justificar pudiera el estado de inquietud espiritual en que se le veía constantemente.

Sus ojos, tan hermosos y dulces, que acariciaban al mirar, dirigíanse, ahora, hoscos y sombríos, sobre personas y cosas como si quisiesen producir daño, ó les fuese imposible contener la desesperación interna que á su dueño devoraba.

— ¿Qué le pasará? — preguntaban algunos.

Afortunadamente nadie conocía su secreto. La malicia humana no se había enterado de sus frecuentes visitas al palacio de Remesar, pues aunque se sabía de la amistad con éste, no se le daba más importancia que á la que, por regla general, suele darse á las cortesés y frívolas relaciones entre gente de dinero y literatos y artistas. No pudo, por tal razón, hincar su diente envenenado por este lado, contentándose con formar mil conjeturas y cálculos encaminados á descifrar el enigma que aquella absurda neurastenia de Monroy presentaba á la consideración general.

Un chusco dijo:

— ¿Estará enamorado de Arsenia?

— ¡Bah! — contestó un pseudo-crítico —; esos amores no le producirían abatimientos y desesperación, sino cansancio y reblandecimiento.

Después de muchas pesquisas y rebuscas inútiles, convínose en que estaba un poco ensoberbecido por la gloria, y atacado, además, de los primeros síntomas de la «chifladura».

Y ya no se habló más de él. Cierto es que dejó de ir á todas partes, que se negó á acep-

tar toda clase de invitaciones y que no recibió ni aun á los amigos de mayor intimidad.

En Madrid ocurre — y esto pasa en todas las grandes capitales — que el que se quiere aislar del trato social, aunque tenga un nombre popular, le basta estar un mes obscurecido, sin dar señales de vida en ninguna forma, para que se le considere muerto.

Por muerto aspiraba á pasar Monroy, que muerte y acabamiento de vida era para él no ver á Deseada, no conocer las amarguras que la retenían apartada del mundo, no saber á punto fijo cuándo terminaría aquella enfermedad que la pérdida de sus padres le había producido.

El iba todos los días, desde su vuelta del extranjero, á preguntar por el estado de su salud, con la esperanza de ser recibido; nunca pudo lograrlo, porque la consigna era siempre la misma: aislamiento completo.

Cuando no hallaba á Remesar, no menos preocupado y abatido que él, los criados se encargaban de enseñarle el boletín del médico, que disponía, con laconismo cruel, que la enferma siguiese sin ver á nadie.

Ibase entonces Roberto á su casa, encerrábase en su despacho, dando órdenes severas de que nadie viniese á molestarle, y mientras su madre y sus hermanas lo creían entregado al trabajo, se echaba sobre un sofá y, tapándose los ojos con las manos, maldecía y lloraba, invocaba á los santos y á Satanás, sentía deseos de matar, arrancábase mechones de pelo y concluía por tirarse al suelo y revolcarse en él como si estuviese atacado de hidrofobia.

Cuando estas crisis de furor se calmaban, caía en un abatimiento profundo, en una especie de idiotez intelectual, y miraba sin ver, como si cuanto estaba á su alcance no tuviese ninguna relación con él, ó fuese meramente su vida una pesadilla dolorosa de la que parecía imposible despertar.

Una tarde llegó á sus manos una carta. La traía la doncella de confianza de Deseada, y la traía sin hacer misterio alguno de ella. La señora estaba en plena convalecencia y hacía dos días que se levantaba. Le había ordenado que llevase en seguida aquella carta al señorito Roberto, y que esperase contestación.

Monroy sintió impulsos de abrazar á la sirviente, tan poderosa fué la alegría que le produjo recibir noticias de Deseada; pero, haciendo un gran esfuerzo para mantenerse sereno, corrió á su despacho, en donde, rompiendo nerviosamente el sobre, empezó á leer la carta, que decía así:

«Es imposible sostener un día más esta horrible situación. Mi alma repugna los engaños y mentiras. Yo te amo con amor inmenso y avasallador que no he podido vencer. De tu amor por mí estoy también persuadida.»

Al llegar á este punto de la carta, sintió Roberto rudos estremecimientos en todo su cuerpo, y un sudor frío bañó su frente. Reponiéndose, continuó leyendo:

«He resuelto, por tanto, confesarlo todo á Luciano.»

— ¡Qué horror! — exclamó Roberto al leer estas palabras —. ¿Qué va á pasar aquí?

Pero una ansia terrible de conocer todo lo que Deseada escribía, le hizo continuar leyendo:

«¿Hago bien? ¿hago mal? No lo sé. Todo menos seguir una comedia que concluiría por

matarme. Creo que debes estar preparado á las más trágicas consecuencias. Luciano no se conformará con mi resolución, y tal vez me mate. Si así sucede, ten la seguridad de que moriré pronunciando tu nombre.

»Un sacrificio te exijo, que será prueba evidente de que tu pasión tiene la intensidad de la mía: que no te muevas de tu casa hasta que yo no te llame ó no recibas la noticia de mi muerte.

»Contéstame con esta sola palabra: conforme.»

Automáticamente, como si su voluntad cediese por entero ante la de la mujer idolatrada, cogió una hoja de papel y puso la palabra que se le pedía.

Encerróla dentro de un sobre, y llevándosela á la doncella, se la entregó, diciéndole con apagado acento:

—Tome usted, y salude en mi nombre á la señora.

Después se encaminó á su alcoba; y acostándose, presa de una gran excitación nerviosa, dijo á su madre, que estaba muy alarmada

cerca de él, tratando de inquirir la causa de aquélla:

—Mamá: no me preguntes nada, por Dios; sólo estaré visible, entiéndelo bien, para don Luciano Remesar.

Y no habló una palabra más, ni su madre ni sus hermanas, que estaban llenas de pavor por el estado de Roberto, osaron hacerle ninguna nueva pregunta.

No andaba por aquellos días menos caviloso y huraño Remesar, y no por que presumiese en modo alguno la tormenta que sobre su cabeza estaba formando el destino. Teníale sumamente preocupado el estado de su mujer, que más que una enferma del cuerpo, parecía una incurable del alma.

¿Qué le ocurría? ¿Qué terrible y extraña melancolía la dominaba tanto tiempo? Las dos muertes que tan de improviso le hirieran cierto es que debían afligirla mucho, que era ella una de esas hijas como se encuentran pocas, de las que sinceramente aman á sus padres; pero, habida cuenta de su juventud y de la brillante posición social de que disfrutaba, sin

olvidar que es ley natural el morir y en los ancianos un hecho que puede darse todos los días, ¿cómo no llamaba á la conformidad en su auxilio?

Afectuosa y muy agradecida mostrárase durante toda la enfermedad con su marido, el que, ni un solo instante, dejara de estar á su lado atento, solícito y cariñoso, prodigándole toda clase de cuidados y consuelos. Sin embargo, ni su dolor disminuía, ni las zozobras de su espíritu se calmaban. A cada atención de Remesar, sentíase, por raro fenómeno psíquico, más apartada de él, y parecía que cada día, cada hora que transcurrían sin desengañar á aquel hombre generoso y benévolo, cometía una acción reprobada y monstruosa.

Porque no le amaba; no sentía hacia él más que gratitud y consideración; ningún apasionamiento tierno de esos que hacen latir el corazón con ruidosa violencia y que llevan oleadas de su sangre al cerebro. Y parecía que quien tan caballerosamente se portaba y demostraciones tan ostensibles y extraordinarias de su amor había realizado, era acreedor á la



verdad por cruel y ácida que fuese. Y no era ella de esas mujeres vulgares que aceptan en toda su integridad los convencionalismos y que á sus beneficios se acogen gustosas, considerando que lo que la sociedad tolera, y en ocasiones defiende, es legítimo y puede hacerse. No, Deseada no admitía el engaño en ninguna forma: el fraude en el amor parecía más digno de castigo que el fraude en los intereses materiales, porque si éstos son susceptibles de reponerse siempre y no tienen sustantividad pasional, aquél deja un vacío que sólo rellenan la desesperación y la tristeza en el alma del burlado.

Recordaba—y cantaban en su oído como las finales notas de una sonata lúgubre y trágica—las últimas palabras pronunciadas por su padre. El había comprendido su sacrificio, había adivinado que no era feliz, que las fastuosas riquezas de que su marido la rodeada no llevaban un rayo de luz primaveral y dulce á su corazón, y con tan amarga creencia había muerto. ¡Pobre padre! Realmente, en la hora postrera, en ese crepúsculo misterioso que

existe entre la vida y la muerte, á su luz espectral y siniestra, había visto la verdad. ¿Por qué no decirlo? Ella se había sacrificado al bienestar y á la comodidad de aquellos dos seres que tanto amaba, y á vivir ellos, por ningún concepto ni manera tomaría la grave resolución que ahora exaltaba su mente.

Sí, por sus padres todo, la tortura de su alma, la muerte de su ideal, el desangre de su corazón, la sed perpetua cerca de la fuente murmurante y fresca; porque ellos, tan bondadosos, tan tiernos, tan efusivos toda la vida, sin haberle dirigido jamás un reproche, sin haberla contrariado nunca, dispuestos á toda hora á satisfacer sus más pequeños caprichos, todo lo merecían, y en consagrárselo todo cumplía un deber tres veces santo.

Pero, desaparecidos ya de la vida, variaban completamente las cosas.

¿Para qué quería Deseada las riquezas de Remesar?

¿Qué le importaban los palacios, las haciendas, los campos de recreo, los chalets á orillas del mar, los automóviles y los coches, las jo-

yas y los encajes, los cuadros y los muebles, la adulación servil de que constantemente era objeto, si todo esto no le proporcionaba un instante de ventura?

Ella no quería riquezas ni homenajes: bastábale amar y ser amada: un corazón sobre que recostar su frente soñadora y un alma con la cual compartir las sensaciones de la vida los estimaba superiores á los tesoros más codiciados de la tierra.

—Las riquezas—pensaba—pueden contribuir á la felicidad; pero no la engendran sino en las almas egoístas y estériles.

Veniale á las mientes su sueño con Roberto, aquel sueño hermoso y puro del que la despertaran para ir á recibir las últimas palabras de su padre, y su realización considerábala como la felicidad suprema y ansiosamente buscada. Una casita humilde en un valle apartado, cerca de un río manso, de orillas bordadas de sauces y abedules, acariciada por el sol y amorosamente besada en las noches plácidas de Abril por la luna, con Roberto á su lado, ¿no sería para ella el resumen y quinta esencia de

la felicidad? Sí, con Roberto la pobreza era alegría; la modestia, fausto; la humildad, grandeza; porque cerca de él latía su corazón, corría precipitadamente su sangre, la emoción la embargaba dulcemente, sentía efluvios de una vida ardorosa y cálida, perfumes adormecedores que engendraban encantadores sueños y, en suma, cerca de Roberto era mujer.

No compensaban esto los millones ni las grandezas de Remesar. Bastante le había concedido por el corto tiempo que de ellas había disfrutado. Era preciso dar por terminada la comedia, comedia dolorosa en la que ella tan triste papel había representado, y plantear la cuestión fríamente, con tranquilidad estoica, razonando la causa que la obligaba á proceder así.

Su padre lo había dicho en el instante lúcido en que los ojos que van á apagarse definitivamente para las visiones terrestres penetran seguros en el alma de las cosas y de los hechos, descifrando sus más hondos misterios: «La felicidad en la tierra es breve y pasajera... si la encuentras, échate en su regazo amoroso aunque tengas que romper con cuanto te rodea.»

La felicidad para ella, ¿quién podía ser sino Roberto?

¿Y si Luciano reclamaba sus derechos? ¿Y si el marido hacía valer la ley? Si la rabia y la desesperación de los celos se apoderaban de su alma, ¿no llegaría hasta el crimen? ¿No la mataría?

—¡Ah! mejor—pensaba Deseada—; si me mata descansaré, y la dicha soñada la tendré en otro mundo menos falso, criminal y odioso que éste que por triste suerte me ha correspondido; la muerte me libertará de toda sensación y ya no sentiré sino la tranquilidad solemne y augusta de la tumba.

Por todo pasaría antes que seguir fingiendo una lealtad que su honor rechazaba y su corazón estaba muy lejos de sentir.

Cuando Deseada recibió la hoja de papel, respuesta á su carta, en que Roberto había estampado la palabra «conforme», sintió una tranquilidad de espíritu extraordinaria. Parecióle que de pronto se había librado de todos sus pesares y sufrimientos, y que una nueva y dichosísima existencia se iniciaba para ella.

Olvidóse de sus padres, y pensó solamente en sus proyectos. Sonreía á la idea de su liberación, porque la muerte que rondaba á su alrededor, encarnada quizás en la mano ruda de un Oteló que podía surgir, representaba también libertad y ventura; y como aquellas mártires cristianas que se adornaban con sus mejores galas para presentarse en el circo romano á recibir la caricia mortal de las fieras, así Deseada mejoró su tocado, descuidado en tantos días de enfermedad, y después de arrojar á la chimenea el papel que traía la conformidad de Monroy, que en breve se convirtió en pavesa ligera é insignificante, tocó un timbre.

Apareció la criada.

—Avise usted — dijo — al señor, que deseo hablarle.

Minutos después presentóse Remesar sereno, afable y sonriente.

—¡Qué linda estás, Deseada! ¡Si pareces una virgen por lo espiritual y bella! Hay en tus ojos una dulzura seráfica que denota vida y alegría. ¿Es verdad que te decides á vivir?

—Sí, Luciano—contestó con acento melancólico Desada—; sí, me decido á vivir; pero mi vivir exigirá, tal vez, el morir de otros.

—¿Qué dices?—gritó Remesar sin poder reprimir un movimiento generado, no se sabe si por el asombro ó por el terror.

—Digo, que me encuentro dispuesta á disfrutar de la vida, si la vida viene á mí, y la muerte no se interpone entre ella y yo; pero, muerte ó vida, son para mí sinónimos, y arrástrame la una á lo desconocido, ó manténgame la otra en la luz, con todo el pleno encanto que brinda la dicha cumplida, en todas formas viviré.

—No te entiendo, Deseada; usas un lenguaje tan enrevesado y metafísico que, en verdad, declaro que ni poco ni mucho lo comprendo. ¿Quieres explicarte clara y sencillamente?

—Me explicaré, Luciano; pero toma asiento en esa butaca y revístete de mucha calma, porque vas á escuchar cosas tremendas.

Obedeció maquinalmente Remesar y tomó asiento en la butaca que su mujer le había señalado, presintiendo, sin explicarse la razón,

que una irremediable desgracia debían traer para él las revelaciones que iba á escuchar. Quiso escapar á ellas, levantarse y desaparecer; pero una fuerza misteriosa, más fuerte que su miedo, le obligó á permanecer sentado.

Deseada continuó:

— Empezaré por decirte, para tu tranquilidad, que de nada irregular tengo que reprocharme: tu honor lo he tenido en tan alta estima como la memoria santa de mis padres, y nadie osará poner en él una sombra.

Remesar palideció intensamente, pero no contestó una palabra ni hizo la más ligera observación; limitóse á entrelazar las manos, temblonas y heladas, y apretarlas contra el pecho.

— Creo firmemente, porque sé que eres bueno y nada semejante á la generalidad de los hombres, que al pedirme por esposa habló tu corazón y no tu vanidad de millonario mezclada con la pasión sensual que inspira la hermosura; y que, en este concepto, no has hecho valer la superioridad que sobre mis padres te otorgaba el ser árbitro de su suerte.



— ¡Deseada! — interrumpió Remesar.

— Te he pedido calma, y vuelvo á rogarte que la tengas: es muy serio y muy grave cuanto voy á seguir diciendo. Después que me hayas escuchado adopta la resolución que tu conciencia te aconseje; á ella me someteré resignada y tranquila, sin hacer la más leve protesta ni dar pábulo al más pequeño escándalo. Hice las primeras salvedades — continuó Deseada — para que te fuesen menos dolorosas las palabras que vas á oír, y porque no quiero que la duda en tu cerebro preceda al conocimiento de la verdad. Yo me he casado por salvar á mis padres; su situación me llevó al sacrificio de todas mis ilusiones juveniles...

— ¿Amabas á algún hombre antes de ser mi esposa? — gritó desolado Remesar, levantándose de su asiento y dirigiéndose violentamente hacia Deseada.

— La verdad me matará ó será mi salvación — respondió Deseada —; sí, amaba á otro hombre.

— ¡Ah! — exclamó con angustia indecible Remesar, dejándose caer como aplanado y sin sentido en la butaca.

Deseada, con calma de víctima que sabe que ninguna fuerza natural ni divina ha de venir en su auxilio, siguió diciendo:

— A otro hombre amaba y suya era mi alma; pero, ante la necesidad, para mí superior á todos los amores terrestres, de salvar á mis padres, de no amargar con la miseria, que aniquila y envilece, sus días últimos, decidí olvidar aquel amor. Y puedo decirte que lo olvidé, en el sentido material que la palabra tiene, porque decidí no escuchar ya más su voz, ni oír sus reproches, ni alimentar en su alma ninguna esperanza. Fuí tu esposa y me enorgullezco haberlo sido como las leyes y los sacramentos ordenan: pura, honesta y de una absoluta fidelidad.

Todos los días ahogaba un poco más aquella pasión, y alguno hubo en que creí desterrarla de tal modo que no pudiese nunca ascender hasta mi corazón. Mis padres eran los arcángeles que velaban cerca de mí para defenderme de sus requerimientos y asechanzas. Pero, muertos ellos, he aquí, Luciano, que aquel amor vuelve, como un torrente que todo

lo arrastra, á invadir mi alma. No puedo detenerlo, es superior á mis fuerzas, concluirá por ahogarme si tú no me libiertas del lazo que nos une.

— ¡Deseada! — balbució trémulo y anodado Remesar—; lo que estás diciendo es inverosímil... es absurdo... yò no puedo creerlo.

— Sí, Luciano, fuerza es que lo creas; yo te respeto y quiero como al mejor de los amigos, casi tanto como á mi padre, de un modo que tú mismo no podrás comprender por esfuerzos imaginativos que hagas. Pero mi amor es de otro hombre.

En un arranque de rabiosa desesperación, que le llevó hasta sacudir fuertemente á su esposa, bramó Remesar:

— ¡Su nombre! ¡Dime su nombre!..

— ¡Para qué! ¿Para matarle acaso? No, má-tame á mí y serás así más justo, porque él, ese hombre, como tú dices, ninguna responsabilidad tiene por mi falta, si falta es volver al amor que creyó vencer el egoísmo de una vana posición social.

»Pero si yo no quiero tus riquezas; si de las galas con que me has adornado para tu recreo me despojo hoy y recobro mis vestidos humildes de soltera; si me separo del medio aristocrático y mundano en que me colocaste para ser, de nuevo, la mujer obscura que desea no quebrantar la independencia de su espíritu ante ninguna grandeza ni poder, ¿con qué derecho podrás retenerme? Por mis padres fuí tuya; por sostener su vida seguía siéndolo; á vivir, continuaría resignada mi calvario, sin que nadie de él se hiciera cargo; ahora que ya no existen, ¿por qué no he de recobrar mi libertad de acción?

»Oyelo bien, Luciano: yo no puedo seguir á tu lado porque no puedo fingir, porque no quiero ni puedo engañarte, porque soy una mujer honrada; si meditas, si razonas, si no te ofusca el amor que me tienes, amor que deploro, por lo que te hará padecer, comprenderás fácilmente que te he pagado bien con mi respeto y con mi cuerpo lo que con mi persona hayas gastado.

Remesar no respondía; quizás no oía: sollozaba tristemente, en silencio tormentoso, con el

sollozo siniestro del que ve desvanecerse en un instante toda su felicidad.

Deseada sintió lástima, y acercándose á su marido, le tomó una mano, que besó arrodillada.

— ¡Luciano! ¡Luciano!, sigue siendo bueno conmigo, y perdóname ó márame.

— ¡Matarte! — exclamó Remesar, mostrando su faz distinguida y noble inundada de llanto—. ¡Matarte! No lo esperes, Deseada. Te amo con el amor más noble y santo de la tierra, y por ninguna causa ni motivo te privaría de la vida. ¡Qué quieres!... yo había llegado á creer que si no me amabas con uno de esos amores románticos y ardorosos, que mi edad no justificaría, me apreciabas lo bastante para no ser desgraciada á mi lado. Me equivoqué... mi egoísmo me adormeció lo suficiente para no ver que tu juventud no podía condenarse á la unión perpetua con mi vejez. El error lo he cometido yo...; debí comprender, á poco que reflexionase, la gran distancia que separaba nuestras almas. Perdóname tú, Deseada, y ten la seguridad de que creo en tu pureza y en tu virtud inmaculadas.

Atrájola hacia su corazón y, besándola con afecto paternal en la frente, díjole:

— Tranquilízate y recobra el sosiego perdido: no hables más de este asunto penoso y amargo para los dos, y desde ahora no mires en mí al esposo iracundo, sino al padre amoroso y tierno. Yo, que no soy un tirano brutal ni un Otelo necio, sino un hombre que sabe pensar y que mide en una balanza de justicia y de equidad las cosas que suceden, que siento hacia ti, más que una pasión espoleada por deseos carnales, un afecto saturado de aromas espirituales y castos, veré de encontrar una fórmula que, sin detrimento de tu honor ni del mío, te deje en absoluta y completa libertad de seguir los impulsos de tu corazón.

— ¡Luciano! ¡Luciano! ¡Qué bueno y qué generoso eres!.. ¡qué alma tan grande y hermosa tienes! — dijo Deseada, estremecida de gratitud y de admiración ante el proceder superterreno de aquel hombre poderoso.

— No, Deseada; soy un poco justo y no trato mis ansias y anhelos con mayor lenidad y blandura que las de los ajenos: á esto se re-

duce la grandeza que tu bondad quiere hallar en mi conducta.

Y sin decir palabra más retiróse de la estancia Remesar, dejando á Deseada en un estado de ánimo tal que pocas personas lo habrán experimentado semejante, ni aun siquiera parecido.

— El paso está dado — pensó —; la verdad, puesta al descubierto; la superchería y el engaño los he arrojado fuera de mí... ¡Pobre Luciano, he matado su ilusión! ¡Qué grato me sería haberle ahorrado este dolor cruelísimo! Pero no había modo en lo humano de evitarlo. Esperaré silenciosa y resignada lo que el destino disponga.

Remesar, repuesto de su emoción, ocultando á todas las miradas la desolación y amargura que llenaban su alma, con una sonrisa tan forzada en los labios que un ojo perspicaz y sospechoso tomaría por una mueca, haciendo esfuerzos inauditos para mantenerse firme y sereno, llegó á su escritorio.

Hizo sonar el timbre y apareció su apoderado general, su hombre de confianza.

—¿Qué tenemos hoy, Peláez? — preguntó con acento en el que nada trágico ni doloroso se vislumbraba.

—Poca cosa: hemos realizado una ganancia de dos millones de francos con el 4 por 100 japonés, vaciando por completo la cartera de papel ruso. Las acciones de las minas de Ponferrada han subido 15 enteros, lo que da hoy un beneficio de 750.000 pesetas. El amortizable español lo tenemos casi todo en nuestro poder, y nos será fácil subirlo ó bajarlo, según nos acomode.

Remesar jugaba con un corta-papeles de marfil y no escuchaba nada de lo que su apoderado le decía. Su alma estaba lejos de allí: los millones que zumbaban á sus oídos no le producían más efecto que el aleteo de una mariposa, volando cerca de él.

Peláez continuó:

—Podemos tomar la Compañía eléctrica de Burgos y los tranvías de Zaragoza; todo nos lo dan al precio que tenemos ofrecido. Me parece que este es un buen negocio.

Remesar le interrumpió:



—¿Tiene usted el balance de situación de la casa?

—Sí, señor.

Buscó Peláez en un legajo y extrajo de él un pliego grande lleno de cifras.

—¿Qué saldo arroja el activo?

Peláez leyó: «Setecientos noventa y cinco millones, cuatrocientas setenta y cinco pesetas con noventa céntimos.»

—Pues bien, amigo Peláez; he decidido retirarme de los negocios: anuncie usted desde mañana la liquidación de todos mis créditos.

Peláez quedó anonadado. Miró á su jefe con espanto. Sin duda se había vuelto loco. Lo que decía era un desatino monstruoso.

—¿He oído bien?—dijo, al fin, con un poco de azoramiento—; ¿me manda usted poner en liquidación la casa?

—Sí, Peláez; estoy cansado de trabajar y deseo vivir tranquilamente.

—Pero, para que usted viva con tranquilidad, ¿es necesario liquidar? Los negocios marchan por sí solos: en su situación, es ya impo-

sible el quebranto quienquiera que dirija esta máquina. Yo puedo sustituirle...

—No, Peláez, es inútil; no quiero más dinero, no tendré tiempo ni ocasión para gastarlo. Estoy resuelto y decidido á concluir. Anuncie usted la liquidación y cuente con cien millones en comandita para que usted pueda seguir trabajando.

Y con una mirada, mirada de serena resolución que Peláez conocía mucho, le despidió para que fuese á cumplir sus órdenes.

En seguida tomó un pliego de papel y escribió á su esposa:

«No te alarmes, Deseada, si hoy no como ni duermo en casa.

»Tengo necesidad de ir al coto de Pastrana para arreglar algunas cosas y reflexionar un poco sobre lo que hemos hablado.

»Te quiere y vela por tu dicha, *Luciano*.»

Hizo llevar esta carta á su casa, y montando un automóvil de sesenta caballos, sólo con su *chauffeur*, tomó el camino de su posesión de Pastrana.

Llevaba una marcha veloz, rapidísima, casi fantástica y loca, ciento veinte kilómetros por

hora. Las gentes apartábanse aterradas al verle pasar como un huracán, y predecían una catástrofe.

Remesar sólo decía á su *chauffeur*:

—Aprieta, aprieta, que deseo llegar pronto.

Las sombras fúnebres y medrosas de la noche descendían con lentitud, y las nubes oscurecíanse con celajes espesos y sombríos; una menuda lluvia, fría y molesta, caía suavemente empapando la tierra y humedeciendo los árboles escuetos y secos del camino; en la lejanía veíanse campos y chozas, que apenas esfumados perdíanse rápidamente en el espacio por la carrera rauda é insensata del automóvil.

Remesar estaba ciego y sordo, ni veía ni oía: todo para él era caótico y confuso; tomaba cuanto hallaba al paso la forma imprecisa de las cosas soñadas.

Cuando la noche había cerrado por completo, estaba en su casa de Pastrana, que era un espléndido cazadero, al cual solía ir, acompañado de banqueros, ministros, duques, novelistas y autores dramáticos, tres veces al año.

Su aparición inesperada causó profunda sorpresa al mayordomo; pero Remesar, sin hacer caso de él, fuése á su habitación.

Antes díjole:

—Tengo que hacer un trabajo y no quiero que nadie me moleste: ínterin no llame, que nadie se acerque á mi habitación.

Ya en ella, completamente solo, echóse en un sofá y empezó á gemir y á sollozar con hondísima desesperación.

Estuvo así largo rato: era muy entrada la noche cuando empezó á calmarse en su desconsuelo. Encendió luz, y con mirada vaga é inexpresiva, examinó el lugar donde se hallaba.

—¡Ah!—dijo;—estoy en Pastrana... Sí, esta es mi habitación de Pastrana... pero, ¿yo he soñado? ¿Estoy soñando aún? ¿Qué terrible sueño es éste?.. Deseada ama á otro hombre... sí, ama á otro hombre... me lo ha dicho... es verdad... es verdad... y, ¿esto es posible? ¿Y no he matado á ese hombre? Vamos á ver, ¿por qué no mato á ese hombre?.. Para mí la cosa es sencilla... mil hombres puedo yo matar si se me antoja... tengo la fuerza irresistible del

millón... pero, si mato á ese hombre, que no sé quién es, ¿no mataré á Deseada?.. No, no... ¡Qué horror! Matar á Deseada, á la mujer que tanto amo, á la que tan feliz me hizo en este año, el mejor de mi existencia... No, no, que viva, que viva para ese hombre afortunado; que goce, que sea de él. ¿Qué derecho tenía yo á su posesión, si no tenía su alma ni eran míos sus pensamientos? Bien lo dijo ella: con haber sido mía un año, me ha pagado con creces cuanto hice en su obsequio.

Más, mucho más se da á cualquier cortesana que se alquila á todo el mundo... Pero sin Deseada, ¿qué va á ser de mi vida? ¿Obscuridad y tristeza, tiniebla y amargura, tedio y desesperación? Es cierto que tengo muchos millones, que puedo comprar el amor de muchas mujeres, que encontraré por cientos bellezas tan espléndidas como la de Deseada... ¡Ah!.. ¡Pero no tendré á Deseada!

¡Qué desencanto! ¡qué horrible y amargo desencanto! ¡qué mezquina y pobre es mi vida en medio del esplendor de tantas riquezas!.. ¡Mis riquezas! ¡malditas sean que no saben

darme la felicidad! ¿No prefiere Deseada vivir pobremente, en la humildad desconocida, viviendo con su amor? ¡Oh! el amor... ¡Qué dulce cosa es el amor!.. ¡Qué bien tan inapreciado y grande!.. Por el amor de Deseada reduciríame yo á la condición de mozo de cuerda...

Volvió á gemir nuevamente, y á grandes pasos medía la habitación de un extremo á otro; á veces heríase el rostro ó dábase tremendos golpes en el pecho.

— ¡Miserable! ¡cobarde! ¡ignorante! — murmuraba con voz opaca y cortada —. Has sabido vencer á los hombres, arrebatárles sus fortunas, hundirlos en la sima horrenda de la miseria, humillarlos á tus pies en demanda de piedad y misericordia; has visto del negocio el punto misterioso de la cristalización, y has tenido, cerca de ti, pidiéndote consejos y orientaciones á los estadistas más eminentes y que pasan por sabios... ¡ah! y no has sabido vencer un corazón, ni hacer tuya un alma. Soy un ente despreciable... no merezco vivir.

Alboreaba, y de la tierra, teñida con una luz borrosa é indecisa, brotaban los montículos,

las sierras, los valles hondos, las cañadas recortadas y profundas, los árboles desnudos y ateridos; escuchábanse rumores intensos de vida, de movimiento, de oculta y misteriosa renovación; la naturaleza desperezábase de su sueño nocturno, y ensayaba un himno plácido y jocundo á la fuerza creadora de las cosas.

Remesar acercóse á una mesa y escribió: «Deseada: cuando recibas esta carta habré dejado de existir; un accidente de caza me habrá matado. No hay, por tanto, miedo al escándalo, ni la maledicencia tendrá en qué recrearse. Quiero que seas feliz, completamente feliz; tan feliz ¡ay! como yo soy desgraciado. Tú tienes derecho á serlo, y á mí me queda el de amordazar mis sufrimientos con la muerte.

»Tengo, hace tiempo, otorgado testamento cerrado ante el Notario Santamarina, y en él, aparte algunos legados y fundaciones, te nombro mi heredera universal.

»Ratifico, ahora, esa disposición, porque quiero que en el mundo, ínterin vivas, seas soberana entre todas las mujeres.

»Una lágrima ha emborronado estas líneas; perdona al que llora, más que su vida y sus riquezas, la pérdida de su ilusión.

»Te bendice, *Luciano*.»

Cerró la carta y llamando al *chauffeur* se la entregó diciendo:

— Lleva á toda velocidad esta carta á la señora, y á mediodía ponte en camino para conducirme á Madrid. Yo permaneceré aquí toda la mañana.

Una hora después, con su traje habitual de caza, salía Remesar, acompañado de sus ojeadores y monteros, al coto inmediato. Tenía el capricho de matar algunas perdices para ofrecérselas á su esposa. Separóse un poco de ellos, y cuando se disponía á saltar un muro, la escopeta, que iba montada, vino sobre su pecho y sonó el tiro.

Lanzó un tremendo grito; pero cuando sus sirvientes acudieron, había expirado.

Deseada era libre.

Hallábase ésta en pie cuando el *chauffeur* le entregó la carta.

Temiendo algo insólito, se encerró en su gabinete para leerla. A las primeras líneas



cambió de color, al llegar al final cayó desmayada. Tan fuerte y ruda fué su emoción.

Cuando empezaba á reponerse del síncope, sintió que llamaban reciamente á la puerta.

Era la doncella:

— ¡Señora! ¡Señora! —decía: — un telegrama, con carácter urgente, de Pastrana, viene para usted.

Deseada, aniquilada y sin aliento, acercóse á la puerta y abrió.

— Este telegrama, señora, que acaban de traer; es de Pastrana.

Abriólo y leyó:

«Desgracia horrible: el señor salió de caza esta mañana para matar unas perdices y se ha herido casualmente: está gravísimo. Esperamos órdenes. *Ruiç.*»

Deseada exhaló un ¡ay! angustioso y desesperado, y cayendo de rodillas, exclamó:

— ¡Qué desgracia, Dios mío, que desgracia! ¡Luciano!.. ¡muerto!..

Desde este momento todo fué confusión y espanto en el palacio de la calle de Alcalá. La

noticia corrió inmediatamente por todo Madrid, y la prensa se apoderó de ella.

Deseada, cubriéndose con un largo abrigo y tapándose el rostro con un velo espeso, tomó en el automóvil, que aún no había salido, el camino de Pastrana.

Cuando llegó estaba en cama Remesar, cubierto su cádaver con una sábana, y á su lado, velando llorosos y tristes, todos sus sirvientes.

Silenciosa y muda arrojóse sobre él Deseada, y durante largo rato tuvo unido su rostro hermoso al pálido y frío rostro de aquel hombre incomparable, que prueba tan extraordinaria y no concebible en la tierra acababa de darle de su amor.

Cerró piadosamente sus ojos, que aún conservaba abiertos, en los cuales brillaba toda la angustia de la hora última; cayendo de los suyos copiosas y espesísimas lágrimas, acercó sus labios al oído del muerto, y con voz muy baja, á guisa de secreto de ultratumba, dijo:

—¡Luciano! ¡Luciano! Si tu alma está cerca, me oirá, Tu acción me aturde, tu grandeza me aniquila, tu generosidad me mata. Escú-

chalo bien: ya no podré ser feliz. Creía estar frente á la vida, y estoy desposada con la muerte.

No habló más, y á las pocas horas retornó á Madrid, llevándose el cadáver de su esposo.

Estaba Monroy en su despacho silencioso y abstraído, mirando hacia el techo como un imbecil que ningún pensamiento tiene, cuando oyó un pregón que decía:

—¡*El Liberal*, con la muerte de Remesar!

Dió un salto enorme y lanzóse á la ventana. El pregón se repetía.

Hizo subir un ejemplar, y asombrado, leyó la noticia de la catástrofe ocurrida.

Todo lo comprendió, y suspirando, arrojó lejos de sí el periódico.

—¿No será este—murmuró—el mayor obstáculo á mi dicha?

Un mes después salía Deseada para su palacio de Oca, dejando para Roberto esta carta brevísima:

«Espero de ti la última prueba: que no me busques ni me persigas; mi resolución es irrevocable: no te recibiré.

»La acción extrahumana de un hombre se levanta entre nosotros como una muralla infranqueable y sagrada.

»Amando la vida, Dios me condena á renunciar á ella.

»¡Bendito sea Dios!»...

*Madrid. Mayo-Junio de 1907.*

*W. A. Insúa*

*W. A. Insúa*

FIN



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Capítulo I.</i> —Grácil y esbelta, con sus ojos negros. . . . .	7
<i>Cap. II.</i> —Cincuenta y cinco años acababa de cumplir D. Juan Ramírez de Pizarro. . . . .	37
<i>Cap. III.</i> —¿Qué quieres, mamá?—dijo Deseada. . . . .	69
<i>Cap. IV.</i> —Había llovido un poco, y la tarde estaba fresca, húmeda y tristonía. . . . .	105
<i>Cap. V.</i> —Cuando Roberto de Monroy conoció á Deseada en la Coruña, no había cumplido veinticuatro años. . . . .	141
<i>Cap. VI.</i> —Desde que hizo su aparición en el mundo elegante. . . . .	177
<i>Cap. VII.</i> —No fué preciso que Monroy reiterara sus declaraciones amorosas á Deseada. . . . .	211
<i>Cap. VIII.</i> —Pálido y desolado, como alma en pena, andaba Roberto de Monroy por teatros, círculos y calles de Madrid. . . . .	249



## OBRAS DE WALDO A. INSUA

El Eco de Galicia (Enciclopedia regional). 25 tomos.

Aires d'a miña terra. Un tomo. (Agotada.)

Galicia contemporánea. Un tomo. (Agotada.)

Ecos de mi Patria. Un tomo.

El problema cubano. Un tomo. (Agotada.)

La pena de muerte. Un tomo. (Agotada.)

La prueba de testigos. Un tomo. (Agotada.)

La Emigración. Un tomo. (Agotada.)

Ultimos días de España en Cuba (novela). Un tomo.  
(Agotada.)

Alma nueva. (Novelas cortas.) Un tomo.









# Casa editorial de M. Pérez Villavicencio

REINA, 33.—MADRID

---

## OBRAS DE LUJO EN MAGNIFICO PAPEL, Á 3 PTAS.

- El Canto Errante**, por RUBÉN DARÍO.  
**El Tributo á París**, por LUIS BELLO.  
**Don Quijote en los Alpes**, por ALBERTO INSÚA.  
**Aromas de Leyenda**, por R. DEL VALLE-INCLÁN.  
**Desde mi butaca**, por EDUARDO ZAMACOIS.  
**La Sangre de Cristo**, por J. LÓPEZ PINILLOS.  
**Deseada**. Novela, por WALDO A. INSUA.

### HISTORIA DE UN ESCÉPTICO

- En tierra de Santos**. Novela, por ALBERTO INSÚA.

### BIBLIOTECA ECONÓMICA SELECTA

- Alma nueva**. Novelas cortas, por WALDO A. INSUA.  
**Guignol**. Teatro para leer, por JOSÉ FRANCÉS.  
**Cuentos pasionales**, por ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.  
**Las siestas del Cañaverál**, por FEDERICO GARCÍA-SANCHIZ.  
**Los grandes músicos**, por JOSÉ SUBIRÁ.  
**Romeros del dolor**. Novela, por MIGUEL A. RÓDENAS.  
**Madrid sentimental**, por EMILIANO RAMÍREZ-ANGEL.  
**Psicología de la moda femenina**, por E. GÓMEZ CARRILLO.

### PRECIO DE ESTOS VOLÚMENES, 1,50 PESETAS

- Del cercado ajeno**. Versiones de grandes poetas ingleses, italianos, franceses, portugueses, belgas, norteamericanos, etc., por ENRIQUE DÍEZ-CANEDO.—Hermosa edición, 2 ptas.

### LOS LIBROS DEL HOGAR

- Cómo se cría un niño**, por el DR. TOLEDO Y TOLEDO.—Utilísima edición, 2 ptas. en rústica y 2,50 en tela.

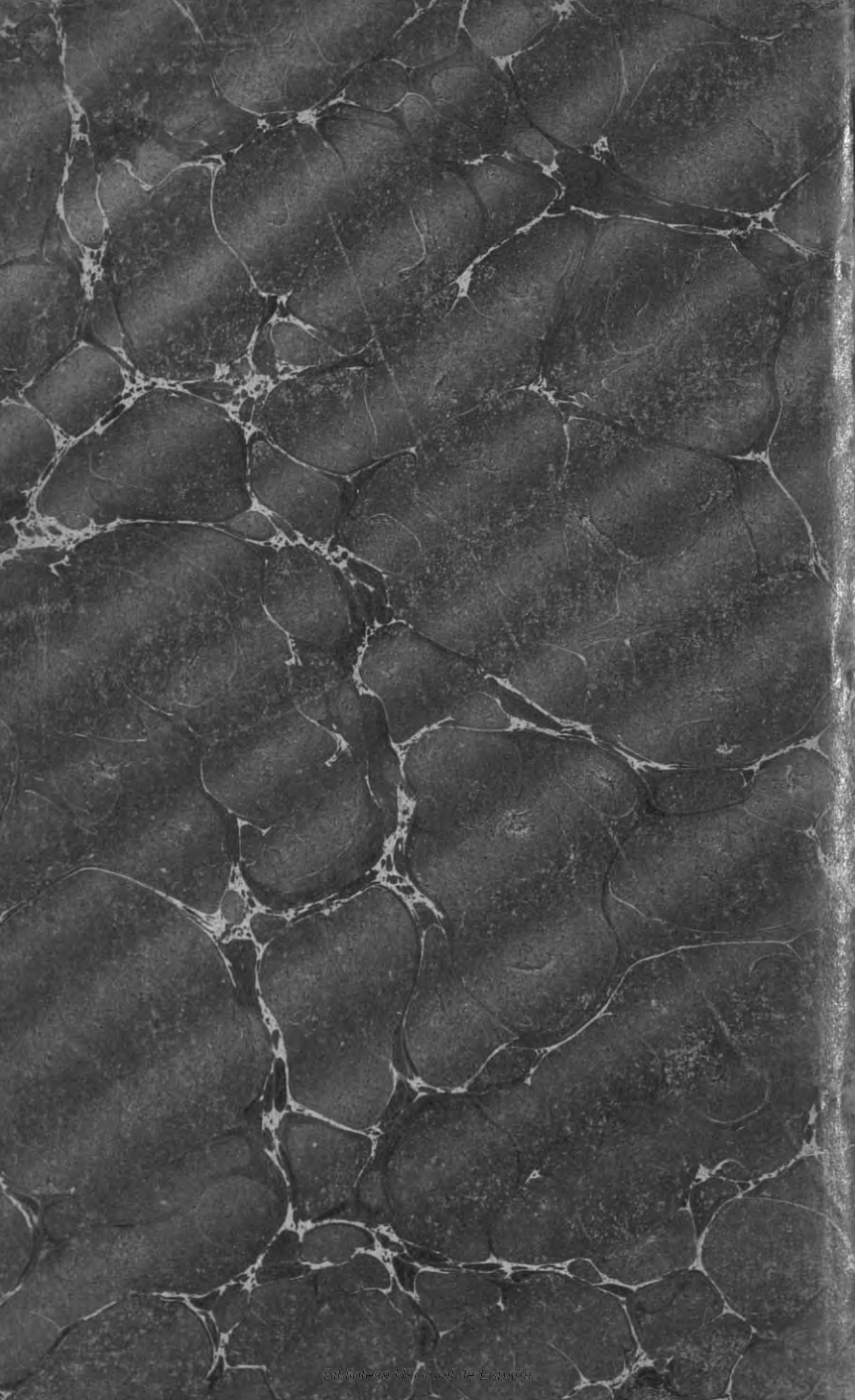
### EN PRENSA

- EL HERRADOR del Aretino**. Versión castellana de JOAQUÍN LÓPEZ-BARBADILLO.—**La Sirena negra**, Novela, por Emilia Pardo Bazán.





237



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103292600

38560868053

